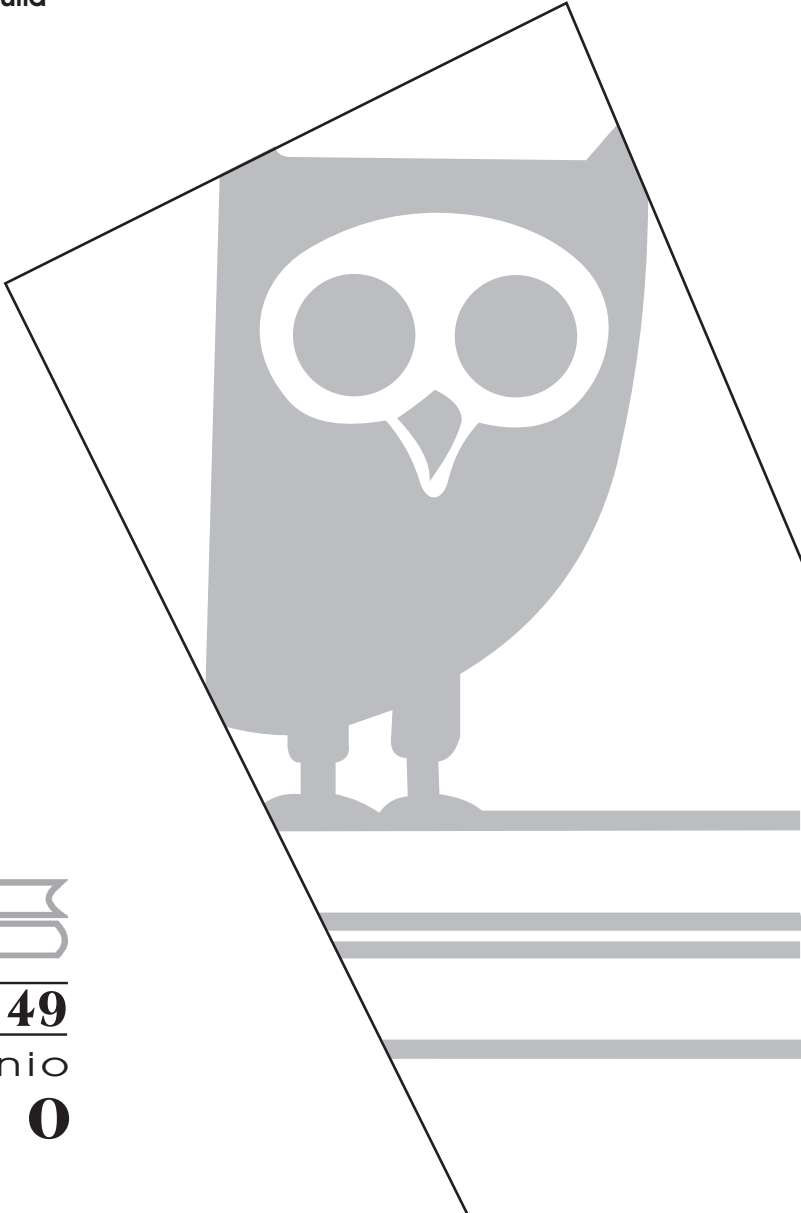


ISSN: 1315-5216
Dep. legal: pp 199602ZU720

Utopía y Praxis Latinoamericana

Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana
y Teoría Social

Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad del Zulia
Venezuela



Año 15. N° **49**

Abril - Junio

2 0 1 0

Utopía y Praxis Latinoamericana nace como una *respuesta* a la situación de conflictividad política que atraviesa actualmente la democracia y la sociedad latinoamericana. Pero también nace como una respuesta comprometida con el análisis filosófico y la interpretación histórica de la cultura y las ciencias sociales frente a la crisis de la modernidad. Respuesta que procura la creación de nuevos actores y escenarios a partir de los cuales se hagan posibles inéditas alternativas para la *teoría crítica* y el *cambio social* efectivo. Una respuesta en dos sentidos: la utópica porque todo proyecto existencial auténtico debe enmarcarse y definirse por el universo de sus valoraciones humanas; la *práctica* porque, a diferencia de la necesaria *teoría*, implica un tipo de *acción* cuyo movimiento es capaz de dialectizar la comprensión de la realidad, pero también de transformar a los sujetos que la constituyen. Con lo cual la noción de *praxis* nos conduce de retorno a la política, a la ética y, hoy día, a la ciencia y a la técnica. Es una respuesta desde América Latina, porque es a partir del ser y pensar latinoamericano que la *praxis* de nuestro proyecto *utópico* se hace realizable.

Utopía y Praxis Latinoamericana es una publicación patrocinada por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad del Zulia (CONDES).

Utopía y Praxis Latinoamericana aparece indizada y/o catalogada electrónicamente en las siguientes bases de datos:

- REVENCyT (Fundacite, Mérida)
- Ulrich's International Periodicals Directory (USA)
- The Philosopher's Index (USA)
- Informe Académico (México)
- CLASE (México)
- FONACIT (Caracas, Venezuela)
- LATINDEX (México)
- Base de Datos de Revistas Científicas de la Universidad del Zulia y otras instituciones de la región zuliana (REVZULCyT)
- DIALNET (España)
- REVENCyT (Mérida)
- REDALyC (México)
- Centro Virtual Cervantes (España)
- CEFILIBE (México)
- LECHUGA (Oviedo, España)
- Instituto de Información y Documentación en Ciencias Sociales y Humanidades (Madrid, España)
- Repertoire Bibliographique de la Philosophie (Louvain La Neuve, Belgique)
- DARE-UNESCO (París)
- OEI-CREDI (España)
- DOAJ (Directory of Open Acces Journals)
- Sistema de Biblioteca de la Universidad de Antioquia (Colombia)
- The Library of Congress (USA)
- Catálogos informatizados de la Red de Bibliotecas del CSIC (España)
- EBSCO (México)
- Sociological Abstracts (USA)
- Reportorio de Ensayista y Filósofos Ibero e Iberoamericano (Athens, USA)
- REBIUN (España)
- Acces my Library (USA)
- CERCAL (Bélgica)

Esta revista está incluida en la colección SciELO Venezuela:

www.scielo.org.ve

ISSN 1315-5216

Depósito legal pp 199602ZU720

DR © Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela.

Esta revista fue impresa en papel alcalino

This publication was printed on acid-free paper that meets the minimum requirements of the American National Standard for Information Sciences-Permanence for Paper for Printed Library Materials, ANSI Z39.48-1984

Utopía y Praxis Latinoamericana

ISSN 1315-5216 / Dep. legal pp. 199602ZU720

Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social
Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad del Zulia-Venezuela

Año 15. N° 49. Abril-Junio, 2010

Contenido

PORTADILLA

Jonatan Alzurú: *Rigoberto Lanz: cultor del pensar sensible* 5

PRESENTACIÓN

Robinson Salazar Pérez (Editor Invitado) 7

ESTUDIO

Marco A. Gandásequi, (h):

Desarrollo y dialéctica de la dependencia en el siglo del imperialismo / *Dialect and Development of the Dependence in the Imperialism Century* 13

ARTÍCULOS

Jorge Alonso:

Un sujeto a la zaga de sujetos de movimientos: pistas de indagaciones para la construcción de una teoría crítica / *One Subject behind Subjects of Movements Tracks of Inquiries for the Construction of a Critical Theory* 35

Roberto Follari:

Reflexiones sobre posmodernidad, multiculturalismo y movimientos sociales en la Latinoamérica actual / *Reflexions about Posmodernism, Multiculturalism and Social Movements in Latin America Today* 53

ENSAYO

Atilio Alberto Boron:

Mi camino hacia Marx: breve ensayo de autobiografía político-intelectual / *My Path to Marx: Short Essay of Political and Intellectual Autobiography* 69

NOTAS Y DEBATES DE ACTUALIDAD

Emir Sader:

Vivir la revolución / *Living the Revolution* 97

Carlos M. Vilas:

Las “idas” y “regresos” del Estado / *The Goings and Comes of the State* 101

LIBRARIUS

Andrés ORTIZ-OSÉS. *Libro de Símbolos*. Universidad de Deusto, Bilbao, 206 pp (Patxi LANCEROS); Gabriel ANDRADE: *El darwinismo y la religión*. Ediciones Universidad de Cantabria, Santander, 2009. 353 pp (José E. FINOL); Ignacio MEDINA NÚÑEZ (Coord.). *Centroamérica: democracia, militarismo y conflictos sociales en el S. XXI*. Colección Insumisos Latinoamericanos, Elaleph.com. Buenos Aires, Argentina (Robinson Salazar); Paula LENGUITA, Juan MONTES CATÓ (Coord.). Robinson SALAZAR, Melissa SALAZAR (Eds.). *Resistencias Laborales: Experiencias de repolitización del trabajo en Argentina*. Ediciones Insumisos Latinoamericanos 1ª Ed. Buenos Aires, Elaleph.com, 2009 (Ana DROLAS).

149

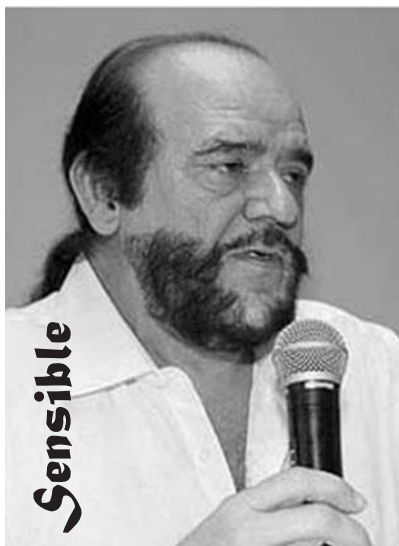
DIRECTORIO DE AUTORES

117

Sensible

Rigoberto Lanz: Cultor del Pensar

Presencia sociopolítica de la
generación del 43 en América Latina



*Y tengan la seguridad de que quien les habla está, como siempre, y aquí lo reafirmo una vez más, comprometido hasta las últimas consecuencias con este esfuerzo, aunque modesto, por construir cosas, por inventar el mundo, por soñar un mundo diferente. Quien les habla, efectivamente, no tiene otra cosa que empeñar que su vida; vida que está detrás de cada palabra que digo una y otra vez. (Lanz, 1991, **Cuando todo se derrumba**, p. 153).*

Rigoberto Lanz, es el pensador que hizo suya la consigna del debate, la polémica y la crítica hasta sus últimas consecuencias. Su physis, su naturaleza, se esculpió haciendo suya aquella propuesta de Marx de transformar lo dado, del esfuerzo por mirar el mundo de otra manera. Se ha empeñado en ganarle un día de sol a la tierra preñada de tristeza. Rigoberto Lanz es el pensador de la fiesta epistemológica, es el hombre de la celebración estética de la vida como la sustancia, la savia, el oxígeno de la vida intelectual.

Tan sólo con revisar su bibliografía, desde mediados de los setenta hasta el 2010 con su columna "A Tres Manos", podemos encontrar a un ser dialogando con pensadores opuestos a su manera de mirar el mundo. Ese es su legado más precioso y que se hace patente en todos y cada uno de sus libros, a través de los antiprólogos que le hicieran Michel Lowy, Agapito Maestre y el siempre recordado amigo, Miguel Ron Pedrique con quien hizo el pacto diabólico de criticarse hasta la raíz, en el mismo instante que celebraban la aventura de vivir la vida que valía la pena ser vivida: La vida en amistad. Su sello, su estilo, su voz siempre ha estado en interlocución permanente. Es un autor que lo arriesga todo, para bien o para mal, no sólo en su escritura sino en su vida cotidiana.

Es un hombre comprometido hasta las vísceras, pasional, racional... vitalmente con su pensamiento. Cada palabra que utiliza, lo sabe de sobra, no son neutras. Porque, "La palabras no son neutras"; porque implican visiones, maneras de estar y ser en el mundo. Por ello es un cultor del decir, del decir bien, es un amante del pensamiento que se desgarrar en la palabra, en sus tradiciones y en sus silencios.

El maestro Rigoberto Lanz es un posmoderno crítico, radical. Su obra está allí para defenderse, para decir lo que ha dicho, sin concesiones. Pero su legado no es sólo su obra escrita, sino una institución universitaria, el Centro de Investigaciones Postdoctorales de FaCES-UCV. Y el lema del CIPOST recoge con creces el espíritu de su fundador. El centro donde se celebra las diferencias y el debate riguroso de las ideas. Su obra es una vida cargada de amistad, a cualquier precio... y nada más.

Jonatan Alzuru Aponte
Director del CIPOST, UCV
Caracas, junio 2010

Rigoberto Lanz: Cultor del Pensar Sensible

Presentación

Robinson Salazar Pérez

Enero de 1943 inicia el año MCMXLIII del calendario gregoriano, con noticias producidas de guerras y cicatrices, Japón agachaba la cabeza e iniciaba su retirada de la isla de Guadalcanal, situada en el suroeste del océano Pacífico, los norteamericanos alzaban el grito de la victoria.

En América Latina el populismo abre las compuertas para registrar uno de los acontecimientos más estudiados y que aun nos lleva a polémicas interminables al intentar, por parte de algunos analistas, estirar el concepto de populismo en el Siglo XXI con el prefijo “Neo”, una pretensión de aplicar el concepto de populismo más allá del enmarcamiento histórico estructural en la cual el mismo se desarrolló inicialmente.

Ese año hubo otro acontecimiento de consecuencias trascendentales en las Ciencias Sociales en América Latina, nacían de distintos vientres y lugares, la pléyade de pensadores más productivos, industriados, polémicos, controversiales, osados y con pluma afinada, quienes desarrollarían toda una etapa en el pensamiento sociológico y político que aun en la distancia y cercanía, nos ayudan a comprender y analizar los acontecimientos, sucesos, fenómenos sociales y encrucijada que viven y desafían los pueblos de América Latina en el inicio del Siglo XXI.

*Una generación que por gratitud intelectual y respeto académico he llamado “**Generación 43**”, donde la historia por esos caprichos muchas veces incomprensibles e indescifrables, nos sitúa ante hechos monumentales que al ser analizados de manera individual no nos conducen a descubrir algo, pero si agregamos todas las piezas generan un significado amplio y se convierten en un faro encendido en los senderos de las Ciencias Sociales de producción latinoamericana.*

Carlos M. Vilas, Dante Mario Antonio Caputo, Atilio A. Borón, Jorge Alonso, Roberto Agustín Follari, Manuel Antonio Garretón, Daniel Camacho Monge, Marco A. Gandásegui, Emir Sader, Marcelo Cavarozzi, Hugo Aboites, Rigoberto Lanz entre otros, a quienes les ofrezco mis disculpas por no tenerlos presente en mi memoria, forjaron la constelación de ideas que remozaron el pensamiento crítico y dotaron de un sentido creativo, pertinaz, acucioso, con prosa inteligente y novedad conceptual las Ciencias Sociales latinoamericanas.

Devienen de distintos lugares, crecieron en circunstancias disímolas, sus trayectorias tuvieron cruces, algunas intercambiaron ideas y saberes, otras experiencias y posturas epistémicas, no faltaron los que re-crearon sus estudios en Estados Unidos para reafirmar su vocación latinoamericanista, otros prefirieron elaborar estilos y escuelas de pensamiento, pero casi todos traían en su alforja un grano de inteligencia para aportar al pensamiento crítico en nuestros claustros universitarios, con la intencionalidad de prestar sus reflexiones y construir el nuevo edificio argumentativo encargado de salvaguardar los relatos de lo sucedido en el pasado y los acontecimientos en el presente en nuestros países.

No tenemos en el registro de nuestra historia latinoamericana la existencia de una generación prolija, fecunda, lúcida, aguda, con una capacidad inusitada en la reflexión y posicionamiento de nuevos argumentos en la mesa pública de la academia; productora de cientos de artículos, libros y tendencias en las universidades y librerías, promotores del debate público, pie-

dra de discordia entre sus lectores y adeptos, transgresores de la teoría y audaces en la inserción de conceptualizaciones híbridas para tejer discursos y armar lentes escrupulosos y escrutadores de la realidad social.

Aprendices disciplinados, lectores apasionados, filósofos en las críticas y pausados en el pensar, así digirieron los saberes de sus grandes maestros entre los mencionados por ellos están Pablo González Casanova, Fernando Henríque Cardoso, Anibal Quijano, Rodolfo Stavenhagen, Ruy Mauro Marini Orlando Fals Borda entre otros, quienes de manera directa o indirecta prestaron sus reflexiones y la **Generación del 43** la extendió con creces y valor agregado para que las próximas generaciones de alumnos la fecundaran como lo han hecho hasta ahora.

Las aportaciones al pensamiento crítico de América Latina de la **Generación del 43** son profusas, sugestivas y diversas en el ámbito de la democracia, teoría del estado, gobierno, transiciones políticas, golpes de estado y dictaduras, partidos políticos y movimientos sociales, educación y dominación, cultura y multiculturalismo, crítica al postmodernismo, esclarecimientos sobre el populismo, actores y sujetos sociales en el quehacer de la política, gobierno, instituciones y crisis financieras, en fin, son el árbol que más frutos ha dado en los últimos 100 años de historia del pensamiento socio-político en nuestra región.

La **Generación 43** fue afortunada por las circunstancias que la anidó, los acontecimientos más importantes en los países del Tercer Mundo y las gestas libertarias-populares de los movimientos políticos y guerrillas durante 1947-1979, con abundantes revelaciones y rebeliones desafiaron la inteligencia de la pléyade de estudiosos de la época, abrevando en los escritos de Franz Fanon y los condenados de la tierra, Patricio Lumumba y su gesta de africanización del ejército, la guerra de liberación de Argelia, los escritos de Ho Chi Minh y Vo Nguyen Giap en Vietnam, la derrota del ejército norteamericano bajo la estrategia de resistencia vietnamita, la lucha anticolonialista de Amílcar Cabral en Guinea y cabo Verde, la organización de los países No Alineados, la revolución cubana y la trayectoria de Ernesto Che Guevara, el aglutinamiento de resistencia de la Solidaridad de los "Pueblos" de Asia, África y América Latina O.S.P.A.A.A. – también llamada Tricontinental que reunió a 82 países del mundo.

Ya para la década de los 70 hubo un reflujó de acontecimientos cuya influencia abrió las reflexiones de la **Generación del 43** por la crisis del petróleo y la articulación de los países potencias en la Trilateral que repositó al Fondo Monetario Internacional como juez y parte del mundo de la economía, organizador del mercado e impulsor de lo hoy conocido como globalización; los escritos de los hoy investigadores de la **Generación del 43** abordaron asuntos de la democracia y sus grandes desafíos porque cada día la dificultad era mayor para asumir la emancipación, los países potencias habían descifrado la estrategia de insubordinación popular y aplicaban la contransurgencia en todos los ámbitos de la sociedad, sembrando golpes de estado, miedos, terror, angustia y desplazamientos, el grupo **Generación del 43** debió emigrar a Europa, Estados Unidos, Canadá e incluso a otros países de América Latina, sin embargo, la oportunidad les permitió afinar sus análisis y perfilar sus plumas hacia temas que vinculaban a América Latina con la estrategia de dominación norteamericana.

El parte aguas de la caída del Muro de Berlín, la desagregación de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, los argumentos falaces del Fin de la Historia y las ideologías, la cancelación de la lucha armada y los golpes de estado, la apuesta por las transiciones democráticas y el fortalecimiento de las instituciones, la crisis del discurso del socialismo y la pérdida de referente de una sociedad distinta y mejor, trajo buen acompañamiento de discusiones, críticas, debates y desilusiones, sin embargo los miembros de la **Generación del 43** tuvieron respuestas lúcidas, por lo menos tres de los que colaboran en este número especial de Uto-

pía y Praxis Latinoamericana tuvieron un papel destacado, Emir Sader, Atilio Borón y Carlos M. Vilas respondieron a las provocaciones de los intelectuales norteamericanos y adocenados latinoamericanos quienes negaban la producción de teoría crítica latinoamericana; Jorge Alonso persistió en escarbar las trayectoria de los movimientos populares y las mutaciones de los años 80 a los 90, con un alto reflexivo en 1994 para derrumbar viejas incertidumbres y re-direccionar su mirada hacia lo nuevo sembrado por el zapatismo y los movimientos indígenas a fin de abrir el mundo de la emancipación con varias avenidas de acceso. Roberto A. Follari, con espada desenvainada elegantemente criticaba las desviaciones de los culturalistas, entraba al debate de la postmodernidad y arrojaba luz sobre lo oculto en la teoría débil de los estudios culturales. Y Marco A. Gandásegui (h) desde la cintura de América Latina (Panamá) daba cuenta de la reconstrucción del pensamiento político y poder norteamericano, las pretensiones en el Siglo XXI y la manera operativa del poder hegemónico en el terreno económico, militar, cultural y neocolonial para desentrañar las riquezas de nuestros pueblos.

Todos ellos fueron parte del apenamiento analítico que irradió sobre los acontecimientos de Centroamérica, Nicaragua atrajo algunos de ellos, otros prefirieron desde la distancia pero asumidos en el compromiso militante y de pluma rutilante analizar los acontecimientos de una lucha popular que me atrevo a decir, fue la revolución más querida de Latinoamérica en 1979-1990 y quienes nos enseñaron a quererla tanto fue la traducción de los hechos en palabras bien escritas y argumentos renovados de Daniel Camacho, Marco A. Gandasegui, Carlos Vilas, entre otros.

EL DESAFÍO

*En el transcurso del año 2009, Álvaro Márquez-Fernández me invitó a coordinar un número de la Revista Utopía y Praxis Latinoamericana, con un tema que abarcara la amplitud de América Latina, no dudé un momento y acepté el reto, pero la temática seleccionada fue la **Generación del 43** por los antecedentes descubiertos y la visión fragmentada que tenemos los sociólogos y politólogos latinoamericanistas de analizar los textos de manera individual, sesgados y sin trazar una transversalidad sobre la producción intelectual de este numeroso grupo polémico pero significativo para las Ciencias Sociales latinoamericanas.*

*Entre convocar, explicar la intencionalidad, cuadrar los tiempos de sus agendas, seducirlos con el argumento de la importancia de la **Generación del 43**, las contingencias del terremoto en Chile, los trabajos y compromisos de cada uno de ellos, sincronizar los temas, persistir periódicamente y salvar el escollo de los plazos fatales y puntos de inflexión de la editorial, salió la revista completa, como la había ideado y mapeado antes de toda iniciativa preliminar.*

La entrega fue pausada, lenta, con carga de angustia por los tiempos y la elaboración intersticial, sin embargo el reto fue sacar una reflexión de cada uno de ellos en 100 páginas, algunos intelectuales estarán ausentes, no por falta de talante ni menor importancia, seleccionamos los primeros que aceptaron y apostamos a no errar, al final el logro está en sus manos.

Emir Sader, desde la responsabilidad de CLACSO –Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales- escudriña los anaqueles de su memoria y registra los acontecimientos de la revolución cubana y los eslabones que desencadena a lo ancho y largo de América Latina para describir que una revolución lejana como la había conocido en la literatura política, era un hecho palpable, un movimiento nuestro porque fue más allá de lo que aspiraban los “barbudos de la sierra” como le denomina a los guerrilleros de la heroica lucha contra el dominio de la dictadura de Batista y el yugo Yanki, como le llamaban los heroicos cubanos en 1959.

No es la revolución en nuestro territorio lo que destaca Emir, sino cómo construimos y representamos en aquellos años la gesta libertaria y la modificación que hubo en la subjetividad colectiva latinoamericana. La revolución es posible, el pueblo puede derrotar al mejor ejército si está unido, la pertenencia con un lugar y la voluntad por ser el sujeto colectivo que cargue de sentido esa espacialidad es suficiente para armar un movimiento popular capaz de conectar, a través de su historicidad y memoria colectiva, el pasado con el presente y así otear un mejor horizonte. Este episodio cambió la perspectiva del pensamiento crítico latinoamericano, marcó otro derrotero y signó un compromiso del intelectual orgánico con la historia y la libertad.

Carlos María Vilas, sensato, sobrio, figura de porte intelectual y docto por la claridad argumentativa siempre sorprende, puesto que posee habilidad enigmática para observar, descubre trampas teóricas, hibridiza conceptos, navega entre lo jurídico y la Ciencia Política, connotador del Estado y el entramado que lo constituye, es sin duda un punto referencial en el Siglo XX en las Ciencias Sociales y aun sigue prestando lucidez y fresca en sus análisis que tocan la crisis económica financiera, precisa sobre políticas públicas, detiene con elegancia teórica las especulaciones del neopopulismo, defiende la figura del Estado pero advierte que no es posible regresar con el mismo esqueleto que el neoliberalismo desterró, sino que reflexiona sobre algo nuevo, con mayor compromiso y apuntalado desde abajo y con los de abajo.

Las fugas discursivas del adiós al Estado las esclarece, señala de dónde nace esa idea de despedida y los ángulos de donde se mira, puede ser la retirada del ente estatal si lo divisan los neoliberales o regreso de los autonomistas, de todas maneras defenderlo hoy no es ser retrógrado ni volver al ayer, es re-pensar y re-posicionar un nuevo Estado en una Latinoamérica desafiando el Siglo XXI.

Atilio Alberto Boron, acucioso tejedor de palabras y argumentos, traza una avenida amplia, prolija, con invitados especiales y en diferentes lugares da cuenta de su trayectoria académica-intelectual y de compromiso con los acontecimientos libertarios de América Latina.

De Buenos Aires salió con estudios de sociología, Chile lo enroló a la red de intelectuales que nutrían con lecturas, conjeturas, argumentos y contra-argumentos qué había en las Ciencias Sociales y qué tantas cosas de las leídas y comentadas eran rescatables o aplicable a la compleja realidad latinoamericana; cruzaban los años de la Unidad Popular en el angosto país austral, Allende era la figura central y las polémicas desatadas del proceso chileno surtían todas las demandas, tanto para la derecha como para la izquierda, los del medio eran simples indecisos que no tuvieron agallas para asumirse en ese periodo.

*Fue otro hecho significativo, un movimiento popular, un proceso político que rompió los cristales de la quietud política y relanzó en nombre de América Latina a otras latitudes, así como fue una gran lección para el pueblo chileno y un aprendizaje doloroso, Atilio y la **Generación del 43** tomó conciencia y con sus maletas fue a Harvard a repensar a Latinoamérica desde las entrañas del monstruo, así lo hizo Martí.*

En la lejanía no está la ausencia, dado que no es abandono, es un impasse, tal vez un espacio interfase entre la preocupación y la preparación, podría denominarlo como el avituallamiento intelectual que necesitó para regresar con la teoría marxista depurada y tal saeta afilada rasgar los velos que esconden el discurso de la democracia procedimental y falsas crisis económicas que no es más que una tendencia marcada del poder plutocrático en el mundo y en la región latinoamericana.

Marco A. Gandásegui (h), observador nato, prodigia memoria, articulador de teorías y eventos, teje el pasado con el presente de manera concluyente, enamorado de la historia y casi

siempre sus conversaciones detallan un episodio o conectan lo que expresa con un hecho significativo de América Latina.

Prefirió, por su experiencia, situarse en un punto de ruptura y de resonancia teórica, el inicio de la política imperial de los Estados Unidos en América Latina, desbroza las falacias de la crisis capitalista y la sitúa en el lugar que corresponde, los grandes negocios del Fondo Monetario Internacional favorecido por el nuevo impulso de su actividad como prestamista, por los ingresos provenientes de sus inversiones y múltiples préstamos a países en situación de riesgo.

*Aferrado más no ortodoxo, abrevia y en los genuinos teóricos dependentistas y sustenta la vigencia de la dialéctica de la dependencia, la prueba en sus análisis y da cuenta de esa corriente de pensamiento latinoamericano en plena ejecución y la manera que prestó buenos dividendos a la **Generación del 43** para vivir y responder a la academia en la década de los 70 con escritos explicativos.*

Cruza con lecturas y discursos la polémica entre imperialismo y hegemonía, define las características de cada uno, los coloca en medio de los acontecimientos de nuestros pueblos y lo confronta ante los procesos que viven en Venezuela y Bolivia, para ejemplificarlo mejor lo resitúa en Panamá, territorio y lugar que conoce y donde reside, para explicar la significancia del canal en la política estratégica, la política militar de los Estados Unidos, los movimientos sociales y la pretensión de la administración de Obama en la región.

Jorge Alonso, honestidad intelectual y alto compromiso con lo popular, nítido y plural, tolerante y exigente son las características que han acompañado las reflexiones sobre el Estado y los movimientos populares.

Por muchos años, cerca de 40, sus escritos rasgaban los velos de los partidos políticos, los procesos electorales, enjuiciaba a la democracia ficticia y reclamaba mayor participación popular, la convergencia como domo amplio y de cobertura horizontal provocó discusiones fértiles que orillaban a nuevos debates sobre la democracia para qué y hacia dónde direccionarla.

Todas las discusiones que Jorge Alonso posicionaba en el debate dejaban varias ventanas abiertas, la asignatura pendiente siempre fue la democracia y el sujeto; muchas veces husmeó los distintos movimientos sociales, los urbanos, estudiantiles, campesinos, obreros, e indígenas, con sus ojos escrutadores miraba y retaba a los interlocutores, proponía premisas y deshilaba la conversación para terminar construyendo un nuevo argumento o contra-argumento con los hilos extraídos.

Así trabaja y permanece ocupado, no es un hombre que deja vacío en sus cavilaciones, teje y repuja sobre la porosidad social, desafía y convida y en esos convites apasionados de lecturas y discusiones encuentra aliados, casi siempre por largo tiempo y con producto conclusivo.

Esta vez desafió su propia historia, tomó en serio la invitación y reflexionó sobre su trayectoria, dibujó el terreno recorrido y mapeó los puntos referenciales por donde pasó; no está arrepentido de lo que hizo, humildemente dejó atrás muchas cosas y está resituado en buscar un camino alternativo, traza la mirada a lo ancho del espectro social con la intencionalidad de construir el sujeto abarcativo, con dimensiones y capacidad atalayadora, más allá de los rincones apropiantes que reclaman al sujeto como de su propiedad, aspira a un cuerpo plural, con capacidad de construir un mundo o realidad distinta sin tener que disputarle el Estado al capitalismo, porque deduce que esa lucha no tiene significancia, dado que quedaría atrapado por el dominio del capitalismo mundial que vivimos.

*Así es Jorge Alonso, retador, creativo, osado y los rasgos de la escritura dice como es el sujeto que la fabrica, la mente la re-crea y la habilidad que posee para darle la dinámica necesaria a las Ciencias Sociales latinoamericanas en el Siglo XXI. Es un digno representante de la **Generación del 43**.*

Roberto Agustín Follari, argentino con bajo perfil público intencionado por él, que encierra en su discurso la seguridad del campo temático que domina, utiliza los conceptos apropiados y la palabra para Roberto es un signo y parte de la humanidad para entenderse y reclamar su pase al futuro, de ahí que no la utiliza en vano, sino como el recurso necesario y propio de los sujetos pensantes.

Hablar con Roberto Follari es desafiar el mundo, incisivo para descubrir el talante de una corriente de pensamiento o escuela, habilita el pensamiento para desbrozar y proponer elucubraciones que den mejor respuesta a las que existen, así es su temperamento, aunque su caminar pausado pareciera que arrastrara todo el saber que tiene en la alforja de su historicidad, sin embargo, su andar es propio de un sembrador de ideas en surcos que demandan ideas nuevas.

Desafía a los lectores para entender el arribo y “eclipsamiento” del posmodernismo en América Latina, lamenta y puntualiza con holgura argumentativa que el vehículo que trajo las ideas de la posmodernidad provocó la confusión, los neoliberales lo aplaudieron con esa intencionalidad, opacar las ideas y llevarlo al mar farragoso, no obstante, dice Roberto “lo posmoderno no fue producido a propósito por nadie, es una condición de época que nos atraviesa a todos; lo neoliberal, en cambio, es una postura determinada desde el punto de vista ideológico, que tiene agentes personales e institucionales definidos, y que opera de manera intencional, conciente y estratégica en el plano de la política y la cultura”.

Esgrime su pluma y retoma el multiculturalismo y llama la atención con inusitada elegancia y nitidez y lo coloca justamente donde pocos lo han hecho, discernir entre diferencia y desigualdad a fin de que no escondamos con el discurso multicultural las crecientes desigualdades que provoca y arroja el mundo capitalista y su modelo depredador neoliberal.

Por último conecta la pérdida de fuerza del posmodernismo con una propuesta de “inflación posmoderna” que refiere a la opacidad que vivió el discurso posmoderno y de qué manera retoma algunos de los valores modernos, pero en otro formato, abre las puertas de las conjeturas y dilemas y nos deja más tareas que conclusiones, así es la personalidad de Roberto Agustín Follari, cada vez que lo leemos nos obliga a buscarlo para conversar o leer su próximo escrito antiparametral.

*Cierro la presentación para agradecerle a cada uno de los pensadores de la **Generación del 43** la disposición para construir esta edición especial de Utopía y Praxis Latinoamericana y la calidad de sus escritos para remarcar con precisión la frontera interior que marcaron todos ellos dentro del amplio espectro de las Ciencias Sociales Latinoamericanas. Hoy podemos decir que la **Generación del 43** es un referente en el mundo de la teoría crítica latinoamericana, queda alojada en mi la deuda con todos ustedes, pero el deseo frustrado de no poder contar con más espacio, tiempo y actores de la **Generación del 43** para concluir un trabajo más amplio, detallado y preciso, paso la estafeta a otro osado para esa magna tarea.*

*PD/: ¿Habrà tiempo para la generación del 50? ¿Qué características tuvo y de qué manera prolongó la sabiduría del **G-43** a la praxiología militante?... es la tarea que nos gustaría emprender en el año 2011.*



Desarrollo y dialéctica de la dependencia en el siglo del imperialismo

Dialect and Development of the Dependence in the Imperialism Century

Marco A. GANDÁSEQUI, (h).

Investigador asociado del CELA. Universidad de Panamá, Panamá.

RESUMEN

En 65 años América Latina tuvo dos experiencias de desarrollo capitalista asociado con el centro del sistema mundo capitalista y al neoliberalismo, considerados exitosos hasta la crisis mundial de 2008. Según el FMI, el 40 por ciento de la riqueza financiera latinoamericana se perdió como consecuencia de las crisis en las bolsas de valores y otras actividades mercantiles. La crisis económica se siente en toda América Latina, aun en Brasil, un país muy grande, donde la producción industrial tuvo una fuerte caída. Pero también en Panamá, el menos poblado de la región, sufre una disminución de los tránsitos por el Canal de Panamá. Los proyectos desarrollistas y neoliberales están en bancarota. Le corresponde a América Latina ir más allá del proyecto de mercado nacional o de ser exportadora primaria. Tiene que definir una estrategia global capaz de situarla en el escenario mundial. Aun cuando muchos relacionan la crisis económica con el abuso y la mala administración de los recursos mundiales (neoliberalismo), en realidad estas supuestas causas son también consecuencia de una crisis aún más profunda cuyas salidas arrojan como resultado una nueva organización social y espacial de la sociedad y una correlación de fuerzas distinta entre las clases sociales.

Palabras clave: Movimientos sociales, imperialismo, sistema neoliberal, pensamiento crítico.

ABSTRACT

In 65 years Latin America had two experiences of capitalist development associated with the center of the capitalist world system and neoliberalism, both considered successful until the global crisis of 2008. According to the IMF, 40 percent of Latin American financial wealth was lost as a result of the crisis on stock exchanges and other business activities. The economic crisis was felt throughout Latin America, even in Brazil, a very large country, where industrial production had a strong fall. But also in Panama, the least populated country in the region, who suffers a decrease in transits the Panama Canal. Developmentalist and neoliberal projects are bankrupt. It is for Latin America go beyond the draft national market or even export primary. The area needs to define a comprehensive strategy capable of placing it on the world stage. Although many people related economic crisis with the abuse and mismanagement of global resources (neoliberalism), in reality these alleged causes are also the consequence of an even deeper crisis with outputs and results of which shed a new social and spatial organization of society and a balance of power among different social classes.

Key words: Social movements, imperialism, neo-liberal system, critical thinking.

A fines de la década de 1940, terminada la segunda guerra mundial y recuperado el sistema capitalista de su crisis de realización (sobreproducción/sub-consumo), en todas partes se cuestionó la estructura social que había surgido en el siglo anterior (por lo menos desde la gran crisis de la década de 1870). El centro del sistema capitalista salía con heridas profundas producto de la guerra pero con un proyecto de recuperación cuidadosamente elaborado antes de que se apagarán los cañones en los diferentes frentes de guerra.

La reconstrucción de la base industrial, sometimiento de la clase obrera, contención de las alternativas políticas, explotación de los recursos de la periferia. Para ello los excedentes acumulados durante la guerra en los países no afectados por la destrucción se invertirían en Europa y Japón mediante un plan que le permitiera al capital crecer reduciendo los riesgos a su mínima expresión (Keynes). Los movimientos sociales que proponían vías de desarrollo alternativos (la clase obrera) serían incorporados como socios menores mediante su subsunción formal.

Para lograr este objetivo estratégico era fundamental incrementar el excedente generado por el sistema capitalista. El salto cualitativo que había dado la producción con el esfuerzo bélico sirvió de base para este propósito. Gran parte de esa nueva tecnología, sin embargo, estaba comprometida con la política de guerra. Para salvar el sistema capitalista había que continuar con una economía de guerra que comprometiera la gran industria norteamericana. Era necesario, sin embargo, encontrar o crear una justificación para continuar con la guerra que formalmente había concluido en 1945. La alianza que derrotó el eje que encabezaba Alemania se resquebrajó quedando EEUU de un lado y la URSS del otro. Washington comenzó a tejer su política de “contención” para justificar los presupuestos militares, enfrentando a Moscú con un arsenal de armas nucleares, flotas que surcaban todos los océanos y ejércitos de ocupación en todos los continentes. La periferia del sistema capitalista, a su vez, fue objeto de una mayor disciplina. América Latina fue convertida en un gigantesco almacén de materias primas y, al mismo tiempo, en un mercado para la expansión de las empresas industriales de EEUU. Las alternativas levantadas por las clases dominantes, a veces en alianza con los trabajadores y/o capas medias, eran aplastadas por EEUU que aseguraba su dominación mediante la formación de gobiernos militares. La excepción fue la Revolución Cubana que sobrevivió una invasión, el bloqueo económico y la subversión constante de sus instituciones por más de 50 años. En África y Asia, el mundo colonial de la periferia fue cuestionado por movimientos sociales que recibieron el apoyo entusiasta de EEUU. Los movimientos de liberación nacional triunfaron eliminando la presencia política de los antiguos regimenes coloniales de las viejas potencias de Europa. Sin embargo, el retiro de Europa le abrió las puertas para que EEUU entrara con sus corporaciones interesadas en explotar los recursos de los nuevos países independientes. Al mismo tiempo, los convirtió en clientes de su red financiera y de su industria militar. En aproximadamente 15 años transcurridos después del fin de la guerra mundial, el plan elaborado por los estrategas de Breton Woods se había cumplido. EEUU logró disciplinar a su clase obrera mediante un pacto que se llamaría el *Welfare State*, levantó la industria europea (alemana sobre todo) y japonesa, subsumiendo igualmente su clase obrera, neutralizó casi todo indicio de desarrollo autónomo en América Latina y descolonizó la periferia capitalista para someterla a su visión de mundo. La sobrevivencia del “Bloque Socialista”, y su núcleo soviético, le sirvió para mantener su economía de guerra generando ganancias para el sistema capitalista. La década de 1970 –25 años después del fin de la guerra mundial– el mundo imaginado por Keynes comenzó a desmoronarse. A pesar de las enormes inversiones del sistema capitalista a escala mun-

dial y los escenarios de guerra –calientes y fría– en todos los continentes, la tasa de ganancia de las inversiones capitalistas comenzó a descender. Las ganancias comenzaron a disminuir y, como consecuencia, las oportunidades para hacer inversiones rentables se hacían cada vez más difíciles. Los correctivos introducidos en la década de 1970 fracasaron. En la década de 1980, EEUU inauguró su ofensiva (que posteriormente sería conocida como políticas neoliberales) para rescatar las ganancias del sistema capitalista. El primer sector que sintió la impronta de la nueva política fue la clase obrera de EEUU y, en menor medida, del resto del mundo. La política también afectó a los países de la periferia que tuvieron que incrementar sus transferencias de los excedentes generados por sus economías al centro del sistema. La CEPAL entre otras instituciones bautizaron el período como “la década perdida”. En otras palabras, durante la década de 1980 el crecimiento de la economía capitalista de la región fue negativo. El resto de la periferia pasó por una experiencia similar, marcada por el recorte de inversiones y un empobrecimiento generalizado de la población. El resultado más espectacular de la crisis de realización del sistema capitalista fue el colapso del bloque socialista y la disolución de la URSS. La desaparición de la alternativa al modelo capitalista tuvo muchas consecuencias para el mundo entero. (Uno de ellos fue sacar a la luz pública la total ineficacia de los aparatos de inteligencia que fueron sorprendidos por los acontecimientos que sacudieron al mundo). Quizás la más importante fue sus efectos sobre la política de “contención” de EEUU. La política que promovía la economía de guerra de Washington tuvo que dar varios giros de 360 grados en busca de un sustituto para continuar con su política de contención. Entre los candidatos más mencionados se destacaban los “estados ilegales” (*Rogue States*), los traficantes de drogas o los “terroristas”. A principios de la primera década del nuevo siglo, se optó por la política de “contención” de los terroristas.

El cambio más importante que ha experimentado el mundo desde 1943 fue el resultado de la crisis del sistema capitalista en la década de 1970. La disminución de las ganancias y, como consecuencia, de las inversiones, puso fin a los regímenes de “bienestar social” hundiendo a la clase obrera en un estado de “anomia”, acabó con el “bloque socialista”, desestabilizó a la periferia y, finalmente, creó las condiciones para un reacomodo general de la correlación de fuerzas entre las potencias mundiales.

A pesar de los cambios, EEUU conserva su política de “contención” para justificar su economía de guerra y la periferia se acomoda a las señales de la emergencia de una nueva correlación de fuerzas a escala mundial. China se ha convertido, a principios del siglo XXI, en la fábrica del mundo y pronto espera reemplazar a EEUU como centro financiero del sistema capitalista.

En un esfuerzo por explicar el caos que caracterizó las grandes transformaciones sociales del siglo XX, Shumpeter diría que el sistema capitalista dominante sólo puede sobrevivir en un proceso de destrucción y renovación. Durante la década de 1940, y muy particularmente en 1943, cualquiera suscribiría esta afirmación del economista alemán radicado en EEUU.

La dialéctica del desarrollo capitalista arrasó en un lustro las instalaciones industriales y productivas de Europa y gran parte de Asia. Al mismo tiempo, vio surgir un nuevo gigante –EEUU– que se convirtió rápidamente en la fábrica industrial, centro financiero y hegemon cultural del capitalismo mundial en la segunda mitad del siglo XX.

Karl Polariyi teorizó en torno a la “gran transformación” que significó el salto cualitativo que diera el capitalismo como sistema. El cambio más importante fue a nivel cultural

donde se generó una transformación de las aspiraciones, percepciones y de los valores hasta entonces dominantes.

En el cabo de América Latina el gran debate de la segunda mitad del siglo XX giró en torno a los problemas sociales y económicos asociados con el desarrollo capitalista y la cuestión nacional. La discusión se convirtió en dos grandes planos. En primer lugar, el enfrentamiento entre las nociones positivistas y estructuralistas. En segundo lugar, la crítica que surgiera desde el seno de los estructuralistas que planteaban un enfoque dialéctico.

El positivismo, igual que los estructuralistas bebían de las fuentes europeas que teorizaban sobre el desarrollo y la revolución. Los positivistas estaban seguros que mediante la aplicación mecánica de la ciencia se garantizaba el progreso y el orden. En el caso de América Latina ya en el siglo XIX se planteaba la disyuntiva entre barbarie y civilización. En el siglo XX su influencia aun se sentía en las décadas de 1950 y 1960. El estructuralismo, también importado de Europa, se escindió en dos corrientes. Por un lado, quienes estaban influenciados por el pensamiento funcionalista. Por el otro, la escuela marxista que postulaba la teoría de los modos de producción.

La crítica al estructuralismo surgió básicamente en torno a los debates entre los marxistas que buscaban un instrumento político capaz de transformar la correlación de fuerzas sociales y colocar a la clase obrera en la vanguardia. La dialéctica de la dependencia —que descartó las nociones mecánicas de la dependencia— utilizó la teoría del valor como concepto central en la crítica al estructuralismo, tanto su variante funcionalista como marxista.

Las teorías positivistas fueron desplazadas a fines de la primera mitad del siglo XX.

El gran ausente: consumo y realización en la medida en que las contradicciones generadas por la incipiente industrialización latinoamericana desarticuló sus propuestas racionales.

La prosperidad del capitalismo introducida a la región con motivo de las demandas bélicas y una incipiente industrialización, dio motivo para abrir un debate en torno al desarrollo. En el debate giraban dos propuestas: Por un lado, la industrialización sentaría las bases para una europeización de las economías y, como consecuencia de las sociedades de la región. Por el otro, la industrialización arrancararía las relaciones sociales de las garras de instituciones tradicionales e, incluso, feudales.

La dialéctica de la dependencia replanteó el debate sobre otro terreno totalmente diferente. No se trataba de europeizar a la región y mucho menos romper las cadenas con un feudalismo inexistente. El problema era como romper el vínculo dialéctico de la dependencia que descansaba sobre un eje siempre cambiante que lograba transferir excedentes de una periferia del sistema capitalista al centro.

La crisis de sobreproducción de la década de 1970 ofreció una enseñanza. El sistema capitalista está condenado a ciclos de prosperidad y crisis que la sitúa sobre un terreno movedizo de manera permanente. Después de la segunda guerra mundial, con la aplicación de las políticas reguladoras recomendadas por Keynes se supuso que se llegaría a balancear el sistema y permitir su crecimiento permanente. El teórico más lúcido en esta materia fue Karl Polariyi quien, precisamente, en 1943 publicó su obra *La gran transformación*. Su planteamiento central consistía en señalar que el capitalismo emerge como un sistema “encajado” (*embeded*) en la sociedad. Es decir, los procesos productivos se encuadran dentro de un conjunto de ejes que definen la sociedad.

Sin embargo, las contradicciones que genera el crecimiento capitalista hace que el sistema productivo tienda a “desencajarse” (*disembed*) y buscar su autonomía frente a la sociedad. En otras palabras, la economía trata de absorber a la sociedad y ponerla al servicio de su crecimiento. Las instituciones sociales son subordinadas a las necesidades de crecimiento del sistema capitalista. Este movimiento doble es lo que caracterizó el desarrollo del sistema capitalista a partir de la segunda guerra mundial.

En la primera etapa –1945 a 1970– la economía fue regulada y sometida a una disciplina que la ponía al servicio de la estabilización del sistema capitalista. La crisis de sobreproducción, sin embargo, desarticuló las instituciones creadas y se introdujeron en su lugar políticas de flexibilización y desregulación. Estas llegaron a ser formalizadas en el “consenso de Washington”.

Las políticas llamadas “neoliberales” se concentraron en la transferencia de riquezas acumuladas (ahorros) de los trabajadores e instituciones públicas a los sectores especulativos (bolsas, bancos, seguros).

El objetivo consistía en “liberar” la economía de su “encaje” social. Como diría Polanyi, desencajar (*disembed*) los procesos productivos, separarlos de su referente social.

En términos de economía política, la riqueza dejaba de ser el resultado del trabajo social. Por el contrario, la riqueza sería generada por los movimientos y transacciones de valores creados en un mundo económico, sin ataduras a la sociedad. Fukuyama lo bautizó con el nombre de “fin de la historia”.

AMÉRICA LATINA

La generación del 43 en América Latina se enfrentó a dos procesos de transformación sucesivos. El primero se conoció con el nombre del proyecto de desarrollo (capitalista), cuyo objetivo central fue la creación del mercado nacional. El proyecto se enfrentó con relativo éxito (entre 1943 y 1970) al modelo económico de crecimiento hacia fuera basado en la exportación de materias primas al centro del sistema-mundo capitalista.

Después de una breve crisis, conocida como la década perdida (1980), los países latinoamericanos fueron alineados en torno al proceso de transformación bautizado con el eufemismo de “neoliberal”. El neoliberalismo pretendió superar la crisis de sobreproducción eliminando amplios sectores del capital y de los trabajadores (flexibilización), mientras que generaba ganancias apropiándose de los ahorros de los sectores populares (privatización). A pesar de sus características depredadoras, el neoliberalismo fue considerado exitoso hasta la crisis del capitalismo mundial de 2008.

En 65 años América Latina tuvo dos experiencias de desarrollo capitalista asociado con el centro del sistema mundo capitalista. Ambos aparentemente no fueron exitosos.

Según el FMI, el 40 por ciento de la riqueza financiera latinoamericana se perdió en 2008 como consecuencia de las crisis en las bolsas de valores y otras actividades mercantiles. La crisis económica se siente en Brasil, un país muy grande, donde la producción industrial tuvo una caída del 6 por ciento a fines de 2008. Pero también en Panamá, el menos poblado de la región, que sufre una disminución de los tránsitos por el Canal de Panamá.

Los proyectos desarrollistas y neoliberales están en bancarrota. Le corresponde a América Latina ir más allá del proyecto de mercado nacional o de ser exportadora primaria. Tiene que definir una estrategia global capaz de situarla en el escenario mundial. Hay que

preguntarse, ¿qué clase social o combinación de clases sociales son capaces de alcanzar este objetivo?

Durante casi dos siglos el sistema capitalista brindaba cierta seguridad entre sus promotores. Igualmente, presentaba un reto seguro entre sus enemigos. Entre los primeros, mientras las tasas de crecimiento eran constantes y las crisis pasajeras, había seguridad en el futuro. Entre los segundos, las contradicciones inherentes al crecimiento del capitalismo lo hacían vulnerable y se consideraba que su desaparición era inevitable.

En América Latina el debate sobre el futuro giró en torno a esta dicotomía por siglo y medio. Después de varias generaciones de pensadores latinoamericanos que proponían tesis positivistas y desarrollistas, se produjo el primer quiebre en la sólida muralla civilizatoria con el surgimiento de las nociones sobre la dependencia.

Los positivistas lanzaron la dicotomía de civilización y barbarie para explicar la subordinación del continente a fuerzas exógenas. La única solución era romper la resistencia autóctona e introducir la razón civilizatoria.

Los desarrollistas cambiaron el actor o el sujeto social pero mantuvieron intacta la dicotomía. La nueva dicotomía era desarrollo versus subdesarrollo. El espíritu empresarial (weberiano) se enfrentaba a un mundo tradicional, cerrado y atrasado.

En la década de 1940, Prebisch disparó una primera andanada a las concepciones citadas. Como funcionario del gobierno argentino descubrió que había una creciente asimetría entre lo que después llamaría los países del centro y su relación con la periferia. Desde la Secretaría de la CEPAL se desarrolló un trabajo intenso con diferentes equipos que estudiaron el intercambio desigual y las economías de enclave.

Entre los discípulos de Prebisch se destacaron F. H. Cardoso, Osvaldo Sunkel y Fernando Feynsilver. Sus propuestas apuntaban a la necesidad de impulsar el crecimiento económico y crear condiciones políticas para establecer alianzas con los países con sistemas capitalistas más avanzados. Esta escuela de pensamiento fue llamada la “teoría de la dependencia” en la medida en que percibía un desarrollo y crecimiento capitalista dependiente.

En la década de 1970 apareció una corriente que, desde una perspectiva marxista, le hizo una crítica a esta noción “asociada” de la dependencia. En lugar de plantear un desarrollo y crecimiento dependiente, la nueva escuela propuso el rompimiento, la desconexión de la periferia del centro. El rompimiento daría lugar a una forma de crecimiento y desarrollo totalmente original y diferente. Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos, partiendo de la teoría marxista del valor, de la división del trabajo social y de los procesos de acumulación, demostraron que el capitalismo —caracterizado por un crecimiento desigual y combinado— generaba y profundizaba la dependencia de la periferia en su relación con el centro.

Theotonio lo plantearía en el título de su libro “Socialismo o fascismo”. Lo que podría entenderse como una dicotomía en realidad era una relación dialéctica. Ambas formas coexisten subordinadas al desarrollo del capitalismo. La única manera de liberarse era mediante el rompimiento de la relación. Por su lado, Ruy Mauro introdujo lo que 30 años más tarde ya es aceptado en el *establishment*: el subimperialismo (los estados emergentes) y la superexplotación (la disminución de la participación de los trabajadores en la distribución de las riquezas).

Si entendemos la primera tesis, sabemos que la lucha de los pueblos latinoamericanos se sitúa en un contexto cultural que es, a la vez, parte de una realidad global. La pro-

puesta de América Latina no puede ser regional, tiene que ser global. Entendida esta primera tesis, hay que situarse en el contexto de la crisis del sistema mundo capitalista. ¿Qué crisis?

En los últimos dos años hemos estado discutiendo la crisis económica en el contexto de la crisis de hegemonía del sistema mundo, entendiéndolo como un cambio de época en el desarrollo capitalista. Muchos de los problemas teóricos que son objeto de debate en los círculos marxistas se han convertido en temas de discusión cotidiana¹. Por un lado, la crisis económica de EEUU, que fue clasificada como recesión a fines de 2008, ha disminuido las inversiones, el empleo y el consumo a escala mundial. Además, ha generado inseguridad entre los actores sociales y turbulencia en los mercados internacionales. Por el otro, la elección de Barack Obama a la Presidencia de ese país ha generado expectativas políticas.

Ambos hechos producidos en forma casi simultánea en los últimos meses de 2008 son importantes. La combinación de lo político y lo económico es también objeto de análisis, especialmente cuando se trata de explicar el comportamiento de uno a partir del otro. Aún cuando muchos relacionan la crisis económica con el abuso y la mala administración de los recursos mundiales (neoliberalismo), en realidad estas supuestas causas son también consecuencia de una crisis aún más profunda.

Cualquier salida a la actual crisis arrojará como resultado una nueva organización social y espacial de la sociedad y una correlación de fuerzas distinta entre las clases sociales. La crisis de hegemonía va más allá del colapso financiero e, incluso, de la disminución de la tasa de ganancia. El grupo de trabajo sobre EEUU de CLACSO, que se formó en 2004, presentó su hipótesis de trabajo partiendo de la noción de una crisis de hegemonía. Se planteó que la competencia económica mundial le hacía cada vez más difícil a EEUU conservar su posición hegemónica sobre los demás países, tanto desarrollados como “emergentes”.

En mi libro *Crisis de hegemonía de EEUU*, publicado a fines de 2007, planteaba la pérdida de competitividad económica y, también, un deterioro en la planta científico-tecnológica². El deslizamiento, sin embargo, aún no se sentía en otras áreas claves como la cultura y el poderío militar. Desde aquella fecha para acá, la crisis económica que era inminente estalló como consecuencia del colapso de uno de los andamiajes de la estructura: la burbuja inmobiliaria.

Durante varias décadas muchos estudios apuntan a la crisis profunda que acecha al desarrollo del capitalismo tal como se conoce en la actualidad. Para algunos se trata de un sistema mundo capitalista que nació en ciertas circunstancias y, cumplidas todas sus etapas, está llamada a perecer. En el caso de Giovanni Arrighi, su enfoque difiere algo en la medida en que relaciona la crisis actual de sobreproducción a una crisis de hegemonía de

1 We're about to mark the second anniversary of the financial meltdown. But don't expect to see any clinking of champagne glasses, because except for a handful of prescient (or lucky) speculators, it's been a ghastly two years. The nightmare started June 12, 2007, when news broke that two Bear Stearns hedge funds speculating in mortgage-backed securities were melting down. That was the precursor to the panics and collapses that have led to a worldwide recession and the fall of mighty institutions like Bear, AIG, Lehman Brothers, and Royal Bank of Scotland.

2 GANDÁSEQUI, MA, hijo (2007). *Crisis de hegemonía de EEUU*, Siglo XXI, México.

Estados Unidos. En este país, que se constituyó en eje central y motor principal de la acumulación capitalista desde mediados del siglo XX, será pronto desplazado por un nuevo centro hegemónico.

También se destaca en esta línea de pensamiento, Samir Amin, quien plantea que el sistema unipolar de desarrollo capitalista tiende a ser reemplazado por relaciones internacionales que darán lugar a un mundo multipolar. Cada región estará integrada estrechamente a las demás, pero guardando su especificidad cultural y autonomía política.

Quien se ha destacado en los estudios del sistema mundo capitalista es su principal gestor, I. Wallerstein. En el marco de su obra que cubre un periodo de casi 40 años, Wallerstein plantea que el modo de producción hegemónico actualmente está a punto de fener como resultado de sus contradicciones internas insalvables. Wallerstein, a diferencia de otros cientistas sociales, no postula otro modelo de sociedad que sustituya al capitalismo. Enfrentamos un futuro lleno de incógnitas donde predominará la incertidumbre.

IMPERIALISMO Y AMÉRICA LATINA

Después de algunos años de silencio, la academia latinoamericana parece tener la intención de regresar a los análisis sobre el imperialismo. En la actualidad, sin embargo, el imperialismo como categoría explicativa es más común encontrarla en el campo que suelen caminar los liberales que entre los marxistas. El debate entre los liberales se extiende desde la extrema derecha hasta los antiguos marxistas reciclados. Entre los primeros están los que plantean que el imperialismo es una “carga” moral que debe asumir la civilización occidental 1. Para los segundos, el imperialismo emerge como sólido baluarte que le da orden a una civilización superior, en el mejor espíritu kautskiano del “ultraimperialismo”³.

Entre los marxistas hay quienes buscan las raíces del concepto de imperialismo regresando a las formulaciones originales de Carlos Marx: Una característica siempre presente en el desarrollo del capitalismo. Según John Bellamy Foster, el imperialismo es tan propio del capitalismo como la búsqueda de ganancias. “El imperialismo es un producto necesario del capitalismo como fuerza globalizadora”⁴. Desde hace varios lustros, autores como Arrighi⁵ y Wallerstein⁶ están decididos a criticar las nociones sobre el imperialismo, no tanto por su valor intrínseco, sino por la trasposición mecánica de conocimientos generados por la aplicación del concepto en las diferentes etapas del desarrollo del capitalismo.

En este debate surge la discusión sobre la polaridad del sistema capitalista (o sistema-mundo capitalista). El mundo multipolar fue sustituido por el mundo bipolar y, finalmente, para algunos ahora es el mundo unipolar. En este debate se queda atrás el leninismo y el papel de los eslabones más débiles del sistema.

3 HART, M & NEGRI, A (2000). *Imperio*, Paidós, Barcelona.

4 FOSTER, JB (2002). “Capitalism and Ecology: The Nature of the Contradiction”, *Monthly Review*, Vol. 54, nº4., septiembre. pp. 6-27.

5 ARRIGHI, G (1994). *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of our Times*. Verso, London, pp. 107-138.

6 ADAMES, E (2002), “Las ciencias sociales. Una perspectiva desde los sistemas mundo”, *Tareas*, nº. 112, pp. 19-37.

¿QUÉ ES EL IMPERIALISMO?

El imperialismo es la lucha entre Estados-naciones capitalistas por el dominio del sistema-mundo capitalista en expansión. Quien logra ejercer el dominio debe mantenerlo sobre la base de la fuerza y, además, haciendo valer su hegemonía.

¿Desaparece el imperialismo cuando cesan las luchas entre los estados capitalistas? ¿Puede desaparecer el imperialismo si un Estado se transforma en todo poderoso subordinado a todos los demás estados? Para consolidarse, el capital necesita voluntad política. Voluntad que descansa sobre un proyecto nacional. La nación es la expresión política del capital. La expansión del capital expresado en la voluntad política de una nación entra en contradicción con otras formaciones sociales organizadas en torno a otras voluntades políticas: naciones. Esta competencia es el objeto de estudio de la teoría del imperialismo.

Los primeros en utilizar el término imperialismo en América Latina fueron los leninistas. Los comunistas latinoamericanos afiliados a la III Internacional identificaron al “imperialismo” como el obstáculo principal para la consolidación de la revolución rusa y el nuevo Estado soviético. Según esta noción, la clase obrera y sus aliados tenían como tarea central la lucha contra el imperialismo. La derrota del imperialismo traería como consecuencia el triunfo del socialismo en la URSS y, a su vez, en todos los países del mundo, incluyendo a la región latinoamericana.

El imperialismo, como consecuencia, era analizado desde una perspectiva negativa. Es decir, el imperialismo constituía una fuerza que bloqueaba el desarrollo de las fuerzas productivas de los países menos desarrollados, semi-coloniales y coloniales. En este período las alternativas eran, por un lado, consolidar el Estado soviético para tener una base sólida para enfrentar al imperialismo. Por el otro, extender el movimiento revolucionario a escala mundial sobre la base de una estrategia basada en el desarrollo desigual y combinado del capitalismo. El peruano, José Carlos Mariátegui, sería la excepción de esta corriente de pensamiento proponiendo una teorización marxista original. Según Mariátegui, “la revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: ‘antiimperialista’, ‘agrarista’, ‘nacionalista-revolucionaria’. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos”⁷.

El debate se interrumpió con el advenimiento de la II Guerra Mundial. Entre las consecuencias políticas de la conflagración devastadora se destaca la ampliación del bloque socialista con los estados de Europa central así como Asia, especialmente China. La teoría leninista parecía estar comprobándose: los eslabones más débiles se desprendían del sistema capitalista en la medida en que no era capaz de resolver sus propias contradicciones, obligada a medir sus fuerzas mediante guerras inter-imperialistas. Poco después se proclamó la primera revolución socialista latinoamericana en Cuba, que se plegó al bloque soviético. El imperialismo quedó aún más identificado con el proyecto de frenar el avance del socialismo que aparentaba marchar segura hacia más triunfos.

7 KOHAN, N (2002). *El Che Guevara y la filosofía de la praxis*, scribd.com/doc/16311228/Kohan-N-Ernesto-Che-Guevara-El-sujeto-y-el-poder.

En el contexto de la Guerra Fría, se desarrolló el debate en torno a las alternativas frente al imperialismo. En el caso de América Latina, se hicieron enormes esfuerzos por establecer una teoría de la revolución socialista, que por definición era anti-imperialista y de paso “latinoamericanista”. El proyecto supra-nacional latinoamericano, originalmente concebido en el Cono Sur, se apropió de la imaginación tanto de liberales reformistas como marxistas⁸. Por un lado, se discutía sobre la necesidad de impulsar el proyecto nacional de desarrollo capitalista para crear las condiciones necesarias para la revolución socialista. Muchos partidos comunistas y otros grupos se comprometieron con este proyecto. Por el otro, la revolución cubana dio pie para que surgiera con más fuerza el proyecto de desarrollo nacional pero sin capitalismo. Los movimientos revolucionarios del período se alimentaron de una variante de la teoría de dependencia para explicar el papel del imperialismo.

La revolución latinoamericana no quedó sin respuesta. EEUU y sus aliados locales montaron una ofensiva contrarrevolucionaria que duró un cuarto de siglo (1964-1989). La misma fue derrotando los movimientos revolucionarios más maduros al igual que a los más originales. A fines de la década de 1980, en América Latina habían desaparecido los movimientos revolucionarios viables. Pero quizás más importante no quedaban los proyectos nacionales y estaba en bancarrota el “latinoamericanismo”. En su lugar se comenzó a afianzar un proyecto que desde arriba promovía la desmovilización social, combinando un discurso “democrático” electoral con una política económica neo-liberal aplicando ajustes que rápidamente empobreció a los sectores trabajadores y a las capas medias.

Sin proyecto nacional o sueño de unidad regional, desapareció del discurso toda mención del imperialismo. Al desaparecer el proyecto, el discurso anti-imperialista también se esfumó. El desplome de la URSS y sus aliados europeos así como las reformas radicales chinas responden igualmente a la gran derrota sufrida por el socialismo a escala mundial.

La revolución cubana, el movimiento bolivariano y los movimientos sociales que aglutinan a trabajadores, campesinos y otros sectores oprimidos son la excepción. A pesar de no encontrarse el imperialismo en los discursos de actualidad, éste sigue existiendo. Igualmente, si existe imperialismo es porque el capitalismo continúa expandiéndose creando las mismas contradicciones entre los países del centro así como también con los países de la periferia.

Si la revolución latinoamericana experimentó un retroceso en los últimos lustros del siglo XX, el imperialismo también sufrió profundas transformaciones que deben ser objeto de un serio análisis. Las décadas de populismo (1950-1980) seguidas por la reacción neo-liberal de fines del siglo XX han transformado a los actores sociales y los ha cambiado cuantitativamente. Sin embargo, siguen presentes.

El grave problema que se presentó, a fines de la primera década del siglo XXI, es que a pesar de todas las políticas “neoliberales” de ajuste económico, combinado con la especulación en torno a las múltiples burbujas (*dot.com*, inmobiliaria y otras), las inversiones capitalistas no generaban ganancias. El neoliberalismo no frenó la caída de la tasa de ganancia y tampoco reinició una nueva era de prosperidad capitalista. El colapso de la bolsa de

8 FITZGERALD, V (1998). “La CEPAL y la teoría de la industrialización”, *Revista de la CEPAL*, número extraordinario, octubre.

valores de Nueva York, la intervención del Estado en las economías, el comportamiento imperialista de las grandes potencias y la regulación de los mercados son muestras de la “muerte” del neoliberalismo.

No quiere decir que los gobiernos de América Latina y de otros países dejen de aplicar políticas neoliberales. Sin embargo, no será para frenar la tendencia de la caída de la tasa de ganancia o para resucitar el desarrollo capitalista. En el caso de que se siga aplicando políticas neoliberales sólo servirán para controlar a los trabajadores y a otros sectores insatisfechos de sus respectivas sociedades.

EEUU, Europa y Japón no pueden seguir las políticas neoliberales para rescatar el capitalismo. Estas políticas fracasaron y fueron declaradas clínicamente muertas en septiembre de 2008 y después en la Cumbre del G20 en abril de 2009. En esta coyuntura están buscando en forma desesperada otra estrategia que les permita resolver la “crisis del capitalismo”.

PANAMÁ EN EL S. XXI

Durante la primera semana de la crisis financiera en septiembre de 2008, se esfumó un alto porcentaje de los activos de la Bolsa de Valores de Nueva York. En Europa los dirigentes planearon enfrentar la recesión con una “línea” de tres trillones de dólares. En China, el gobierno pronosticó una disminución de sus exportaciones, proyecta una reducción del 50 por ciento del crecimiento económico en 2009 y comenzó a reorientar su economía hacia el interior de su país.

En Europa los planes para sostener el euro fracasaron. En China, inesperadamente, la economía no sufrió el revés previsto y continuó creciendo a tasas anuales muy elevadas de cerca del 10 por ciento

¿Qué pasa en Panamá y qué hay que hacer? Panamá ocupa uno de los puestos más altos en las escalas de globalización que publican frecuentemente las agencias financieras que miden estos procesos. Es un país exportador de servicios por excelencia. Sus ingresos dependen, en gran medida, de los servicios que presta a la marina mercante mundial (el Canal de Panamá y los puertos), de los servicios bancarios y de seguros e, igualmente, de la reexportación de mercancías (Zona Libre de Colón). En total, las exportaciones de servicios representan cerca de cinco mil millones de dólares en ingresos.

El auge de estos servicios y otros difíciles de contabilizar, han generado, en los últimos cinco años, una “burbuja” inmobiliaria que representa otros 2 mil millones de dólares en inversiones anuales tanto internos como de origen externos. Panamá, además, exporta cerca de 500 millones de dólares en mercancías (el 10 por ciento del total), en su mayoría de origen agropecuario.

La pérdida de dinámica de la economía de EEUU se comenzó a sentir en Panamá a principios de 2008 con la disminución de la carga que pasa por el Canal con destino a los puertos de la costa oriental de ese país. Igualmente, se sintió una merma en la industria de la construcción así como una disminución de las ventas en la zona franca de Colón. A partir de octubre de 2008 la disminución de las importaciones por parte de EEUU tendió a estabilizarse y la actividad del Canal, de los puertos de la Zona Libre y de la construcción detuvo su caída.

La baja en las actividades asociadas al comercio marítimo mundial y de las reexportaciones, tuvo repercusiones sobre la “burbuja” de la construcción. Hay quienes asocian la “burbuja” con las inversiones que se realizan en la expansión del Canal de Panamá que du-

rára hasta 2013. Si el estallido de la “burbuja” se adelanta tendría repercusiones muy serias sobre el conjunto de la economía panameña. A su vez, la disminución de los precios de las materias primas en el mercado mundial podría poner fin a las actividades especulativas en el sector minero panameño así como en las exportaciones de productos agrícolas “no tradicionales”.

La combinación de todos los factores mencionados, consecuencia de la crisis económica, podría generar una desaceleración severa de la economía panameña. Incluso, sin incorporar estos factores a los análisis, el crecimiento económico para los años 2010 y 2011 no podrán superar el 3.5 por ciento.

En Panamá, el gobierno ha negado la necesidad de tomar las medidas necesarias para abortar una posible crisis en el futuro. Insiste en que el sistema bancario es lo suficientemente sólido para resistir el golpe. La crisis no es sólo financiera. La crisis se va a presentar también en el sector económico. Está en juego la exportación de servicios y la producción de bienes para el mercado interno.

La mejor salida a la crisis es redirigir las inversiones hacia el sector productivo con el fin de complementar las actividades de exportación de servicios a la marina mercante mundial. Los sectores que tendrían que recibir un apoyo masivo son el agropecuario y el industrial.

Se crearían múltiples fuentes nuevas de empleo tanto en la capital y, especialmente, en el interior. Además, renovaría las inversiones en el sector educativo así como en los servicios de salud, dos sectores estancados hace por lo menos dos décadas. La oferta interna, a su vez, generaría una demanda en el sector de la construcción.

PROCESOS

Para comprender como Panamá se adentra en el siglo XXI se puede proceder con el análisis del período inmediatamente anterior. En primera instancia habría que estudiar el desarrollo de las relaciones sociales y el avance de las fuerzas productivas. En este caso tuvo gran impacto la expansión del comercio marítimo mundial producto del crecimiento del capitalismo y la construcción del Canal de Panamá.

En segunda instancia es importante revisar la forma en que se resuelven los problemas políticos que aparecen como consecuencia de los cambios sucesivos que experimentaron las relaciones sociales de producción. En el caso de Panamá, éstas pueden ser analizadas a partir de las intervenciones militares, tanto exógenas, como las internas.

La correlación de fuerzas generadas por los procesos sociales dio lugar a la aparición de movimientos sociales que planteaban reivindicaciones y, al mismo, presentaban proyectos sociales. Estos proyectos muchas veces fueron dominados por proyectos de Nación. En estos casos se presentan movimientos formados por amplias alianzas, incluso de carácter multi-clasista.

DESARROLLO CAPITALISTA

A principios del siglo XX, la construcción del Canal de Panamá (1904-1914) reforzó la estructura social “transitista” existente en Panamá. Por *transitismo* se entiende una economía especializada en servir el comercio marítimo mundial, especialmente de la potencia hegemónica de la época (España entre los siglos XVI y XVIII, Gran Bretaña en el siglo XIX y EEUU en el siglo XX, sucesivamente).

En el siglo XX se pueden identificar tres períodos de desarrollo capitalista en Panamá con características propias. El primero se extiende entre 1903 y 1938 donde se reafirma un economía de “enclave” en torno a la nueva entidad política norteamericana (Zona del Canal) en torno a la vía acuática inaugurada en 1914. En torno a la “colonia” norteamericana surge en el Istmo un proyecto de Estado formado por una alianza entre comerciantes, especuladores, algunos agroproductores y casatenientes urbanos.

Esta alianza comercial-agraria forma una oligarquía que controla todos los aparatos del Estado y, además, la relación con la potencia hegemónica de la época que es EEUU. La oligarquía tiene que lidiar con fuertes movilizaciones urbanas producto de las luchas reivindicativas de una masa de trabajadores informales atraídos por las oportunidades de empleo en el Canal. Al mismo tiempo, se enfrenta a movimientos rurales de pequeños productores agrarios que aspiran a insertarse en el mercado urbano de las ciudades terminales del Canal.

El modelo de desarrollo capitalista se fractura a fines de la década de 1930 al prepararse EEUU para la segunda guerra mundial. Se inicia un proceso de industrialización mediante la sustitución de importaciones que genera una nueva capa de industriales y comerciantes con proyectos propios. La gran mayoría de los nuevos industriales son miembros de la misma oligarquía que aprovechan las nuevas oportunidades para acrecentar sus tasas de ganancia.

Al mismo tiempo, los movimientos sociales se transforman cualitativamente con la aparición de una clase obrera industrial, capas medias formadas por profesionales y educadores y una juventud estudiantil combativa. La industrialización implica la aparición de una burguesía nacional y una clase obrera. Además, las incursiones del capitalismo en las áreas rurales inician un movimiento campesino defensivo y un fuerte proceso de migraciones internas.

El período de industrialización se extiende entre 1938 y 1973 (aunque para efectos de análisis podría extenderse hasta principios de la década de 1980). La crisis de gobernabilidad producida por la aparición del mercado nacional se extiende sin aparente solución hasta 1968 cuando el golpe militar pone fin a la lucha entre *transitistas* y burguesía nacional así como con las reivindicaciones insatisfechas de la clase obrera y de los sectores populares. El nuevo régimen militar incorpora los valores de la burguesía nacional, coopta a los sindicatos obreros y levanta con relativo éxito la bandera nacional por la recuperación de la soberanía sobre la ruta de tránsito y el Canal de Panamá.

El último período, que se extiende entre 1983 y la actualidad, se puede identificar con las políticas neoliberales que exigen ajustes económicos y cambios políticos. Con el fin de recuperar las tasas de ganancia globales, Panamá es obligada a dismantelar su mercado interno, a privatizar las empresas creadas con los ahorros de los trabajadores y a flexibilizar la fuerza de trabajo. Los resultados inmediatos de esta política generan una crisis que sólo es resuelta, parcialmente, mediante la invasión militar de EEUU en 1989. Bajo circunstancia alguna quiere decir que la invasión militar norteamericana tenía en su agenda intervenir, y mucho menos resolver, la crisis provocada por las luchas intestinas panameñas.

A partir de la nueva correlación de fuerzas producidas a principios de la década de 1990, los movimientos sociales fueron excluidos de la ecuación política y se inició un empobrecimiento sistemático de los trabajadores. Mientras que cada cinco años los partidos políticos se reemplazaban en el poder, la pobreza se extendía por toda la geografía del país y el 50 por ciento de la fuerza de trabajo se vuelve informal.

El proyecto de Nación, reivindicado por varias clases sociales durante el período nacionalista, es engavetado y olvidado. La crisis de principios del siglo XXI puede tener repercusiones sobre la correlación de fuerzas sociales en el país. Sin embargo, es muy prematuro predecir los futuros movimientos.

EL MILITARISMO EN PANAMÁ

El militarismo panameño sólo se puede entender en el marco de la lucha de clases, encabezadas por las fracciones de clases “transitista” y “burguesía nacional”. También a un militarismo asociado al “populismo”, alianza que levantaba como bandera un proyecto nacional. Aunque muchos piensan que el militarismo es un capítulo del pasado panameño, no se puede entender el país a principios del siglo XXI sin considerar las presiones norteamericanas para re-militarizar las instituciones del país en el marco de su visión de “espectro completo”.

Antes de entrar a desarrollar los puntos mencionados, es necesario señalar que el militarismo responde a una crisis del aparato productivo y la incapacidad de encontrarle una solución política. La crisis del desarrollo capitalista genera soluciones que a menudo se resuelven buscando salidas militares. Enfrentar estas crisis requiere, en primer lugar, conocer las características del régimen militar. Sin embargo, aún más importante, requiere tener una teoría sobre el desarrollo del capitalismo y sus contradicciones. Para combatir el militarismo hay que conocer su causa y forma de articularse.

Para enfrentar el militarismo hay que conocer su relación con la sociedad. Con este conocimiento se educa a los sectores más amplios se organizan y se desarrollan campañas de agitación. Los enfrentamientos con las instancias y clases que promueven el militarismo exigen que quienes la combatan hagan propuestas con alternativas. Estas propuestas requieren formar alianzas amplias entre los diferentes grupos opuestos al militarismo. Esto les permitirá crear los espacios para combatir los gérmenes de toda forma militarista.

LA TEORÍA DEL MILITARISMO

Cuando hablamos de una teoría del militarismo, estamos hablando de una corriente de pensamiento que explique la aparición de lo militar como una forma de gobernar, o de influir sobre quienes gobiernan. La teoría más preclara sobre este problema ha sido y sigue siendo la teoría marxista. Marx y los marxistas recogen la tradición teórica más rica del desarrollo capitalista, tanto en su forma metodológica (la filosofía dialéctica), como en el orden político (la democracia de clase) y el desarrollo económico (la teoría del valor).

La teoría del valor nos plantea que la producción de toda riqueza requiere la intervención humana. El trabajo social se convierte en el motor de la economía. En el capitalismo, la producción de la riqueza se genera mediante la organización del trabajo subordinado al capital. Sobre esta contradicción (dialéctica) se generan los excedentes que son apropiados por los agentes del capital (la burguesía).

El proceso de producción no termina en el momento de la producción propiamente tal. La mercancía, que es el producto de esa relación dialéctica, tiene que realizarse, tiene que ser objeto del consumo. Aparece el mercado que se convierte, en primera instancia, en un campo de batalla. En torno a los mercados se desatan las guerras políticas, ideológicas y militares. El capital crece sobre la base de la acumulación, también se extiende geográficamente sometiendo todo lo que encuentra en su camino a su política (la democracia de clase) y, también, a su ideología (mercantilista de consumo).

Donde el capital se enfrenta a una oposición política e ideológica que no puede doblegar, se introduce el elemento militar. Factor militar que tiene que “mezclarse” en la educación política e ideológica. Como consecuencia, la democracia de clase necesita un elemento militar que lo sostenga y que lo proyecte. Igualmente, la clase dominante tiene que construir una ideología que le deje espacio a ese militarismo que lo sostiene y defiende.

El militarismo se convierte en elemento permanente cuando el capitalismo no logra legitimar su dominación y necesita una ideología que supere la “crisis de hegemonía”. Cuando hablamos de crisis permanente, tenemos que hablar, como consecuencia, de militarismo permanente.

¿Puede el capitalismo sobrevivir sin un aparato militar, sin una democracia de clase que descansa sobre el militarismo, sin una ideología militarista, sin el militarismo?

EL MILITARISMO EN PANAMÁ

El militarismo en Panamá se inaugura, tal como lo conocemos hoy, con el desembarco de los “marines” norteamericanos en las playas de Colón en 1904. En la naciente República de Panamá el militarismo no es una alianza entre clases – una expresión del populismo (como lo llegó a ser entre 1969 y 1986). El militarismo en Panamá expresa las contradicciones imperialistas a escala mundial y su expresión en el Caribe donde EEUU se declaró la potencia regional.

La necesidad de EEUU de tener una vía rápida hacia sus posesiones territoriales en la costa occidental norteamericana, la lleva a construir el Canal de Panamá. Antes había derrotado a México y cualquier pretensión que pudiera tener sobre sus costas. Había destruido toda expresión soberana en Centro América y había expulsado a España de sus colonias caribeñas de Cuba y Puerto Rico.

Al mismo tiempo que desembarcaban los marines en Colón, el gobierno panameño disolvía el Ejército nacional que había tenido un papel significativo en el movimiento de independencia de noviembre de 1903. La oligarquía panameña –la fracción de clase transitoria– entendió, desde un principio, que su sobrevivencia no dependía de un Ejército nacional sino de la presencia militar de la nueva potencia.

EEUU convirtió el Ejército en una policía *cipayá* a las órdenes de un inspector general norteamericano. EEUU construyó rápidamente una colonia militar en la Zona del Canal de Panamá. En 1906, Washington responsabilizó a su Ejército para que asumiera la construcción del Canal y, al mismo tiempo, que administrara la nueva colonia. La Zona del Canal, con apenas mil kilómetros cuadrados, se impuso sobre la nueva República con 77 mil cuadrados.

El “enclave” de tránsito no tiene las funciones clásicas de ser exportadora de materias primas al mercado mundial. Su función en el siglo XX fue servirle a la estrategia norteamericana para consolidar su poder en la región y, además, como futuro trampolín en su expansión mundial.

Hernán Porras señalaría que la pequeña oligarquía de la ciudad de Panamá –que él llamaba los “capitalinos blancos”– logró sobrevivir gracias a su habilidad para negociar con EEUU la construcción del Canal y la creación de la República. Esta oligarquía había sido derrotada por los “liberales populares” en la guerra civil de los Mil Días (1899-1902). En esa misma guerra, según Porras, la oligarquía “terrateniente” del interior del país –alia-

da de los “capitalinos blancos” –no sólo había sido derrotada, fue destruida como clase para nunca más levantarse⁹.

El militarismo en Panamá, entonces, no es producto del desarrollo nacional. Es la clase de producto de alianzas coyunturales que tienen a la cabeza la potencia norteamericana y a los sectores que pudieran aparecer en las luchas intestinas panameñas. En primer orden, los blancos capitalinos que manejaban y siguen manejando la economía transitista. En segunda instancia, bajo la tutela norteamericana, los liberales que se plegaron al proyecto norteamericano (unos más temprano –Eusebio Morales– otros más tarde –Belisario Porrás). Más tarde, en la década del 1920, aparece Acción Comunal, “hijos de la clase de “terratratenientes” interioranos destruidos, emigrados a la ciudad, convertidos en profesionales, que asumen el poder en 1932 en alianza con los transitistas y liberales, bajo la supervisión de EEUU.

La militarización de la policía Nacional en la década del 1930 se combina con la Doctrina Truman de contención del “consumismo” a fines de la siguiente década. En 1953 se creó la Guardia Nacional bajo la presidencia del coronel José A. Remón. Por un lado, la Guardia le hace honor a su compromiso con EEUU persiguiendo toda señal de protesta de los sectores trabajadores y populares. Por el otro, le hace honor a una incipiente “burguesía nacional” que con fondos del Estado invierte fuertemente en el sector productivo, tanto en las ciudades como en el campo.

Por primera vez en su historia, por lo menos desde la desaparición de los hermanos Pizarro en el siglo XVI¹⁰, la clase dominante panameña ve con buenos ojos la organización de una fuerza armada militarizada. En las ciudades necesita una fuerza militarizada para disciplinar a la creciente clase obrera que desborda los entornos urbanos y comienza a reivindicar sus derechos. Igualmente, la expropiación de las tierras de los campesinos en las áreas rurales sólo es posible mediante una fuerza militarizada. La militarización de la sociedad hace posible pensar en hacer realidad el proyecto de mercado nacional.

La oligarquía transitista y sus aliados comerciantes de tradición liberal, transformados en burgueses, caminan de la mano aupando una incipiente institución militar –que sigue bajo la influencia norteamericana. Sin embargo, la represión y la persecución no es suficiente para mantener el orden y, aún más importante, las ganancias de sus inversiones. Los cuestionamientos políticos, las huelgas sindicales, los movimientos sociales y las luchas por la soberanía se combinan para unir a sectores cada vez más amplios del país. La “democracia de clase” panameña se desploma y, en su lugar, aparece la institución militar que pone orden.

La oligarquía (transitistas y liberales) se dividen en apariencia frente a los militares. La Guardia Nacional asume todas las responsabilidades de gobierno y con el tiempo pone orden en las filas de los sectores dominantes. Bajo la dirección de Torrijos se presenta la posibilidad de construir el Estado populista y de consolidar el proyecto de nación (en el discurso se abandona el mercado) dejando en los márgenes políticos a los sectores más radica-

9 PORRAS, H (2008). “Papel histórico de los grupos humanos en Panamá”, in: *Las clases sociales en Panamá*, CELA, Panamá.

10 CASTILLERO CALVO, A (2008). “Agresión externa y poblamiento en Panamá”, *Tareas*, n°. 126, (mayo-agosto).

les (de derecha y de izquierda). El militarismo en su variante populista le abre las puertas a los sectores organizados del pueblo que se suman a proyecto de Estado pluriclasista en forma subordinada.

La crisis mundial capitalista de la sobreproducción o, vista de otra manera, la disminución de la tasa de ganancia, sacudió a Panamá y el proyecto de mercado nacional hasta sus cimientos. Sin probar alternativas posibles, en la década de 1980 el gobierno militar adopta las recomendaciones de ajuste económico (políticas neoliberales) para iniciar un proceso de transferencia de riquezas hacia el centro de la economía mundial mediante el desmontaje de la economía nacional. El proyecto de mercado nacional se abandona y se adopta el modelo de mercado mundial (neoliberalismo).

En este proceso se presenta la crisis centroamericana y EEUU transforma a la Guardia Nacional en las Fuerzas de Defensa (FDP) en 1983. Washington veía con buenos ojos la transformación de la institución militar panameña en el nuevo guardián del orden para toda América Central. Las contradicciones que surgen de la ejecución de este proyecto, en combinación con las nuevas políticas neoliberales, colocan sobre la palestra la opción de eliminar del todo al aparato militar panameño que a su vez controlaba las instituciones del gobierno.

La versión militarista panameña se consolidó a mediados del siglo XX con la presencia de un Ejército de ocupación en la Zona del Canal. Los espacios que pudieron haberse abierto para la negociación eran inmediatamente cerrados por EEUU. En 1941 destituye de la Presidencia a Arnulfo Arias (heredero de la tradición de Acción Comunal), en 1955 asesina al presidente Remón, y sigue una cadena de acciones contra los jefes militares panameños: en 1969 exilia a Boris Martínez, en 1981 accidenta a Torrijos y en 1989 secuestra y condena a una pena de cárcel de 20 años en EEUU a Noriega.

La invasión norteamericana de 1989 interrumpe lo que parecía ser un proceso en permanente crecimiento del militarismo en Panamá. Los transitistas regresaron al poder y pidieron que EEUU se convirtiera en el protector de su dominación. Al mismo tiempo, sometieron a la nueva Policía a una política de “shock” reduciéndola a vigilante con “pito y tolete”. Los transitistas regresaban a la experiencia de 1904 con la disolución del Ejército comandado por Esteban Huertas.

Las políticas neoliberales se prestan a la nueva tarea policíaca. La reducción de los aparatos de gobierno (“Estado”) se aplica tanto a la burocracia civil como a la uniformada. La dinámica global, sin embargo, impone un ritmo algo diferente a los procesos internos. La política de “seguridad nacional” de EEUU requiere contrapartes militares en toda la región.

Panamá se pliega al nuevo orden mundial “patriótico”. La Autoridad del Canal de Panamá se declara en estado de alerta permanente (hasta el día de hoy). Poco después EEUU impone un conjunto de “tratados” sin aprobación legislativa que subordina el territorio del país a las necesidades estratégicas de EEUU. En 2008, mediante decretos, el ejecutivo crea, en medio de protestas, el nuevo Servicio de Inteligencia y un Servicio Nacional de Fronteras. En 2010 inaugura el Ministerio de Seguridad Pública donde se concentran todos los poderes.

Hay que comprender cuales son esas contradicciones para actuar en el marco de las luchas que se desatan. El militarismo es una consecuencia de esas contradicciones y se puede combatir conociendo su inserción en la formula política de los gobernantes. En el caso

de Panamá, el militarismo es una consecuencia de la imposición por parte de EEUU de sus políticas de “seguridad nacional”.

MOVIMIENTOS SOCIALES

Las expresiones sociales de los panameños en el siglo XX fueron diversas y ricas en matices. La mayoría de los analistas coinciden en señalar que los movimientos sociales dejaron su huella profunda sobre la forma que tienen los panameños de percibirse a sí mismos en la actualidad. Especial mención hay que hacer de las movilizaciones sociales en torno a la recuperación de la soberanía, que marcaron todo el período. Para Ricaurte Soler, también Ernesto Castillero P., pasando por la pluma de Diógenes de la Rosa, el problema nacional constituye el eje sobre el cual se movilizaron las manifestaciones sociales panameñas.

Estos autores, así como otros, no pasan por alto las movilizaciones sociales en torno a las reivindicaciones económicas, la lucha por la democracia o los movimientos por el reconocimiento de los derechos de los grupos étnicos, las mujeres y de la juventud. Los trabajos de Demetrio Porras, Alexander Cuevas e Iván Quintero, entre otros, dan cuenta de los movimientos sociales que reivindicaban los intereses de las clases obrera y campesina. Otros autores, como Eusebio Morales, Hernán Porras y Mario Galindo se preocuparon por definir la relación entre lo social y lo político.

En el caso de Panamá podemos dividir la energía desplegada por los movimientos sociales en tres fases distintas durante el siglo XX. Cada una de estas fases responde al modelo de desarrollo capitalista que predominó en el país.

La primera fase la ubicamos a lo largo de la primera mitad del siglo XX, entre 1903 y 1948. Ese el período en que el modelo de desarrollo capitalista se basaba en la capacidad que tenía el fisco panameño para orientar una creciente masa de excedentes de la operación del Canal de Panamá hacia una “clase mercantilista” atrincherada en el Estado. Los movimientos sociales panameños buscaban las formas para participar y/o beneficiarse de los excedentes que generaba la posición geográfica del país. Los trabajadores y las capas medias identificaban a una oligarquía “casateniente” y a EEUU, que usurpaba el territorio sobre el cual se había construido el Canal de Panamá (1904-1914), como los explotadores del pueblo.

La segunda fase se sitúa entre 1948 y 1983. Durante este período la clase “mercantilista” y sus aliados intentaron transformarse en una “burguesía nacional” mediante una agresiva política de industrialización mediante la sustitución de importaciones¹¹. La política económica del nuevo modelo de desarrollo desató un rápido crecimiento de la clase

11 Ver la versión de PORTANTIERO, JC (1989). *Perspectivas de las ciencias sociales en América latina*, Working Paper, n°5, Barcelona, p. 3. Según Portantiero “esa modernización prometida se asentaba sobre un trípode que combinaba industrialización, urbanización y capacidad planificadora del Estado. El resultado fue, en efecto, una modernización global de esas sociedades. Se estableció un nuevo modelo de estratificación con el surgimiento de nuevos grupos sociales; varió la composición interna de los sectores populares y se expandieron nuevos sectores medios. Los empresarios industriales junto con la burocracia estatal, intentaron conducir el proceso de desarrollo modificando el tradicional juego de poder y la industria creció al amparo del modelo mundial de transnacionalización productiva. Cualquier análisis socioeconómico de la región en esa época —empezando por los pioneros de CEPAL— acredita con precisión la vigencia de esos nuevos rasgos”.

obrero (acompañado por un incremento significativo de la población) y, a la vez, desencadenó un movimiento migratorio del campo hacia la ciudad¹². Los movimientos sociales adquirieron una nueva fisonomía, logrando la clase obrera cuestionar, con éxito relativo, los valores de la ideología dominante. Al mismo tiempo, la clase obrera se convirtió en un elemento cuantitativo cuya mera presencia planteaba cuestiones de seguridad para la clase dominante.

La tercera fase corresponde al período entre 1983 y 2008. Durante este período el modelo de desarrollo anterior de “trasnacionalización productiva” entró en crisis. Los movimientos sociales se debilitaron, los sindicatos perdieron su autonomía relativa y se produjo una contraofensiva ideológica con pretensiones de constituirse en alternativa para los sectores populares.

IMPACTOS CUANTITATIVOS Y CUALITATIVOS

El impacto de los diferentes modelos de desarrollo pueden medirse tanto cuantitativa como cualitativamente. En términos cuantitativos, el impacto de la independencia y el pacto suscrito con EEUU, para la construcción del Canal de Panamá a principios del siglo XX, sobre los movimientos sociales fue enorme. En primera instancia, provocó una migración masiva de trabajadores de todas partes del mundo, especialmente del Caribe y, en menor medida, del sur de Europa hacia el Istmo. Las obras del Canal de Panamá multiplicaron varias veces el número de trabajadores asalariados en el país. Además, generó un incremento del comercio y de los servicios que amplió rápidamente las áreas urbanas. Por último, incorporó al territorio nacional a la producción agropecuaria mercantil.

Si el impacto del modelo “mercantilista” introducido por la independencia y la construcción del Canal de Panamá provocó un impacto enorme, el modelo basado en la industrialización a mediados del siglo pasado revolucionó todas las estructuras sociales del país. La clase obrera asalariada se multiplicó varias veces, los servicios sociales se ampliaron y extendieron, se construyeron las carreteras que crearon el mercado nacional, la población se multiplicó 2.5 veces en apenas 35 años y el producto interno bruto pasó de US\$250 millones en 1950 a US\$2 mil millones en 1983. (La riqueza del país se multiplicó 8 veces en el período de industrialización, mientras que la población creció 2.5 veces. En teoría cada panameño era tres veces más rico en 1983 comparado con 1950).

En términos cuantitativos, el modelo que predominó en la tercera fase de desarrollo de 1983 a 2008 arrojó resultados negativos. La clase asalariada ha disminuido en términos absolutos, los servicios sociales se han contraído, se paralizaron las obras públicas y el aporte del sector productivo al crecimiento del producto interno bruto se estancó.

Desde la perspectiva cualitativa, el impacto de los tres modelos de desarrollo sobre los movimientos sociales también puede ser objeto de análisis y medición. La independencia y la construcción del Canal de Panamá alimentaron rápidamente a un movimiento obrero incipiente formado, en gran parte, por inmigrantes. A su vez, transformó lo que antes era un “arrabal” a orillas de las zonas urbanas en un movimiento social donde se levantaban aspiraciones y proyectos que se asociaban con las capas medias. Además, movilizó a impor-

12 GANDÁSEQUI, MA, hijo (1980). *Acumulación y migraciones internas en Panamá*, CELA, Panamá.

tantes sectores rurales que se encontraban en un proceso de asimilación por las demandas mercantiles.

El modelo de sustitución de importaciones, que adquirió fuerza en la década de 1950, generó movimientos sociales masivos, encabezados por partidos políticos organizados y gremios concientes de sus intereses. La clase obrera hizo sentir su fuerza y obligó al Estado a enfrentar la cuestión social. La presencia del movimiento obrero, acompañado por la juventud radicalizada y una organización campesina sin tierra en ascenso, remeció los cimientos políticos de la República a mediados del siglo XX.

Los movimientos sociales que exigían soluciones a la cuestión social y que se habían sumado a las luchas por la soberanía socavaron los cimientos del viejo orden liberal al sublevarse el 9 de enero de 1964 contra la ocupación colonial de la Zona del Canal de Panamá por parte de EEUU. La falta de soluciones a las cuestiones social y nacional que estaba en la agenda de los movimientos sociales obligó a los sectores dominantes a poner fin al régimen político de corte liberal y buscar una salida militar en 1968.

A partir de 1983, con el cambio de modelo de desarrollo los avances de los movimientos sociales han disminuido. Las conquistas sociales, adquiridas en la fase anterior, se han recortado, ha aumentado el desempleo y la inseguridad. Incluso, los tratados del Canal de Panamá de 1977 que fueron una conquista nacional aún no beneficián a todos los panameños. Incluso, los movimientos sociales fueron cuestionados por sectores con reivindicaciones particulares e, incluso, por la variante de sociedad civil formada por las llamadas organizaciones no gubernamentales (ONG) que aparecieron en la década de 1990.

LAS CLASES SOCIALES Y EL PROYECTO NACIONAL

Se pueden hacer tres lecturas diferentes de los movimientos sociales panameños, partiendo de lo nacional, de la lucha por la soberanía o de las reivindicaciones de clase. Una primera lectura nacional de los movimientos sociales parte de la constitución de la República en 1903 cuando Panamá se separa de Bogotá. Hay autores quienes señalan que el proyecto nacional panameño aparece en el siglo XVIII, pero que sólo se concreta a principios del siglo XX. A lo largo de la primera mitad del siglo XX la cuestión nacional estaría presente en forma creciente en los diferentes movimientos sociales. Esta primera lectura está marcada por la legitimación del proyecto nacional en el marco republicano creado con la independencia de principios del siglo XX.

Una segunda lectura de los movimientos sociales parte de la lucha por la recuperación de la soberanía cedida sobre un extenso territorio que EEUU ocupó militarmente con motivo de la construcción del Canal de Panamá (que se inició en 1904). A lo largo de la primera mitad del siglo XX la lucha por la soberanía se convirtió en una bandera que fue sumando a todos los panameños sin distinción de clase social. Esta segunda lectura está marcada por los movimientos sociales que periódicamente sacudían al país exigiendo la descolonización del país y la evacuación de las bases militares norteamericanas (objetivo finalmente cumplido el 31 de diciembre de 1999).

Una tercera lectura de los movimientos sociales parte del desarrollo de un mercado interno, la incipiente industrialización, la transformación del agro y el surgimiento de la clase obrera panameña. A lo largo de la primera mitad del siglo XX el desarrollo del mercado nacional transforma, lenta pero sistemáticamente, el arrabal urbano y la población rural que migra hacia las ciudades en una clase asalariada de trabajadores. Esta tercera lectura está marcada por las confrontaciones entre una clase obrera cada

vez más numerosa y mejor organizada frente a una clase empresarial que cuenta con el apoyo gubernamental.

SIGLO XXI

Panamá llega al siglo XXI sin que los sectores mayoritarios agrupados en organizaciones obreras, campesinas y de las capas medias tengan una expresión política autónoma que los represente. Esta situación contribuye al debilitamiento de la democracia en la medida en que sectores muy amplios de la población son excluidas de las instituciones democráticas (educación, salud, seguridad social). A su vez, al no tener una expresión política propia, los partidos políticos se organizan para cooptar a los sectores populares sin permitirles reivindicar sus intereses.

Durante la década de 1990 la ideología neoliberal promovió una alternativa política dirigida a desplazar a los movimientos sociales de los procesos políticos. Las organizaciones de las capas medias y de los sectores populares cooptadas fueron convocadas a diferentes foros para participar junto con organizaciones de la nueva sociedad civil y sus organizaciones no gubernamentales (ONG). Rolando Castillo señala que la estrategia respondía a un proyecto de refundación del Estado panameño. El proyecto estaría basado en una concepción elitista mediante la cual el pueblo sería dirigido por una clase social superior. La refundación es, en parte, producto de la intervención militar de EEUU en 1989. Castillo reformula en términos positivos la importancia de las intervenciones militares norteamericanas desde 1903 a favor de la clase “transitista”. Castillo también plantea fuera de contexto la tesis equivocada de que el Estado sería plural al incluir mujeres e indígenas. Al mismo tiempo, empero, excluiría a las capas medias y a los sectores populares.

La propuesta a la cual hace referencia Castillo es elitista y excluyente. Además, debilita cualquier alternativa de democracia. Reduce la democracia a los procesos electorales olvidándose de los contenidos sociales y económicos de la democracia. De igual manera, excluye de los procesos democráticos a los sectores sociales, sustituyéndolos por grupos de identidad étnicos o de género.

Según Lechner “el discurso neoliberal es el que mejor ha sabido señalar la reestructuración emergente: los ajustes estructurales alteran la matriz estado-céntrica de las sociedades latinoamericanas, desplazando la dinámica del desarrollo social del Estado al mercado. Este proceso adquiere una fuerza avasalladora por su carácter mundial, independiente de las especificidades del país”¹³.

En un análisis de coyuntura, efectuado en 2002, Marco A. Gandásegui señala que los movimientos sociales se han opuesto a las políticas neo-liberales y siguen luchando por el perfeccionamiento de la soberanía nacional. “Sin embargo, el movimiento popular aún no logra definir una organización política que dé dirección y fuerza a sus objetivos. El camino de los partidos políticos existentes está cerrado ya que todos están sumergidos en las aguas ideológicas neoliberales. A su vez, la mayoría de las centrales obreras ha sido cooptada”¹⁴.

13 LECHNER, N (1994). “Los nuevos perfiles de la política: Un bosquejo”, *Nueva Sociedad* N° 130, marzo-abril, Caracas, pp. 264-265.

14 GANDÁSEQUI, MA, hijo (2002). “Panamá 2001. Las protestas contra la política neoliberal definen las luchas populares”, *Observatorio Social de América Latina*, Año 2, n°. 6, CLACSO, p. 137, Buenos Aires.

Después de cien años de República, diez décadas de movimientos sociales y un siglo de experiencia con los partidos políticos, Panamá puede concluir que la democracia sólo se puede consolidar si todos los sectores sociales y sus respectivos movimientos logran definir con claridad su participación política.

Los neoliberales han querido borrar a los movimientos sociales. A pesar de ello, los movimientos sociales están presentes y serán quienes diseñarán la democracia panameña en el segundo siglo de la República. La “hegemonía perdida” se recuperará en el marco de un proyecto nacional que incorpore a los movimientos sociales y sin intervenciones de quienes se abrogan el derecho a veto.



Un sujeto a la zaga de sujetos de movimientos: pistas de indagaciones para la construcción de una teoría crítica

One Subject behind Subjects of Movements Tracks of Inquiries
for the Construction of a Critical Theory

Jorge ALONSO

CIESAS, Occidente, México.

RESUMEN

El concepto de clases sociales pese a los cambios que ha sufrido está lejos de ser obsoleto, como algunos han llegado a afirmar. Las contradicciones sociales y la lucha clasista propiciada por las tensiones que generaban, hacen surgir una elite crítica que una vez instalada en el poder influye en los cambios económicos y sociales. Emergen elites de las clases subalternas y son desencadenadas nuevas clases. La lógica de regulación y absorción de tensiones tiene sus límites en la confrontación clasista. El carácter ondulatorio de los fenómenos de la circulación de las elites sólo puede ser roto por una fuerza que provenga de los de abajo. Hay acomodos políticos en las contradicciones del sistema de dominación que se logra por la hegemonía que gana mentes e introyecta en los dominados los puntos de vista de los dominantes. Las clases subalternas necesitan algún tipo de organización para defenderse; pero la misma organización generalmente se convierte en un poderoso medio de control.

Palabras clave: Sujeto, lucha de clases, dominación, Estado, democracia.

ABSTRACT

The concept of social classes, despite the changes which have occurred is far from being obsolete, as some have asserted. The social contradictions and class struggle brought about by the tensions generated, build up a critical elite that once installed in power affects the economic and social changes. Emerging elites of the subaltern classes and new classes are triggered. The logic of regulation and stress absorption has its limits in the comparison class. The wave character of the phenomena of the circulation of elites can only be broken by a force coming from the bottom. There are political accommodations in the contradictions of the system of domination that hegemony is achieved by winning the minds and introjects dominated the views of the dominant. The lower classes need some kind of organization to defend itself, but the same organization often becomes a powerful means of control.

Keywords: Subject, class struggle, domination, State, Democracy.

INTRODUCCIÓN

Al hacer una revisión de las principales temáticas que he seguido durante cuarenta años me encuentro que en los últimos dos años he tenido que cuestionar muchos de mis anteriores abordajes y que estoy en un profundo proceso de cambio intelectual¹.

Fundamentalmente la principal mutación tiene que ver con la perspectiva. Mis principales investigaciones han versado sobre temáticas interconectadas pero que pueden destacarse en ocho preocupaciones: las relaciones de las clases y las elites, los análisis coyunturales, el papel del Estado, los cambios en los partidos políticos, los desarrollos de procesos electorales, el sentido de la democracia, la importancia de los movimientos sociales y las perspectivas de las convergencias. Todo esto lo he tratado desde sujetos concretos que han influido en mis énfasis. Se trata de sujetos en búsqueda de alternativas a la dominación y a la explotación. No obstante, me coloqué en un observatorio que me fue conduciendo a mirar dinámicas de los de arriba, aunque lo pretendía hacer desde abajo. Sólo cuando estuve más atento a lo que han estado impulsando agrupaciones de los de abajo, pude entender últimamente que no había que preocuparse por las lógicas de los de arriba, sino por entender las nuevas vías que han estado deambulando muchos grupos que desde abajo y a la izquierda quieren otro mundo para todos. Así, debo aceptar que me equivoqué al seguir varias pistas fallidas que he tenido que abandonar, y que estoy en un proceso de búsquedas de pistas inspiradoras que me permitan detectar nuevas formas de hacer política. Debo reconocer la importante influencia latinoamericana en mi manera de ir viendo la realidad mexicana y en mis cambios². Mis principales investigaciones han estado en contacto con diversos movimientos mexicanos. He intentado detectar lo que dichos movimientos me han ido interpelando. Los movimientos tienen muchos mensajes al conjunto social y debo precisar que los que yo he ido detectando han estado influidos por mis ópticas teóricas. Conforme éstas han ido variando, he podido ver un poco más. Otra constatación es que he ido atrás de los propios movimientos que son los que me han ido marcando las temáticas que he considerado pertinentes³. Daré un seguimiento sintético a cada una de esas temáticas.

CLASES Y ÉLITES

A principios de los setenta, en el fragor de la construcción de un organismo de izquierda, se me confirmó la convicción de que el marxismo era una indispensable herra-

- 1 Esto se lo debo al proceso de discusión y análisis al que me han obligado los movimientos que participan en el *Seminario sobre Movimientos Sociales, Sujetos y Prácticas*.
- 2 A finales de los años sesenta, un colega argentino me dijo que le extrañaba que en México tuviéramos tan poco espíritu latinoamericano. Esto cambió de manera drástica en la década de los setenta, cuando una importante migración de excelentes investigadores latinoamericanos enriqueció la vida académica mexicana. Las abundantes publicaciones latinoamericanas de los últimos años que describen y analizan los diversos y múltiples movimientos sociales actuales han impactado mis interrogantes.
- 3 Existe una dialéctica entre el antropólogo como sujeto y los sujetos con quienes interactúa en sus investigaciones. En los últimos años es posible detectar el paso de lo que antes se decía objeto de estudio a lo que es el sujeto de estudio de manera no pasiva. Toda problemática no es sino el despliegue de sujetos interrelacionados. Los zapatistas y los pueblos indígenas, tanto en sus prácticas como en sus planteamientos, han hecho aportaciones para comprender al sujeto (estas reflexiones se podrán consultar en el artículo "Sujeto social y Antropología. Despliegue de subjetividades como realidad y conocimiento" escrito por Jorge Alonso y Rafael Sandoval Álvarez, en una enciclopedia virtual coordinada por Pablo González Casanova que pronto estará abierta al público).

mienta de análisis, si se utilizaba no talmúdica y dogmáticamente, sino en apertura y diálogo con otras perspectivas de investigación. En esta forma me propuse poner a prueba un modelo de análisis integrando dos teorías que parecían irreconciliables, la de clases formulada por Marx, y la de las elites como la trata Pareto, con el fin de entender los principales movimientos del México posrevolucionario. Sigo pensando que, pese a los cambios que han sufrido las clases sociales, este concepto lejos está de ser obsoleto, como algunos han llegado a afirmar. La pregunta que estaba detrás de la investigación que entonces emprendí era quiénes mueven la historia, si las clases o las dirigencias. Capté que habría que distinguir entre un marco analítico y la historia concreta, aunque sabía que ésta se hace ininteligible en su complejidad y riqueza sin el instrumental analítico. Esto obligaba a cuidar que no se reificaran los conceptos analítico. Fui encontrando que las contradicciones sociales y la lucha clasista propiciada por las tensiones que generaban, hacían surgir una elite crítica que una vez instalada en el poder influía en los cambios económicos y sociales. Esa incidencia conllevaba fatalmente el desencadenamiento de un proceso cuyo desenlace sería una circulación de elites, pues en la confrontación de fuerzas la elite que estaba dirigiendo tenía dificultades para conciliar a todas las fuerzas elitistas, situación que la desestabilizaba. En dicha circulación emergían elites de las clases subalternas y en el desencadenamiento de nuevas clases. La lógica de regulación y absorción de tensiones tenía sus límites en la confrontación clasista. La circulación de las elites se encontraba condicionada por las contradicciones del sistema. Este fenómeno se repetía y los cambios de elites significaban variaciones de apoyos en las diferentes fuerzas en contradicción hasta que el cambio de elite modificaba la base tan radicalmente que se presentaban fuertes transformaciones en el modelo económico y social. Esto no era producto de voluntades individuales sino de la confrontación y correlación de fuerzas sociales. El carácter ondulatorio de los fenómenos de la circulación de las elites sólo puede ser roto por una fuerza que provenga de los de abajo. Hay acomodos políticos en las contradicciones del sistema de dominación. Las clases subalternas necesitan algún tipo de organización para defenderse; pero la misma organización generalmente se convierte en un poderoso medio de control. No obstante, si la organización da posibilidades de control por medio de la elite, también puede enseñar las formas de romperlo y de poner en cuestión a todo tipo de elites. La problemática principal radica en cómo se puede terminar con la contradicción entre dirigentes y dirigidos para construir una sociedad fraterna y con dinámica de convivencia horizontal⁴.

ANÁLISIS COYUNTURALES

Las investigaciones coyunturales que he ido realizando durante cuarenta años se han inspirado también en la combinación de varias perspectivas. La primera, en cierto sentido fundante, ha sido la gramsciana. He partido de la existencia de una conflictiva relación entre dirigentes y gobernados. Pero la obediencia no es homogénea y hay resistencias y proyectos alternos. La dominación se logra por la hegemonía que gana mentes e introyecta en los dominados los puntos de vista de los dominantes. Sin embargo, hay una lucha contrahegemónica primero, y posteriormente por la hegemonía que va poniendo en cuestión esas visiones del mundo y construyendo las propias desde abajo de la misma sociedad. Para detectar esta correlación hay que adentrarse en el análisis de situaciones y de las relaciones de

4 ALONSO, J (1976). *La dialéctica clases-élites en México*, Ediciones de la Casa Chata, México.

fuerzas. Hay que tener cuidado en diferenciar los movimientos orgánicos, relativamente permanentes, de los de coyuntura, que tienen que ver con lo inmediato. Estos últimos adquieren una importancia puntual, y permiten ubicar las acciones tanto de los dirigentes como de los grupos subalternos en la vida cotidiana. Lo individual puede influir y hay que tenerlo en cuenta, pero sin perder de vista los grandes movimientos generales. En la correlación de fuerzas se tienen que distinguir momentos y grados. La ruptura del equilibrio de fuerzas no ocurre por causas mecánicas inmediatas. El empobrecimiento de un grupo no lleva inmediata y necesariamente a un conflicto; pero incide en el desprestigio de la clase dirigente, y ese desprestigio sí dinamiza conflictos. Hay que estar atentos a las novedades⁵.

Otra corriente utilizable en los análisis coyunturales tiene que ver con los planteamientos procesualistas. En el espacio social se encuentran interrelacionados actores sociales que persiguen los mismos bienes escasos, económicos, políticos y simbólicos. Hay regulaciones en torno a su relación en pos de sus fines apuntaladas institucionalmente. La lucha genera tensiones que deben ser moderadas por las normas y las instituciones. Pero hay antagonismos en enfrentamientos que pueden superar la confrontación regulada. La polarización de las tensiones se expresa en arenas donde tienen lugar los conflictos de los actores. Quien controle más recursos poseerá mayor fuerza. Hay perdedores y ganadores en cada pugna que se manifiesta en una dramatización social. No hay que olvidar que las crisis pueden resolverse en regresión, en regulación estabilizadora, en evolución y hasta en profunda transformación. Hay procesos de involución, de evolución y de innovación.

El análisis de coyuntura semeja el meticuloso trabajo artesanal. Las coyunturas no se pueden ver como un texto cerrado en sí mismo o algo ya concluido, sino como partes de procesos abiertos. Lo fundamental es no quedarse en los rejuegos de los diversos poderes sino rastrear las resistencias hacia ellos y los indicios de elementos alternativos. No se deben perder de vista las complejidades. En estos análisis influyeron los diversos movimientos con los que he estado en contacto: movimientos urbano-populares, movimientos cívicos por la democracia, movimientos partidistas. Una aspiración sobre todo en estos últimos era cómo alcanzar a influir en el Estado para cambiar la situación de los depauperados, de los trabajadores y de los ciudadanos⁶.

EL ESTADO

A principios de las dos últimas décadas del siglo XX y la primera del siglo XXI pretendí hacer un balance de las transformaciones que había sufrido el Estado Mexicano. Las reflexiones sobre el Estado respondían a las preocupaciones de muchos movimientos que trataban de ver qué cambios podrían lograr en la configuración estatal.

Muchos movimientos cívicos impulsaban una reforma democrática del Estado. A finales del siglo XX e inicios del siglo XXI hubo muchas discusiones acerca de una reforma del estado integral, pero los poderes constituidos no permitieron que esto llegara a buen puerto. Estos movimientos puntualizaban que una reforma constitucional por sí misma no resolvería los graves problemas que padece México, aunque pudiera dar una base de entendimiento a las fuerzas sociales para otro estilo de convivencia. Los movimientos constata-

5 ALONSO, J (Coord.,) (1976). *La coyuntura mexicana 1970-1976*, Ediciones CRT, México.

6 ALONSO, J (Coord.,) (2006). *La acuitada coyuntura mexicana*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

ron que pese a las alternancias partidistas no se había dado un cambio del antiguo régimen. Grupos ciudadanos no han dejado de exigir que la administración pública sea un servicio a la ciudadanía que se preste con legalidad, honradez, lealtad, eficiencia, transparencia, imparcialidad y neutralidad política. Si persisten estas exigencias es porque se ha constatado que nada de eso existe. Una de las más graves carencias señaladas es la falta de una verdadera rendición de cuentas. La demanda de la rendición de cuentas va de la mano con la necesidad de transparencia en la información hacia los ciudadanos entendida como un derecho básico de la ciudadanía. Un importante cambio en los últimos años ha sido la dinamización del poder judicial. No obstante, se trata de un poder muy desprestigiado. México sigue siendo un país catalogado mundialmente como entre los más corruptos y donde impera la impunidad, prosigue un enorme abuso del poder y prevalece la penalización de la pobreza.

Grupos cívicos han señalado que uno de los graves obstáculos para la consolidación de la democracia en México se encuentra en las causas económicas, sociales y políticas que han hecho surgir varias zonas de alta conflictividad. Varias organizaciones de la sociedad civil han venido reclamando una adecuada reglamentación que respete los derechos humanos. Otro punto que ha sido demandado por agrupamientos ciudadanos es el que concierne al derecho a la información. El régimen de radio y televisión debería quedar a cargo de un organismo autónomo; pero el poder de los grandes medios electrónicos se ha opuesto sistemáticamente a una regulación que favorezca los intereses ciudadanos. Las exigencias van en el sentido de una auténtica democracia social en la que se hagan efectivos los derechos a la educación al empleo y al salario justo. Se ha convertido en algo urgente el reclamo acerca del establecimiento y cumplimiento de los derechos ambientales. Sin embargo, todo esto ha quedado en letra muerta.

Entre las formulaciones de agrupamientos cívicos se ha hecho clásica la contraposición analítica entre Estado y sociedad civil, y ha aparecido una distinción tripartita: Estado, sociedad civil y mercado. No obstante, esta visión es poco plausible porque el mercado está construido y constreñido por el Estado y la sociedad civil; el Estado llega a ser tanto un reflejo del mercado como de la sociedad civil; y la sociedad civil se encuentra también influida por el mercado y por el Estado. En esta forma estos tres modos de expresión de los intereses, preferencias, identidades y voluntades de los actores no pueden ser separados tan tajantemente.

Otra constatación es que políticos de las más diversas tendencias se han esforzado por competir en pos de la consecución del poder estatal. El Estado se ha ido estructurando en función del juego de los partidos políticos. No pocos lo han visualizado como un lugar a ocupar, como instrumento a utilizar. No obstante, se trata, sin duda, de un complejo enmarañado de relaciones en torno al poder.

Con el neoliberalismo el Estado fue colocado en lo más bajo de sus capacidades. La libre movilidad de capitales sometió al Estado. Los capitales financieros se independizaron de las estructuras productivas y de las regulaciones nacionales para circular en una globalización, y los Estados periféricos fueron supeditados a los mercados financieros privados. El Estado se ha ido alejando cada vez más de las necesidades de los individuos concretos. El Estado experimentó una severa crisis fiscal, y el diseño del Estado de menos malestar se ha entrampado. A la reducción de los gastos en políticas públicas se le pretendió encarar reactivando un espíritu de voluntariado y de autoayuda que actuara en lugar del Estado. Se quiso transferir la responsabilidad estatal a la buena voluntad de individuos de la sociedad civil. Se encomendó a los individuos valerse por sí mismos.

El neoliberalismo ha atacado despiadadamente al mundo del trabajo, le ha arrebatado viejas conquistas sociales. Se degradaron y hasta desaparecieron las prestaciones sociales. Se atentó también contra el derecho a la salud. Se ha pretendido privatizar todo lo que estaba en manos del Estado, hasta la educación para hacerla negocio y matar el pensamiento crítico. Crecen las tendencias hacia la corporativización privada.

Los dogmas neoliberales han tenido una aplicación con consecuencias desastrosas. Hay disminución de todos los derechos sociales, se han agravado las desigualdades, la pobreza, la exclusión y se ha mantenido o extremado el carácter autoritario del poder que realmente se ejerce. Hay una especie de nueva dictadura no personalizada. Se exacerbó la defensa de la propiedad privada. La economía quedó determinada en función de los intereses y las estrategias de los poderes mundiales privados. Fueron debilitados los sistemas de valores fundados en la solidaridad y la ciudadanía. Por encima de los derechos sociales se fueron imponiendo las concepciones de competitividad sin límites, adaptación y flexibilidad. El gobierno de la economía fue pasando a empresas multinacionales principalmente privadas. Las políticas neoliberales han provocado una gran cantidad de crisis y un desarrollo desigual e injusto. El neoliberalismo ha propiciado que el poder estatal se instrumentalice sin las anteriores mediaciones por parte de la clase dominante. Grupos sociales reducidos deciden los temas centrales de la gestión pública, y avanza una despolitización que estimula una ciudadanía de baja intensidad.

Se ha impuesto un fundamentalismo mercantil, y aumenta el imperio de los oligopolios. Decisiones importantes ya no se encuentran en el ámbito estatal, y son tomadas por organismos supranacionales, por organismos internacionales o por empresas multinacionales. El Estado abandonó el precario papel redistributivo que alguna vez tuvo para pasar a ponerse descaradamente al servicio de los intereses de las grandes empresas.

A los ojos de muchos movimientos ciudadanos el Estado ha dejado de ser garante de la seguridad pública y se ha llegado a hablar de un Estado anómico y hasta fallido. Se ha mostrado incapacitado para velar por la seguridad de los ciudadanos, y ha emprendido una fallida guerra contra el narcotráfico que lo tiene infiltrado, y lo único que ha avanzado ha sido la violación de los derechos humanos y la criminalización de las luchas populares. Donde se muestra poderoso el Estado mexicano es en sus funciones represivas contra la disidencia popular.

Movimientos cívicos se han quejado de que al Estado se le cayó la máscara de mediador entre lo particular y lo general, y de que ha ido pasando de un papel administrativo a otro gerencial. En lugar de ser, como teóricamente se planteaba en los setenta, una arena de la correlación de fuerzas, se ha ido presentando cada día más como claro instrumento de las dinámicas del capital.

Algunos cuadros que en algún momento estuvieron en las filas de movimientos populares tuvieron la ilusión de que si aceptaban puestos estatales, desde dentro serían capaces de conseguir mejoras importantes para las mayorías. No obstante, la evaluación de esas experiencias ha arrojado la constitución de otra tendencia: la de la fuerza de los altos puestos de los aparatos de poder. En lugar de que esos puestos fueran modificados hacia los intereses populares, quienes los ocuparon han sido devorados por dichas posiciones y han terminado moldeados de acuerdo con la lógica del poder.

La izquierda electoral se ha propuesto la conquista del Estado para ponerlo al servicio de los intereses populares. Mis investigaciones sobre el Estado iban en esa dirección. La escucha de nuevos movimientos de base me ha abierto a que perciba que la estructura

estatal no hace posible que esto sea realizable. Por esto nuevos grupos de varios movimientos sociales, no sólo no se plantean esa toma del Estado como si fuera un instrumento neutro, sino que han iniciado búsquedas en la vida cotidiana al margen del Estado. Existen agrupaciones que ya no exageran el papel del Estado (visto como hoyo negro del cual ninguna energía pudiera escapar), que están atentas a las distintas formas de malestar frente al sistema opresor y que tienen iniciativas novedosas en sus formas de lucha. Estas nuevas agrupaciones cuestionan la hegemonización y la homogenización de las luchas alternativas; buscan formas alternativas también en sus maneras de comunicación; han aprendido a escuchar; no han quedado atrapadas en formulaciones de reducciones clasistas; valoran todos los sectores sociales discriminados; y se han ido abandonando verticalismos y métodos autoritarios. Rechazando las prácticas políticas tradicionales, parten de los problemas más sentidos por ellos mismos y los demás grupos oprimidos; se fomenta la participación y se respetan los procesos de maduración de las comunidades. No se confunden los fines (el bienestar de la población) con los medios concretos. Las mismas experiencias de estos diversos grupos los han ido llevando por caminos que los colocan en la búsqueda de formas de vida y de organización al margen del capital y del Estado⁷.

PARTIDOS POLÍTICOS

He abordado la relación de partidos de izquierda y las capas populares. Estudié el nacimiento y la deformación de un partido de izquierda en los años setenta. Revisé los impulsos partidistas de agrupaciones desde los años cuarenta hasta los ochenta cuando finalmente convergen en el nacimiento del Partido Socialista Unificado de México. Analicé acciones del partido de izquierda que se configuró a partir del fraude electoral de 1988. Estos estudios los realicé combinando diversas historias locales en diferentes niveles: de la coyuntura, de la estructuración de un organismo aglutinador de izquierda, de pequeños agrupamientos dentro de él, con sus avances y contradicciones. En todos estos estudios, tratando de percibir lo que hacían los agrupamientos populares que participaban partidistamente llegué a la conclusión de que era necesaria una forma de partido de izquierda para poder realizar el cambio social.

Una dinámica que logré detectar en varias luchas partidistas es que agrupaciones de base hacían a sus líderes y tomaban a determinadas figuras para personificar sus movimientos. Esto se relacionó con una tendencia que denominé hipostasiación (o personificación) de los movimientos políticos. Usé el concepto hipóstasis en sus dos acepciones históricas: la primera referida a la máscara representativa que utilizaban los actores griegos en las tragedias, la segunda tenía que ver con su derivación hacia el significado de persona. Las más-

7 A inicios de la década de los ochenta reuní a un grupo de investigadores sobre el Estado para hacer un seminario y posteriormente un libro sobre las características del Estado mexicano post-revolucionario; a inicios de la década de los noventa volví a conjuntar a un grupo más numeroso para ver los cambios que se habían producido con la política neoliberal. En ese entonces pedí a dos colegas que me auxiliaran en la tarea de realizar un seminario y hacer las discusiones posteriores para la elaboración de una publicación que se editó en cuatro tomos; a inicios del siglo XXI volví a plantear la necesidad de examinar qué había sucedido con el Estado mexicano con la profundización del neoliberalismo y con los fenómenos de la alternancia electoral en el nivel presidencial, y esta vez entre dos coordinadores llevamos a cabo la tarea de hacer el seminario y las tareas de la publicación. Esas publicaciones fueron las siguientes: ALONSO, J (Coord.). *El Estado mexicano*, Nueva Imagen, México, 1982; ALONSO, J; AZIZ, A & TAMAYO, J (Coords.) (1992). *El Nuevo Estado mexicano* (4 tomos), Nueva Imagen, México; AZIZ, A & ALONSO, J (Coords.) (2005). *El Estado mexicano, herencias y cambios* (tres tomos), CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, México.

caras siempre han contenido un dejo de misterio que las conecta con los mitos; su interpretación va más allá de ellas mismas. Su mensaje, significado y connotación conducen a elementos de origen y a expresiones rituales: afirman y niegan, expresan y concluyen. Entre los actores griegos las máscaras tenían también otra función importante: hacer que se oyeran los parlamentos de los que se estaba representando. De manera análoga, muchos movimientos políticos han tenido históricamente la necesidad de utilizar máscaras personificantes de su identidad. En los movimientos políticos suele emerger la necesidad de hipostasiarse en una personalidad, o al menos en un símbolo, que tiende a configurarse como tal personalidad. Ésta imanta de tal manera al movimiento que le da su nombre y lo caracteriza. En este primer momento tiene tal peso específico que si llegara a desaparecer, el movimiento se vería en peligro de extinción. También existe la tendencia a conformar elementos orgánicos que permitan al movimiento perdurar tanto como su personificación. Conforme el movimiento se consolida, la organización cobra fuerza y en torno a la personificación continúa el movimiento; la personificación hunde sus raíces. El movimiento sigue teniendo la necesidad de la personificación, pese a su institucionalización. Hay la necesidad de hipostasiar en un individuo o símbolo unitario la aspiración colectiva. Movimientos de todo tipo reproducen esta tendencia. Esta perspectiva difiere de la óptica weberiana cuya sociología política se centra en el ángulo de la dominación como manifestación concreta del poder, entendido como la capacidad de hacer prevalecer la propia voluntad en el comportamiento de los demás. Weber había estudiado las diferentes formas como la dominación suscitaba la fe en su legitimidad ya fuera por medio de formas legales, tradicionales o carismáticas. Lo carismático lo veía como forma transitoria basada en cualidades extraordinaria de una persona. Tocó sólo parte del fenómeno. La formulación de la tendencia a la hipostasiación contempla otros elementos. Los agrupamientos de base sienten la expresión de sus necesidades en las formulaciones activas de una personalidad, confían a ella toda su esperanza de solución, subliman en ella su triunfo, se aferran a ella como garantía, simbolizan en ella su fuerza y se identifican masivamente en un conglomerante unitario. Hay una identificación operante y militante que sustenta y exalta al movimiento. Esos agrupamientos se personifican colectivamente y se individualizan. El movimiento se congutina en torno a una personificación cuyo papel es conjurar la dispersión⁸.

Pero una organización partidista no se agota en esa dinámica. Me dediqué a estudiar la organización interna y las luchas emprendidas. La organización uniforme es incapaz de aglutinar lo diverso y plural. Hay momentos en que las fuerzas populares son capaces de genera alternativas propias, y otros de estancamiento y confusión. Las tendencias dentro de cada movimiento dinamizan aspectos democratizadores, pero pueden entrampamientos en cuanto a acciones a llevar a cabo⁹.

Vi cómo varios partidos de izquierda conseguían conformar un partido de cuadros con influencia en sectores de agrupamientos de base, que impulsaban importantes luchas en contra de las graves carencias populares. Estos partidos habían intentado conectar lo co-

8 Al Partido Socialista de los Trabajadores lo analicé en tres publicaciones: ALONSO, J (1984). *El Partido Socialista de los Trabajadores. Un partido con pies de tierra*, CIESAS, México; ALONSO, J (1984). "Crepitar de banderas rojas", *Cuadernos de la Casa Chata*, n°. 101, México; y ALONSO, J (1986). *La tendencia al enmascaramiento de los movimientos políticos*, Colección Miguel Othón de Mendizábal, CIESAS, México.

9 ALONSO, J & SÁNCHEZ, S (Coords.) (1990). "Democracia emergente y partidos políticos", *Cuadernos de la Casa Chata*, n°s: 180 y 181, México.

tidiano con la estructura de explotación. Existía un imaginario de lo posible. Estaban atentos a delinear salidas a las nuevas formas de explotación engendradas por las revoluciones científicas, que tenía repercusiones en la formación de las clases. Defendían una moral igualitaria y trataban de impulsar un programa abierto a las transformaciones técnicas. Analizaban la agudización de las desigualdades y a la extensión de la pobreza. Criticaban al neoliberalismo que colocaba a la sociedad a merced de poderosos grupos mundiales empresariales. Veían que la sociedad se fragmentaba mientras las elites concentraban mayor poder político, económico y cultural. Los males producidos por el neoliberalismo no eran una alternativa. Fueron enemigos de la concentración del ingreso, de las fugas de recursos mexicanos al exterior. Fustigaban la situación que permitía el privilegio del consumo de las minorías mientras se depauperizaba a las mayorías. No obstante, todo el dinamismo emancipador se cansó, y los partidos oficiales de izquierda se han acomodado al rejuego burocrático de puestos internos y en el aparato de poder.

De manera importante a finales del siglo XX y principios del siglo XXI los partidos de izquierda en México fueron atrapados por la lógica electoral y reducidos a sus dictados. Con la alternancia presidencial en el año 2000 se pensó que México pasaría a una etapa de normalidad democrática, pero no fue así. En el régimen priista el presidencialismo tenía el control de los poderes legislativo y judicial. También mantenía bajo su férula a los gobernadores, los cuales repetían el modelo en sus entidades. Imperaba el corporativismo en la estructura sindical y en las organizaciones campesinas y populares supeditadas al partido de Estado. Los poderes fácticos, no sin algunos conflictos coyunturales, trataban con el presidencialismo en situación de subalteridad. El clientelismo y la impunidad eran las amalgamas importantes que aglutinaban a las elites y a las masas que daban cuerpo a ese régimen. Con la alternancia panista se aminoró en parte el presidencialismo y los poderes legislativo y judicial empezaron a tener juego propio y a ejercer un poder relativamente autónomo. Pero dicho poder liberalizado no se puso al servicio de las necesidades de la mayoría de los ciudadanos, sino sirvió como contrapesos dentro del rejuego de una nueva clase política que empezó a expresarse por medio de una partidocracia autista. La lucha cívica había ido logrando que se institucionalizaran otros contrapesos para garantizar las elecciones, el respeto a los derechos humanos y el derecho a la información. Pero la partidocracia, al integrar las dirigencias de esos nuevos organismos por medio de cuotas partidarias fieles y sumisas desvirtuó en pocos años lo que parecía un avance en la institucionalización democrática. En lugar de un federalismo se fueron expresando voraces caciquismos en manos de los titulares de los gobiernos estatales. La alternancia panista tampoco democratizó, como lo había prometido, la vida sindical, sino que hizo alianzas con lo más corrupto de las burocracias sindicales para alentar un vetusto corporativismo.

Por mis investigaciones he llegado a la conclusión de que la izquierda mexicana partidaria cayó en profunda crisis al no tener un estudio crítico del capitalismo de inicios del Siglo XXI, lo cual llevaba a una ausencia de propuestas alternativas al capitalismo mismo. La izquierda se sumó y mimetizó con la clase política, que se ha desligado de las necesidades de los ciudadanos y centrado en sus propios intereses corporativos. Los partidos de todas las tendencias, afianzados en una nueva partidocracia, lejos de ejercer el poder, se han puesto al servicio de los poderes fácticos. Estos poderes también se han liberalizado y se han colocado por encima de los poderes constitucionales. El poder fáctico del gran dinero paga proporcionalmente menos impuestos que los contribuyentes cautivos. El poder del narcotráfico ha penetrado en la estructura política. El poder de la alta jerarquía eclesiástica católica se manifiesta en que traslada al ámbito público sin respetar la laicidad temas que

deberían quedar en las convicciones privadas religiosas. Pero el poder que se ha encumbrado más es el poder de los grandes medios electrónicos que impone sus privilegios y que tiene chantajeada a la clase política para que le salvaguarde sus intereses monopólicos. Este poder, no contento con supeditar a la clase política, la ha infiltrado en el poder legislativo. Ha demostrado que tiene la capacidad de encumbrar o derrumbar figuras políticas, de ser el que plantee cuáles temas públicos y cómo se deban de tratar. Y como el antiguo presidencialismo se ha erigido en el fiel de la balanza en la sucesión presidencial. Además, el poder fáctico de los grandes medios de comunicación electrónicos propaga mensajes y estilos de vida que refuerzan un fascismo societal.

Nuevos movimientos de base me han hecho recapacitar que la forma partido es una creación histórica, y por lo tanto perecedera. Varios movimientos de base han preferido no supeditarse a las formas partidarias, sino buscar otras formas de hacer política desde la vida cotidiana. No pretenden constituir un nuevo sujeto político unificado, sino convertirse en varios sujetos en búsqueda de alternativas más allá de las burocracias de los partidos¹⁰.

PROCESOS ELECTORALES

Como los partidos de izquierda que he estudiado han tenido experiencias en las elecciones mexicanas, también investigué diversos procesos electorales. De manera particular he estudiado las elecciones de la reforma política de los setenta cuando el Estado mexicano dio reconocimiento para que participaran en las elecciones a diversos partidos de izquierda¹¹. He investigado las elecciones, tanto en el ámbito federal como en el local, desde 1979 a 2009. Mi preocupación era percibir cómo la izquierda podía ir convenciendo a un número creciente de votantes, y a explicar las razones de auges y tropiezos electorales de la izquierda¹². En los ochenta con el fuerte impacto de la crisis económica de entonces indagué qué tanto la situación económica influía en el comportamiento electoral en las elecciones de mitad de la década de los ochenta¹³. Fui profundizando en los elementos que intervenían en la acción de votar. Hice un examen detallado del fraude electoral de 1988¹⁴. Indagué las nuevas modalidades de la compra del voto por medio de programas gubernamentales en las elecciones de 1991¹⁵. El viejo corporativismo estaba quebrantado pero se alentaba un nuevo corporativismo por medio de los programas sociales del gobierno. En los primeros años de los años noventa surgió y se fortificó un movimiento cívico en torno a la limpieza electoral. Atendiendo la dinámica de ese movimiento que exigía la existencia de organismos electorales autónomos para que se garantizara el voto ciudadano, me di a la tarea de examinar lo que implicaban estos organismos que al principio fueron autónomos. Con este instru-

10 ALONSO, J (1995). *Por una alternativa a la inequidad*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

11 AZIZ, A & ALONSO, J (1984). "Reforma política y deformaciones electorales", *Cuadernos de la Casa Chata*, n°. 102, México.

12 ALONSO, J (1982). "El pueblo ante las elecciones", *Cuadernos de la Casa Chata*, n°. 63, México.

13 ALONSO, J (1987). *Elecciones en tiempos de crisis*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

14 ALONSO, J & GÓMEZ TAGLE, S (Coords.) (1991). Silvia Gómez Tagle (coordinadores). *Insurgencia democrática: las elecciones locales*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

15 ALONSO, J (1993). *El rito electoral*, El Colegio de Jalisco-CIESAS, Guadalajara; ALONSO, J (1993). *Arrollamientos y menoscabos*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

mento el voto cívico no supeditado al partido de Estado sobrevino la pérdida del control del PRI en 1997 en la Cámara de Diputados y tres años después la alternancia presidencial¹⁶.

En el ánimo ciudadano aumentaron las expectativas en los gobiernos de alternancia. Pero éstos no se diferenciaron mucho de los del tiempo del partido de Estado. Persistió la corrupción y el poder alejado del pueblo. Se mantuvo la utilización de recursos públicos y de recursos ilegales a favor de candidatos. Se fue imponiendo la partidocracia al margen de los intereses de los ciudadanos a los que se les vio sólo como clientelas partidistas. Las elecciones presidenciales de 2006 fueron muy competidas e intervinieron en ellas fraudulentamente tanto el poder presidencial como poderes fácticos. El resultado fue una grave polarización política. Por muy breve tiempo funcionaron los organismos electorales autónomos, pues pronto fueron sometidos a la lógica de la partidocracia. A todos estos procesos les fui dando seguimiento¹⁷.

Fui percibiendo que las elecciones conjuntan a una pluralidad de actores con sus propios intereses y razones, pero también con incongruencias y pasiones que, al confluir, dan un resultado complejo. Partidos, candidatos, organismos electorales, tribunales, electores, organismos de la sociedad civil, todos persiguen sus propios objetivos. Es un juego en el que se entrecruzan lógicas, normas, valores y contradicciones. Los votantes calculan sus intereses frente a las características y ofertas de los candidatos. Así configuran sus votos. Partidos y candidatos tratan de persuadir que tienen soluciones para los problemas sentidos por los votantes. Estos intuyen falsedades. Apuestan, esperando sacar ventaja. La combinación de actuaciones da el resultado electoral. La gran diferencia con anteriores elecciones es el peso del papel de los tribunales; pero lo que parecía una ventaja pronto se comprobó que era una instancia más de rejuego de poderes y no de una real justicia electoral. Hay actores con mayor poder que otros. Los hay muy hábiles en el rompimiento de reglas.

Tanto las campañas internas de los partidos como las campañas en los procesos electorales han demostrado que los partidos, sin excepción, con tal de ganar recurren a procedimientos no democráticos. Ha ido creciendo cada día más el papel de los grandes medios electrónicos en la elección de precandidatos, en las formas y conducción de las campañas, y en la manipulación de los electores. En México no hay real democracia electoral, sino una pantomima continua y muy maquillada y conducida a un inmenso espectáculo mediático.

Pero también fui atisbando que en los procesos electorales también se manifiestan resistencias. Campañas vacías, sin propuestas viables que respondan a las necesidades sentidas de los ciudadanos, van alejando a éstos del proceso electoral. Por una parte hay una apatía con respecto a la participación por medio del voto, pero por otra hay un rechazo en un mundo de carencias por la opulencia inútil de los partidos. Si añadimos una población con grandes carencias, ante el despilfarro de los políticos, tendremos como resultado un desencanto de la política. Aunque la abstención es polifacética y su explicación es multicausal, ha ido creciendo el fenómeno abstencionista a tal punto que quienes llegan a gobernar lo hacen con el apo-

16 ALONSO, J (1995). *El cambio en Jalisco*, CIESAS, Universidad de Guadalajara, Guadalajara y CEEJ, 1995; ALONSO, J & TAMAYO, J (Coords.,) (1994). *Elecciones con alternativas*, CIIHUNAM, México.

17 ALONSO, J (2007), "Democracia traicionada", *Desacatos*, n.º. 24, mayo-agosto, pp. 73-108.

yo de una minoría de los posibles electores. Hay muchos grupos que se han desentendido de lo electoral y que buscan salidas propias por otras vías en su vida cotidiana¹⁸.

DEMOCRACIA

Los estudios electorales, me fueron conduciendo a profundizar en la democracia. En México, por la vía electoral, cayó uno de los pilares del sistema de partido de estado, el presidencialismo. No obstante, hay signos de que también por la vía de las elecciones se prepara una restauración que, por la cultura política del partido que dirigió los destinos del país durante siete décadas, sería de corte autoritario. Reducidos grupos sociales elitistas deciden los temas centrales de la gestión pública, mientras se teatralizan consultas públicas en donde pareciera que dichos temas se ponen a discusión pública. Las decisiones reales no las toman los ciudadanos, es decir, no hay verdadera democracia.

Hay quienes pretenderían limitar la democracia sólo a procesos electorales formales de elecciones periódicas. No se toca el modelo económico ni la hegemonía de los grupos poderosos. Es la democracia realmente existente que se ha impuesto, en donde las verdaderas e importantes decisiones se encuentran en pocas manos. Hay mayorías volátiles que pueden incidir en el recambio de los administradores, pero no en el sentido de las políticas. Hay millones que acuden a las urnas, pero los intereses de las mayorías no son tomados en cuenta a la hora de gobernar. Esto va propiciando la despolitización de muchos ciudadanos.

He constatado que la democracia, como práctica de un *ethos* cívico, aspiraría a la participación igual para todos en las cuestiones del poder, donde quiera que éste se encontrara. En la época de la globalización crece la tendencia de que prevalezca una democracia política encerrada en espacios restringidos y cupulares mientras se lleva a cabo un implacable desmantelamiento de democracia social. Esto es evidente, pero también hay señales de pulsiones de base en la misma sociedad que a través de la meta democratizadora intentan encontrar alternativas. La miseria y el hambre crecientes provocadas por el des-orden mundial muestran que se entremezclan la explotación con la exclusión.

Me he dado cuenta de que las decisiones verdaderas y que atañen a todos se encuentran lejanas de las tradicionales instituciones democráticas. Sin embargo, la democracia como derecho a decidir sobre el destino colectivo persiste. Los derechos de la vida cotidiana, los derechos de los excluidos de todo tipo, de manera especial los de las mujeres pugnan por el reconocimiento tanto de la plena igualdad como de lo específico de su diferencia. Las relaciones de la gente con el ecosistema pueden abrir nuevas fronteras para la democracia.

La raíz de la democracia debería ser el poder permanente del pueblo, cosa que no ha sucedido. Los teóricos de la democracia habrían advertido que el proceso democrático no tenía asegurado un futuro evolutivo ascendente. La democracia electoral, la democracia de los arriba (elites, clase política, partidos, etc.) se ha deteriorado y se encuentra en una grave crisis. No obstante, el seguimiento de varios movimientos populares de base me ha mostrado que existe una democracia que surge desde los de abajo en donde se toman decisiones colectivas, horizontalmente, sin jefes, en beneficio de la vida cotidiana de los participantes, y que ha ido prescindiendo de la democracia de los de arriba. Cada día se manifiestan más expresiones de los de abajo que, repudiando la toma del poder, exhortan a que se viva una

18 ALONSO, J (2010). "El movimiento anulista en 2009 y la abstención", *Espiral*, n.º. 47, enero-abril, pp. 9-46.

democracia totalmente diferente. Se abren a los futuribles inciertos pero factibles. La democracia implica esas construcciones de libertad y creatividad. Los grupos y organizaciones de base han ido deslegitimando el modelo impuesto desde arriba, y construyendo lo propio. Se van conformando conjuntos híbridos de flujos, redes y organizaciones locales y globales que hacen emerger nuevas formas de protesta social y de lucha democrática que se estructura en esquemas institucionales alternativos. La acción colectiva no inicia necesariamente en organizaciones sino en grupos, en corrientes formales e informales, en relaciones vecinales, comunitarias, en la vida cotidiana en una búsqueda del rechazo a la dominación capitalista. Ante esto se constituyen dos grandes expresiones: quienes consideran que las luchas aisladas poco pueden hacer, que la fragmentación es funcional para el sistema de dominación, por lo cual se postula la necesidad de revertir la relación de fuerzas a favor de los de abajo; y quienes aspiran a la construcción de formas horizontales sin dirección centralizada. Hay varias agrupaciones que buscan construcciones desde abajo en un pluralismo democrático radical.

Una transformación profunda de la práctica democrática ha emanado de postulados y experiencias del movimiento zapatista, que ha indicado que hay que mandar obedeciendo, lo cual ha repercutido en muchos movimientos latinoamericanos. Los zapatistas se propusieron superar y trascender la limitada forma dominante de concebir y ejercer la democracia. La asamblea popular universal se convierte en el órgano de autogobierno. Se busca el consenso por medio del debate. Se insiste en que todos los puntos de vista son importantes. Si algo asumido colectivamente no funciona, se vuelve a retomar el problema. Los zapatistas han recalcado que para que la democracia sea real debe recoger y proyectar la pluralidad y diversidad de los sujetos integrantes de un colectivo. Un punto importante es la desmitificación que han hecho de las tareas de estar en un cargo. Sus reglas son sencillas, pero transformadoras: el que está en un cargo obedece y no manda, representa y no suplanta, une y no divide, sirve y no se sirve, propone y no impone. Para los zapatistas la meta no es tomar el poder estatal sino revolucionar las relaciones de poder desde abajo. Se proponen crear un gran movimiento social antisistémico que vaya destruyendo desde la base el poder opresor. En esta forma se busca como solución una democracia diferente, otra democracia. Transformando la forma misma de la democracia se crean espacios de transformaciones de grandes alcances. Se trata de otra democracia a la vez participativa y representativa en una combinación de combinaciones: de consenso, de participación, de sufragio, de toma de decisiones. Así se va construyendo una democracia emancipadora¹⁹.

MOVIMIENTOS SOCIALES

Diversos movimientos me han ido obligando a pensar la realidad social desde diversos ángulos. He realizado varios acercamientos teóricos y empíricos a dichos movimien-

19 En una gran parte de mis escritos he tratado las temáticas de la democracia. Aquí he intentado hacer un apretado resumen de lo que me parece relevante. No obstante, hay algunas publicaciones en donde he desarrollado la discusión sobre la democracia, tanto la que quieren imponer los de arriba, como la que han estado buscando muchos grupos populares dese abajo. Se pueden consultar los siguientes libros: ALONSO, J (2000). *Democracia Precaria*, ITESO, Guadalajara; ALONSO, J (2002). *Democracia Amenazada*, ITESO Guadalajara; ALONSO, J & RAMÍREZ, JM (Coords.), (1996); *La Democracia de los de abajo en México*, CIESAS, U de G, CIICHUNAM, CEEJ, México; AZIZ, A & ALONSO, J (2006). *Campo electoral, espacios autónomos y redes: El Consejo General del IFE (1996-2005)*, n°. 1, *Cuadernos para la democratización*, CIESAS-UV, México; *México una democracia vulnerada*, México, CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, 2009.

tos. He observado cómo movimientos sociales de todo tipo han sido protagonistas básicos de muchas transformaciones. En algún momento pensé que tenía un cuadro completo de las teorizaciones sobre los movimientos sociales, desde una perspectiva eurocentrista. Pero las teorizaciones latinoamericanas y las realidades mexicanas me liberaron de esas cárceles mentales y he podido ver cómo la teoría de los movimientos sociales ha ido sufriendo importantes cambios en los últimos tiempos. Han ido apareciendo nuevos sujetos sociales. Los movimientos no surgen de golpe, sino que se van construyendo por medio de redes subterráneas en la vida cotidiana y emergen en coyunturas propicias. Las confrontaciones pueden dinamizar su aparición. Sus identidades han organizado sentidos y papeles. El reclamo de derechos de todo tipo ha propiciado la constitución de sujetos que no sólo rechazan y resisten, sino que formulan propuestas alternativas de convivencia social. Estos movimientos han repercutido en procesos de democratización de base. Gran parte de la población no tiene acceso político y no quiere quedarse en la exclusión. Hay agrupaciones que desafían a los poderes constituidos por medio de acciones no convencionales. Se puede constatar una potente imaginación social. La imposición de la política neoliberal con sus terribles efectos en la inseguridad laboral y en la producción de una gran cantidad de excluidos ha hecho emerger nuevas demandas y luchas y movilizaciones. Los movimientos nacen ante los embates del presente pero con formulaciones hacia un futuro distinto. Las formas de resistencia frente a las injusticias han sido de las más variadas. Surgen movimientos en torno a la defensa del empleo, la vivienda, la salud, el medio ambiente, los derechos. Son inventadas novedosas formas de comunicación entre estos movimientos.

Las redes de activistas contra los efectos de una globalización neoliberal han aportado formas de acción que no pueden ser analizadas con los acercamientos convencionales. Los movimientos se defienden de la globalización neoliberal utilizando los instrumentos de la misma globalización. La emergencia de los nuevos actores se da a partir de coaliciones específicas sobre objetos concretos. Son movimientos de ideas y valores. Se hacen resistencias locales pero, por medio de las redes, se salta al plano global. Se combinan demandas particularistas con internacionalistas. Los movimientos maximizan recursos ligados a la diversidad de experiencias, en la búsqueda de otro mundo posible. Los movimientos establecen una pedagogía en escuchar y aprender de otras experiencias. Crece la pluralidad y se defiende la diversidad. La identidad no es única, ya que pueden coexistir varias, jerarquizadas en un núcleo intersubjetivo. También aparecen procesos de fragmentación de identidades. Igualdad y diversidad han dejado de ser antagónicos y han pasado a ser interdependientes. Se siguen defendiendo intereses, pero crece la defensa de los derechos, el espacio del interculturalismo se expande. La característica del movimiento social es su capacidad de poner en cuestión una forma de dominación social. En los movimientos hay algo que se combate y algo que se propone construir. Se ponen en cuestión los poderes constituidos, y muchos nuevos movimientos no pretenden asumir el poder, sino construir espacios de convivencia con democracia y justicia. No intentan sustituir poderes sino construir bases sociales de nuevo tipo.

Han ido apareciendo y fortaleciéndose movimientos sociales que confrontan al sistema dominante con propuestas alternativas. Se critica la democracia de apariencia, la democracia que se pone al servicio de la dominación y las múltiples maneras como se expresa el autoritarismo; en cambio se buscan formas democráticas que broten auténticamente desde abajo. Hay exigencias de satisfactores materiales, pero también de participación. Se defienden derechos y se va entendiendo de una manera menos formal la ciudadanía. Se recrean movimientos desde los pueblos indios, desde el devastado campesinado, desde nú-

cleos obreros y de trabajadores de todo tipo, desde las barriadas pobres, desde exigencias culturales, de género, de edad, etc. Se pone en el centro de los reclamos una vida humana con dignidad, pero no sólo. Las luchas no afectan a unos cuantos sectores sino a todo el entramado social con expresiones en varios niveles, desde lo micro hasta lo macro. No se circunscriben a intereses específicos grupales sino que intentan conformar nuevos sujetos plurales emancipatorios. Hay conciencia de que no bastan voluntarismos, sino que se requiere la creación de nuevas condiciones. El orden establecido por el capital que todo lo mercantiliza es cuestionado desde diferentes frentes. Las instituciones guardianas del capital se van socavando y se buscan institucionalizaciones de otra naturaleza. Se traspasan los límites de un antropocentrismo para llegar al cuidado de la vida misma en el planeta como algo central. Todos estos movimientos de una u otra forma van en contra de la lógica capitalista, y no sólo confrontan sino que apuntan hacia transformaciones radicales.

Desde abajo han ido surgiendo importantes experiencias de autonomía. Si bien en lo concerniente a la autonomía existen grandes avances en la dialéctica de teoría y práctica en los movimientos sociales, hay otros puntos fundamentales que necesitarían dilucidarse con más reflexiones y discusiones. Me refiero a lo que tiene que ver con el poder. Los movimientos deben plantearse si deben constituirse en poder alternativo. Las tendencias anarquistas fustigan cualquier manifestación de poder. Sin embargo, hay de poderes a poderes. No es lo mismo el poder opresor que el poder que experimentaban los campesinos brasileños cuando utilizando el método de Paulo Freire decían que habían alcanzado el poder de la palabra. Ciertamente hay muchos poderes. El más conocido es aquel por el cual un grupo o persona puede hacer que otro y otros hagan lo que él quiere. Este tipo de poder, puede apoyarse en la fuerza o en formas sutiles de aceptación por medio de la construcción asimétrica del consenso, y siempre es opresor. Es un poder de suma cero: lo que uno gana lo pierden los otros. Pero hay otra clase de poder que no se acapara sino que al compartirse se multiplica. Es el poder de las decisiones comunes, por ejemplo. El mandar obedeciendo de los zapatistas se ha ido expresando en la práctica como un poder radicalmente diverso al del capitalismo. Cuando se habla de que las mujeres buscan tener poder, no quiere decir que manden a los varones, sino que se liberen y sean ellas quienes decidan libremente sobre su destino. En cualquier caso se debe tratar de evitar que los nuevos controles sociales propicien nuevos amos.

Una mirada atenta permite detectar que más que un movimiento social por cada época y sociedad, a inicios del siglo XXI se han venido dando muchos movimientos anticapitalistas. No hay uno que pueda exigir que los demás se le subordinen. Predomina el rechazo a las jerarquías. El capitalismo de la era industrial aglutinó en las fábricas a las masas de obreros, los cuales tuvieron contacto entre sí, y pudieron construir sus instrumentos de defensa que fueron los sindicatos y los movimientos obreros. El capitalismo de la globalización neoliberal ha producido una gran masa de depauperados a los que fragmenta y dispersa. Diversos núcleos se defienden con las armas de la resistencia local. Pero para poder contrarrestar el poder concentrado del poder, del dinero, y de la dominación cultural requieren nuevas formas de lucha y de maximización de sus potencialidades de defensa y de construcción de alternativas. Las formas locales son múltiples y diversas.

En el estudio de los movimientos sociales una regla básica es que hay que aprender de lo que hace la gente. Aunque no debemos caer en maniqueísmos. La gente también puede equivocarse al expresar socialmente la ideología dominante que no pocas veces tiene introyectada y asumida, al vivir la alienación capitalista. En todo caso habría que distinguir el

poder opresor y las formas incipientes de poderes alternativos que se requieren para construir algo nuevo²⁰.

LAS CONVERGENCIAS

Un punto en el que he intentado profundizar es en el papel de las convergencias de estos innovadores movimientos. El capitalismo, manteniendo su médula explotadora y deshumanizante, ha ido evolucionando y ha ido revirtiendo los acotamientos que forjaron importantes movimientos del siglo XX. La globalización neoliberal escondió el rostro de los explotadores. La expoliación ha enriquecido a manos llenas a unas elites y ha marginalizado a la gran mayoría de la gente. No obstante, habría que tratar de desentrañar que esa gran masa de marginales en sus innumerables e inimaginables formas de sobrevivencia es de diversas formas funcional al proceso de acumulación de capital. Contribuye a la producción y reproducción del capital en su vida miserable confinada a la informalidad. Encima el capitalismo en los diferentes medios electrónicos bajo su control propicia tanto la alienación como la sumisión y la resignación. No obstante, hay un cemento que se necesita saber encontrar para que el conjunto de los movimientos tenga la capacidad de construir una sociedad alterna al capitalismo, el cual tiene grandes capacidades de dominio, y una de ellas es la de fragmentar a sus oponentes. La capacidad aglutinadora de los movimientos sociales anticapitalistas tiene que ver con las convergencias.

Las convergencias se han destacado como un importante instrumento de los movimientos sociales anticapitalistas. Además de la construcción de sus propios territorios y espacios, necesitan ensayar otro tipo de espacios en los que puedan encontrarse, comunicarse y reflexionar sus experiencias, encontrar lo diferenciante, pero también los sustratos comunes. Las convergencias resultan los instrumentos para dinamizar sus potencialidades.

Estos movimientos han incrementando el intercambio de sus propias experiencias para aprender unos de otros, y para dinamizar una mundialización de los oprimidos y explotados que se exprese a nivel local y mundial. En este enfrentamiento con las elites, los movimientos no sólo se encuentran con el Estado sino con los poderes fácticos, y entre ellos uno muy poderoso que es el de los medios electrónicos de comunicación. Los movimientos tienden a visibilizarse por estos medios para poder expandir su influencia; pero dichos medios los tratan de invisibilizar. Otro obstáculo fuerte que enfrentan los movimientos tanto ante el Estado como ante los poderosos medios de comunicación electrónica es la creciente criminalización de la protesta social.

Las convergencias se inscriben en un proceso donde ya no se puede postulara un actor privilegiado del cambio, sino un conjunto de sujetos diversos y plurales. En vez de un resultado único de tipo universal y homogenizador, hay una distribución más amplia de

20 Ha dado seguimiento a una gran cantidad de movimientos sociales. A finales de los setenta escudriñé un movimiento urbano popular en ALONSO, J (Ed.). *Lucha urbana y acumulación de capital*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1980. A mediados de los ochenta impulsé varios seminarios para detectar cómo se estaban comportando una gran gama de movimientos populares en el centro del país, y coordiné dos publicaciones, *Los movimientos sociales en el Valle de México*, México, Tomo I, Colección Miguel Othón de Mendizábal, 1986, y *Los movimientos sociales en el Valle de México*, tomo II, en la misma editorial, 1988. He recapitulado en varias publicaciones los cambios más relevantes en la teorización sobre los movimientos sociales. Esto se encuentra compendiado en un artículo titulado "Las convergencias, instrumento de los movimientos sociales" que publiqué en un libro colectivo en torno al *Primer Coloquio Internacional in Memoriam Andrés Aubry*, CIDECI Uniterria Ediciones, Chiapas, México, 2009, pp. 111-127.

efectos. Las convergencias incluyen a ese conjunto de sujetos plurales que van coincidiendo, que se van identificando, que van planteando una meta común de transformación. Se trata de una nueva amalgama que supera la dispersión, la fragmentación, y la expresión meramente espontánea con innovadoras formas orgánicas de nuevo tipo. Se va fraguando así un conglomerado diverso y plural.

No cualquier coyuntura es apta para desatar un proceso convergente. Hay momentos en que desde abajo se pueden generar alternativas propias; pero hay otras coyunturas en donde cunde la confusión y el estancamiento. Las convergencias no son lineales ni siempre ascendentes. Tampoco son susceptibles de fraguarse al calor de voluntarismos. No son algo que surja naturalmente. Son fruto de construcciones sociales. Constituyen una especial acción colectiva donde se entrelazan fines, estímulos y campos de acción. Se van fraguando contactos por medios de las mismas luchas que hacen coincidir de alguna forma. Se van tejiendo complejas redes en varios niveles desde lo micro, alcanzando lo meso hasta llegar a lo planetario. Las convergencias pueden adquirir dimensiones muy diferentes. Y en sentido estricto sus nexos más que un anudamiento reticular se parecerían más bien al campo de fuerzas de los átomos. Hay muchas fórmulas orgánicas de las convergencias, y van abonando a la construcción de una cultura política de nuevo tipo.

Las convergencias están condicionadas y van condicionando una cultura que crea y re-crea; corresponden a nuevos comportamientos, a nuevos hábitos, a nuevas prácticas que por medio de su ejercicio consolidan lo nuevo convergente. El reconocimiento la diversidad y la multiplicidad como constitutivo tanto de la lucha para transformar la sociedad como para diseñar una sociedad mejor es parte de esa nueva cultura. No puede haber un sujeto que dirija a los demás. El campo simbólico que propician las convergencias no es el de la exclusión para afirmarse, sino el de la aceptación y reconocimiento pleno de una pluralidad convergente como única posibilidad de ser. Los procesos autogestivos se valoran como opción en contra de los lastres burocratizantes. La cultura convergente es deudora de la experiencia de los movimientos sociales, y conduce a nuevas movilizaciones y movimientos.

Las convergencias son el resultado de procesos largos, penosos, con avances, estancamientos y aun retrocesos; con no pocas contradicciones. Pero posibilitan florecer lo propio junto con lo próximo y aun lo lejano. Las convergencias, al ser un proceso de aglutinamiento de diferentes componentes, dinamizan la atracción de nuevas unidades. Las convergencias se consiguen en confluencia donde la búsqueda de intereses específicos no atenta contra un objetivo mayor conglutinante. Una condición básica para su existencia es el respeto de las autonomías concurrentes en cooperación. Estrategias autónomas y estrategias convergentes deben coexistir.

Las convergencias son en cierta medida una apuesta, y no están exentas de la incertidumbre. Se construyen y se mantienen desde las potencialidades desde abajo. Se trata de procesos creados colectivamente, que implican también un aprendizaje de la misma naturaleza. Sus acciones son multidimensionales. Implican representaciones sociales. Van combinando diferentes planos y reconocimientos mutuos de los integrantes. Las convergencias tienen fases. Hay momentos de expresión y otros de soterramiento e hibernación. Pueden perderse también los lazos y desarticularse. Son al mismo tiempo procesos y movimiento. Las convergencias tienen muchos retos internos y externos. Viven una tensión entre la participación y la representación de conglomerados humanos amplios. Las convergencias llevan gérmenes de una sociedad diversa de participación consensual. Pero no habría que olvidar que las convergencias son medios y nunca fines. Muchos movimientos sociales están convencidos de que para acceder a otros mundos posibles en los que imperen la

justicia, la libertad, la igualdad y respeto a la vida misma se requiere la construcción de convergencias. El examen de muchos agrupamientos populares lleva a ver que existen indicios de que se están buscando otras formas de hacer política.

Nada está predeterminado. Los grupos populares en búsqueda de otra política, sin perder su especificidad, sin caer en una estructura orgánica unificadora, se conectan y organizan entre ellos mutuas traducciones para poder entenderse. No se trata de una traducción lineal y vertical sino horizontal e interactiva. Reconocen una pluralidad de instancias epistemológicas. En esa dinámica van deambulando desde una posición ética de responsabilidad colectiva y de liberación solidaria. Se cuidan de no ontologizar situaciones coyunturales. Hay una deslegitimación del capitalismo como una exigencia ética colectiva. Esos grupos viven en múltiples resistencias convergentes en la diversidad. Mientras la lógica del capitalismo neoliberal medra sobre el crecimiento de las desigualdades, los grupos populares en búsqueda de alternativas en su cotidianidad expresan reivindicaciones vitales, existenciales, culturales y no sólo económicas, políticas y sociales. Esos grupos aspiran y ensayan construir otra sociedad que esté en relación armoniosa con la naturaleza. Intentan el predominio del valor de uso sobre el valor de cambio. En sus búsquedas tienen en cuenta la posibilidad de la vida común respetando la sobrevivencia del planeta. Saben que nada tienen asegurado, pero se arriesgan y no quieren seguir viviendo atados al capital, a los partidos, a los poderes fácticos y al Estado. De que lo consigan depende que se logre una alternativa²¹.

A MANERA DE CIERRE

Lo que perdura en las pistas de mis investigaciones es lo relativo a la construcción de alternativas al capitalismo por medio de diversos sujetos. Evidentemente las clases sociales han recibido importantes variaciones por los cambios del capitalismo. No obstante, la inmensa cantidad de excluidos del trabajo formal siguen siendo expoliados por la acumulación en beneficio de unos cuantos, y persisten siendo oprimidos y dominados por el capitalismo. Ha habido un cambio en cuanto al sujeto capaz de impulsar la transformación. Ya no se puede centrar en un sujeto predeterminado, sino en un conjunto plural y diverso de sujetos. Si en un principio pensé que el instrumento primordial sería un partido unificado de izquierda que pudiera tomar el poder del Estado para impulsar las modificaciones a favor de los oprimidos y explotados y que por lo tanto habría que pugnar por las convergencias partidistas en el ámbito de la izquierda, las investigaciones que he estado realizando me han hecho constatar la existencia de una pluralidad de agrupamientos y movimientos que ya no se plantean la toma del poder estatal, sino que buscan ponerse al margen del capital y del Estado para ir construyendo presentes que se consoliden en futuros viables, no asegurados, pero factibles. También he detectado que estos agrupamientos y movimientos han utilizado las convergencias para transmitirse experiencias y formas de reflexión para acciones similares en la búsqueda cotidiana de una autonomía desde abajo. En este sentido sus nuevas formas de hacer política pretenden terminar con las contradicciones dirigentes-ejecutantes y mandantes-dirigidos. Se trata de la construcción de una democracia radical.

21 Las convergencias han sido uno de los ejes de muchas de mis investigaciones y publicaciones. Quisiera destacar dos de éstas: ALONSO, J (1990). *En busca de la convergencia*, Ediciones de la Casa Chata, México; ALONSO, J (2009). "Las convergencias, instrumento de los movimientos sociales" in: VV. AA (2009). *Primer Coloquio Internacional in Memoriam Andrés Aubry*, Ed. cit., pp. 111-127.



Reflexiones sobre posmodernidad, multiculturalismo y movimientos sociales en la Latinoamérica actual

Reflexions about Posmodernism, Multiculturalism
and Social Movements in Latin America Today

Roberto FOLLARI

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

RESUMEN

Lo posmoderno se plasmó en Latinoamérica a partir de mediados de los años ochentas y consecuentemente, se convirtió en positividad fáctica. A partir de entonces se ejerció, existió como el humus efectivo de nuestra cultura cotidiana y –de tal manera– dejó de hacerse visible como un elemento externo al cual referir. Es un ambiente cultural, una condición de época, y para nada un conglomerado coherente de tesis acerca del mundo o de la sociedad. Lo cierto es que la combinación de lo posmoderno con la ofensiva neoliberal, resultó desastrosa para Latinoamérica. Tal situación, dada con plenitud en los años 90 (Salinas de Gortari en México, Collor y luego Cardoso en Brasil, Menem en Argentina, Fujimori en Perú) implicó, como efectos de lo posmoderno, una disminución de las posibilidades culturales para la resistencia y un incremento de la tendencia al individualismo o –en el mejor de los casos– a la micropolítica. Ahí es donde debemos “descelebrar” el multiculturalismo y su apología que a partir del universo cultural posmoderno, diaspórico y centripeto se volvió pensamiento políticamente correcto, perfectamente adaptado a las condiciones del mundo posmoderno en el cual surgió y que conlleva casi intrínsecamente la tendencia a la atomización de las luchas de las

ABSTRACT

The postmodern was put in Latin America from the mid-eighties and, consequently, became a positive factual. Since then exercised, effectively existed as the humus of our everyday culture and-so-left to become visible as an external element to which it referred. It is a cultural environment, a condition of time, and not a coherent cluster thesis about the world or society. The truth is that the combination of the postmodern with the neoliberal offensive, turns out proved disastrous for Latin America. Such a situation, given in full in the 90s (Salinas de Gortari in Mexico, Collor and Cardoso in Brazil then, Menem in Argentina, Fujimori in Peru) imply, as effects of the postmodern, a decrease of the cultural possibilities for resistance and an increasing of the individualism tendency or –in the best scenario– to the micropolitics. That’s where we “uncelebrated” multiculturalism and his apology that from postmodern cultural universe, diasporic and centripetal became politically correct thinking, perfectly adapted to the conditions of the postmodern world in which it emerged and almost inherently involves the tendency to atomization of the struggles of different ethnic groups, promotes horizontal segmen-

diferentes etnias, promueve la segmentación horizontal de las demandas al Estado y, a menudo sirve a dividir la posible conjunción de diversos sectores sociales para presionar al mismo Estado o a otros poderes.

Palabras clave: Posmodernidad, multiculturalismo, movimientos sociales, cultura.

tation of the demands to the state and often serves to divide the possible combination of various sectors of society to pressure the State or other powers.

Key words: Postmodernism, multiculturalism, social movements, culture.

QUÉ ERA AQUELLO DE LO POSMODERNO

Ya no se habla del tema. Luego de la fiebre de los años ochenta y parte de los noventa, el debate sobre lo moderno y posmoderno cayó en el olvido. La conclusión, para muchos, es colegir que el tema careció de importancia suficiente como llegar más allá de una moda pasajera. Sin embargo, entiendo que esa sería una mirada muy superficial sobre la cuestión.

En realidad, los objetos y situaciones se hacen visibles cuando están “ante los ojos”, como diría Heidegger. Cuando se nos presentan como objetualidad externa. Muy diferente es el caso de aquello que conforma los lentes de nuestra mirada (p. ej., los “paradigmas” kuhnianos), cuando en realidad el lente es parte de la mirada misma, y no de aquello a lo que se mira. De tal manera, lo posmoderno—creo que puede afirmarse plausiblemente—no constituye ya aquello de lo que se habla, justamente porque pasó a ser *el lugar desde el cual se habla*. Y, como tal, se hace irreductible a una mirada objetivante que lo capture.

Entendido a partir de categorías de la dialéctica, diríamos que lo posmoderno se plasmó en Latinoamérica a partir de mediados de los años ochentas y que, consecuentemente, se convirtió en positividad fáctica. A partir de entonces se ejerció, existió como el humus efectivo de nuestra cultura cotidiana y—de tal manera—dejó de hacerse visible como un elemento externo al cual referir.

Por eso, entonces, tan poca apelación a la posmodernidad en nuestro presente. No porque ella nada tenga que ver con la realidad sino, por el contrario, porque está situada en la misma a tal punto que se ha naturalizado. Es parte de nuestro punto de vista “espontáneo” contemporáneo, de modo que sería un diagnóstico errado aquel de quienes creen que se trata de una temática anticuada y anacrónica.

Ahora bien: ¿qué pasó con lo posmoderno? Sus rasgos *light* a nivel de la cultura cotidiana, largamente expuestos en la obra de Lipovetsky¹, son por demás conocidos: abandono de las grandes utopías históricas, retorno a la privacidad y lo íntimo, cuidado del cuerpo propio, narcisismo y tendencia a refugiarse en el placer personal, tolerancia, repulsa de toda moral rígida. Son rasgos culturales que todo el mundo reconoce si se compara esta época con las anteriores; apenas si se piensa, por ejemplo, en lo que era la cultura en torno de las costumbres cotidianas y sexuales en la década de los sesentas del siglo pasado.

Ese es el aspecto más conocido de lo posmoderno y, según cabe entender, el *suelo* cultural desde el cual se erigieron las teorías posmodernistas. De tal manera, en contra de

1 LIPOVETSKY, G (1988). La era del vacío, Anagrama, Barcelona; LIPOVETSKY, G (1994). *El crepúsculo del deber (la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos)*, Anagrama, Barcelona.

Habermas o de nostálgicos latinoamericanos de la modernidad como Beatriz Sarlo², no nos parece factible salvar el proyecto de la modernidad desde la inmanencia del discurso teórico. Es decir, no nos parece que la eventual refutación conceptual de las propuestas del posmodernismo, conlleve la posibilidad de abandono de la condición posmoderna.

Es que hay autores posmodernistas, en tanto hay cultura posmoderna establecida; no se trata de la condición inversa –obviamente tributaria de una noción idealista sobre la primacía de las ideas o la autonomía del espacio de la conciencia–, según la cual habría condición cultural posmoderna porque se han impuesto las ideas de los teóricos posmodernistas. En realidad la mayoría de los “posmodernistas prácticos” no sólo desconoce a los autores posmodernos, sino que hasta podría en su caso rechazarlos. Lo posmoderno es un *ambiente cultural*, una condición de época, y para nada un conglomerado coherente de tesis acerca del mundo o de la sociedad.

Asumido lo anterior, igualmente cabe recordar qué es lo que lo posmoderno traía a cuento en el plano de la teoría. Sin dudas, desde Lyotard³, la noción de que lo pequeño es hermoso. Es decir, el rechazo de los grandes relatos y las grandes ideologías, el retorno a lo cotidiano, la reivindicación de lo personal y lo íntimo y –sobre todo– la defensa de la diferencia y la tolerancia.

De tal manera la “guerra al todo” definía en gran medida la postura de Lyotard sobre ese horizonte histórico que se abría a comienzos de los años ochentas. Rechazo del marxismo y del redentorismo social, considerándolos modos de imposición totalitaria, reducción del conjunto variado de lo social al Uno; y reivindicación de modos de resistencia inmediata que no pasaran por la acumulación de fuerza ni la organización sistemática, a la vez que insistencia en el valor de las demandas sectoriales, tales como las de feministas, ambientalistas, movimientos gay, regionalistas, etc.

Visto desde hoy, se puede advertir que confluyeron varios fenómenos en la constitución de la situación cultural descrita por Lyotard, específicamente en el capitalismo avanzado: 1). Avance de la acumulación con márgenes de redistribución social, lo cual implicó la desaparición de condiciones sociales de hambre o miseria masivos; de tal manera, se dio la clausura del horizonte para el socialismo como posibilidad histórica efectiva; 2). Fuerte presencia de pautas culturales alternativas a las del ordenamiento moderno a partir de fenómenos como el de 1968 francés, por lo cual fue adquiriendo lugar la modalidad posmoderna de ejercicio cultural; 3). Pérdida de prestigio del bloque soviético, y posterior caída y desaparición del mismo; 4). Desarrollo del ambientalismo, el feminismo y otros movimientos sociales, que no se inscribían en el horizonte político moderno ligado a la transformación social global.

Estas condiciones socio-políticas y culturales llevaron a la caída de la modernidad, y al auge de teorías que, como la de Lyotard, pensaban el lazo social a partir de la diversidad caleidoscópica de los juegos lingüísticos, a partir de la multiplicación de las especialidades científico-técnicas y de las jergas diferenciadas que ello implica. De tal manera, la pluralidad era el efecto necesario de la nueva situación, así como lo era el entendimiento sólo parcial entre las diferentes jergas, de modo tal que cualquier síntesis unitaria de las mismas sería imposible, excepto que se la impusiera por la fuerza.

2 SARLO, B (1994). *Escenas de la vida posmoderna*, Ariel, Buenos Aires.

3 LYOTARD, J (1990). *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona.

En el caso de Vattimo, se insistiría en que “todo hecho es interpretación”, retomando a Nietzsche⁴. Para el autor italiano, se hacía evidente que se daban en esta época las condiciones cultural-prácticas necesarias para que la hermenéutica se transformara en la inherente mediación de las relaciones sociales. En un mundo de lenguajes multiplicados, más que nunca aparecía claro que no hay objetividad posible ni verdades duras que sostener; se trataría, en cambio, de aprender las técnicas y la actitud necesarias para la interpretación de la otredad, la asunción de que existe una radical alteridad con la cual, sin embargo, es posible comprenderse, si asumimos los parcialmente comunes mundos de vida habitados por los diferentes actores sociales. Es decir, ser otros no implica serlo de modo tal que no podamos comunicarnos, y la búsqueda de esa comunicación sería tarea central de la época.

Por ello pudo el escritor italiano celebrar “la sociedad transparente”, esa sociedad mediática donde todo –o casi todo– podría exponerse y darse a publicidad. Y pudo Vattimo, también, entender que se habían dado las condiciones de aquello que Heidegger intuyó alguna vez, el mundo del “rebasamiento” (que no “superación”) de la modernidad; por vía del gigantismo hollywoodense la técnica habría invertido su significado original, y abriría al abismo de un mundo no dominado por el cálculo y el voluntarismo humanos.

De tal manera Vattimo celebró la llegada del mundo de la estética realizada, aquello que Hegel hubiera querido como objetivación del sentido del arte. El arte ya reabsorbido por la vida y –como tal– ahora innecesario como actividad social específica, en cuanto sus finalidades ya se habrían plasmado.

No está de más advertir que con el tiempo el mismo Vattimo repudió este punto de vista, y se unió al rechazo que autores posestructuralistas –malamente denominados “posmodernos” por muchos teóricos– han guardado hacia lo posmoderno (Foucault, Deleuze, Guattari), de modo que entendió que se trataba de una estetización *light*, que era más una parodia de las búsquedas estéticas de las vanguardias, que una estricta realización de las mismas.

El lenguaje desencantado de Baudrillard⁵ e incluso algunas palabras en *mid-dire* de parte de un Lyotard tardío, irían desplegando el desafecto por la posmodernidad, de parte de sus autores más inicialmente entusiastas. Aunque, cabe agregar, ellos mismos no han tematizado suficientemente la cuestión, ni ha habido otros autores que se hayan tomado el trabajo de asumirla como desafío conceptual.

En todo caso, por nuestra parte diríamos que sin dudas lo posmoderno no fue lo mismo que su promesa inicial: de la guerra al todo no devinieron acontecimientos fulgurantes, sino abandono de la política; del esteticismo no recogimos intensidad de goce, sino narcisismo encerrado; de la tolerancia no surgió entusiasmo por compartir con la otredad, sino indiferencia hacia la misma y particularismo en los intereses. De tal manera, la caída de las grandes ideologías significó, más que una liberación respecto de cadenas racionalistas, la imposibilidad para asumir nuevas opciones proyectuales, el centramiento en la vida privada, además del ocio y el consumo como nortes principales de la ética en estado práctico realizada por los habitantes del capitalismo avanzado.

En cuanto a Latinoamérica, parecida era la cuestión cultural (aunque sólo en clases medias y altas), incluso anclada en el desaliento por el fracaso político de las luchas revoluciona-

4 VATTIMO, G (1995). *Más allá de la interpretación*, I.C.E./U.A.B., Barcelona.

5 BAUDRILLARD, J (1988). *El otro por sí mismo*, Anagrama, Barcelona.

rias de los años setentas. El peso de las grandes ciudades, el impacto de la TV satelital, los viajes y el fracaso de las utopías, hacía que el clima cultural posmoderno también tuviera razones para instalarse en el subcontinente. Desde ese punto de vista, siempre hemos rechazado que lo posmoderno fuera un fenómeno exclusivamente presente en el capitalismo avanzado⁶.

Lo cierto es que la combinación de lo posmoderno con la ofensiva neoliberal, resultó desastrosa para Latinoamérica. Tal situación, dada con plenitud en los años 90 (Salinas de Gortari en México, Collor y luego Cardoso en Brasil, Menem en Argentina, Fujimori en Perú) implicó, como efectos de lo posmoderno, una disminución de las posibilidades culturales para la resistencia y un incremento de la tendencia al individualismo o –en el mejor de los casos– a la micropolítica. Consecuentemente, la posmodernización cultural constituyó un factor importante entre los varios que coadyuvaron a que la ofensiva libremercadista se impusiera ampliamente en el subcontinente⁷.

Se ha con/fundido a menudo lo neoliberal con lo posmoderno, y ello muestra una falta de precisión notoria en el análisis. Lo posmoderno no fue producido a propósito por nadie, es una condición de época que nos atraviesa a todos; lo neoliberal, en cambio, es una postura determinada desde el punto de vista ideológico, que tiene agentes personales e institucionales definidos, y que opera de manera intencional, conciente y estratégica en el plano de la política y la cultura.

De manera tal que el hecho de que lo posmoderno, por su acento en lo narcisista y lo *cool* y su abandono de las grandes metas sociales, haya sido suelo cultural fértil para la ofensiva neoliberal de los noventas, no debiera ser interpretado como que fue una condición que “estuvo al servicio de lo neoliberal”, ni tampoco que resulte indisoluble de este último fenómeno.

Lo posmoderno, por cierto, se instaló con cierta anterioridad temporal entre nosotros, y es un fenómeno que no hace principal ni exclusivamente a la política. Ha modificado las modalidades de la moral y la convivencia cotidianas de manera que se trata de un horizonte de imaginario vital que se instaló con fuerza en aquella época, y que la política asumió de manera automática, habitualmente sin reflexión ni claridad alguna acerca del mismo.

Hay que agregar un aspecto importante: el peso de la nueva TV en el fenómeno cultural posmoderno, junto a la explosión de las NTIC más en general, en la cual se incluyen Internet y las múltiples funciones del teléfono celular. La TV actual, sólo de nombre es lo mismo que la de hace treinta años; la transmisión satelital, el zapping, el control remoto, han modificado radicalmente lo que significa “ver televisión”. El ahora omnipresente aparato con su programación perenne⁸ promueve un universo predominante de la imagen, con la concomitante caída de la letra y el pensamiento formulado lingüísticamente; a la vez que una especie de *ficcionalización* de la experiencia diaria, por la cual cuesta cada vez más diferenciar la realidad de la ficción e –incluso– se hace necesario admitir que la pseudo-reali-

6 FOLLARI, R (1990). *Modernidad y posmodernidad; una óptica desde América Latina*, Vid. Cap. 3. Aique/Rei/IDEAS, Buenos Aires; FOLLARI, R & LANZ, R. (Comps.) (1998). *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*, Sentido, Caracas.

7 Ver nuestro trabajo: FOLLARI, R (1998). “Inflexión posmoderna y calamidad neoliberal”, in: Martín Barbero, J. et al. (1998). *Cultura y globalización*, Ces/Univ. Nacional de Colombia, Bogotá.

8 Según lo planteado por GONZÁLEZ REQUENA, J (1992). *La televisión, espectáculo de la posmodernidad*, Cátedra, Madrid.

dad producida por la imagen supera en versatilidad, colorido, matices, brillo y aproximación, a la realidad en cuanto tal. De modo que el actual dicho cotidiano de que “aquello que no está en la televisión no existe” tiene base para formularse: quien no está donde está la *auténtica realidad*, no existe.

La aproximación baudrillardiana, con tener mucho de ciencia ficción y de expresionismo, resulta sin dudas útil para comprender qué tipo de mundo semivirtual es el que hoy habitamos, poblado más por el simulacro y la imagen externa, que por cualquier profundidad, subjetividad autoconciente o reflexión con toma de distancia.

SOBRE EL MULTICULTURALISMO

Lo hemos dicho ya en otra parte: hay que “descelebrar” el multiculturalismo. Demasiado se ha hablado en su favor y se ha hecho su apología, generalmente a partir del universo cultural posmoderno, diaspórico y centrípeto, tal cual ya lo hemos descrito más arriba.

Se ha insistido en la riqueza de albergar la diferencia, de tolerar al otro de manera activa, de comprenderlo y asumirlo. Las nuevas ciudades multiculturales (París, New York, Londres, Roma como ejemplos más notorios) mezclan en los hechos etnias y lenguas, proponen un paisaje desconcertante de multiplicidad y diferencias, exponen la posibilidad de convivencia de lo múltiple, muestran que el multiculturalismo es algo más que un deseo o una pretensión, para existir ciertamente en los hechos concretos.

Mucho se ha insistido sobre el valor de esta mezcla, si se piensa en los exclusivismos étnicos de otras horas de la Humanidad (algunos definitivamente nefastos), o en el centramiento en la propia Nación que ha caracterizado por mucho tiempo a las Repúblicas provenientes de los siglos XVIII y XIX. Es un avance importante la asunción de que estamos todos instalados en el mismo planeta, que las condiciones del mismo son hoy problemáticas a nivel ambiente, recursos, etc., y que por tanto, la asunción de márgenes crecientes de colaboración mutua (o al menos de tolerancia) son cada vez más necesarios.

Lo cierto es que, de pronto, cuando publicidades como las muy conocidas de la multinacional Benetton han apelado al multiculturalismo, uno ha podido preguntarse si se trata ahora de una bandera en retirada, de esas que el sistema retoma cuando han perdido su filo crítico. Lo mismo sucede cuando políticas de UNESCO llaman permanentemente a promover lo multicultural; no porque esa organización no sea positiva en muchos de los valores que propone, sino en cuanto a que los mismos —en tanto se trata de una típica organización internacional— tienen que conformar a la vez a las más diferentes proveniencias e ideologías políticas, con lo cual operan siempre sobre aquello en lo cual ya hay una especie de consenso previo generalizado.

Y cuando el consenso es grande no puede dejar de desconfiarse, como hace ya muchas décadas señalaba Ortega y Gasset. El multiculturalismo se volvió pensamiento *políticamente correcto*, perfectamente adaptado a las condiciones del mundo posmoderno en el cual surgió. Y, consecuentemente, se ubica hoy como una especie de sentido común que sin dudas tiene aspectos rescatables (de ninguna manera podría permitirse retornar a los particularismos étnicos anteriores), pero que a la vez sirve para tapar disfunciones y nuevos conflictos.

El principal de todos ellos es, por supuesto, la *desigualdad*. Ha tendido a ser identificada con la diferencia, y obviamente no se trata de lo mismo. Por cierto que es bienvenida la hoy asumida —y asumida gracias al talante posmoderno y la propuesta multicultural— tolerancia hacia los que son y piensan diferente, extendida a todas las etnias y creencias religiosas.

Pero la desigualdad en que estuvieron, están y seguramente seguirán estando esas diferentes etnias y religiones, queda obturada por la cuestión de la diferencia. No somos iguales, al contrario de lo que se sugiere en el gráfico de Benetton. No lo somos ni en cuanto a clases sociales diferenciadas dentro de cada país, ni en cuanto a distribución territorial y de riqueza entre los distintos continentes y países que componen el mundo. Las desigualdades son abrumadoras; se implican en ellas, por supuesto, enormes disimetrías mutuas respecto del poder y el acceso a los recursos. Y esto se ha hecho visible de manera frontal cuando, por ejemplo, en Suiza se ha rechazado a los minaretes islámicos con extrañas excusas localistas, o cuando en el sur de la misma España alguna vez colonizada por los musulmanes, los vecinos piden que las mezquitas sean instaladas lejos de sus sitios de residencia (aún cuando éstos fueran barriadas pobres).

En una Latinoamérica donde la mezcla de etnias nunca resultó ajena, y donde el racismo más fuerte ha sido el blanco (proveniente de quienes no eran habitantes iniciales de esta región), sin dudas que las condiciones para el multiculturalismo —en algún sentido— estaban mejor dadas que para los países del capitalismo central. De tal manera, cuando ha llegado la ola multicultural a nuestros países, lo ha hecho con acentos propios: sobre todo ha supuesto la escucha de los pueblos llamados *originarios*, es decir, de los indios, y por cierto también —en medida menor, por diversas razones— de los negros.

Así, los indios han adquirido un cierto protagonismo cultural y político que por siglos les fuera negado, a partir de la Conquista; lo cual, por supuesto, no implica que milagrosamente y de un golpe hayan abandonado el lugar subordinado a que se los relegó desde aquella empresa brutal. Los negros, por su parte, han comenzado a ser reivindicados, aun cuando tengan menos presencia cuantitativa en el subcontinente, a la vez que menos recursos simbólicos para apoyarse (en tanto no fueron desplazados territorialmente por el poder colonizador, sino que fueron traídos por este).

No está de más advertir esta importante paradoja; los movimientos sociales ligados a lo étnico y cultural, tal el de los indios, suelen ser considerablemente particularistas, y es justamente en ese particularismo que residen su atractivo y su cohesión identitaria. Pero tal autocentramiento puede cuestionarse, ligando respecto a la cuestión de cómo se comunicaban los diferentes juegos lingüísticos de Lyotard, en los comienzos de la discusión sobre lo posmoderno: contra su idea de que los particularismos radicales pudieran configurar algún tipo de nexo social realizable, algunos pensábamos que, bajo la noción de que hay grupos sociales diferentes, subyace la de que existe una especie de *todo social* que alberga dichas diferencias. Es decir, que las singularidades no implicarían la liquidación de la noción de lo social como un todo, sino solamente el abandono de la idea de un todo homogéneo, es decir, de una especie de subordinación de los componentes diferenciados a algún principio común ordenatorio.

Si se acepta nuestro razonamiento, la afirmación de lo singular supone siempre el implícito reconocimiento del otro y de los otros. Pero aún existiendo, dicho reconocimiento está lejos de bastar para tomar las banderas del otro como propias. Por el contrario: es el particularismo de las etnias el que les rinde frutos a la hora de la lucha. Si los indios pretendieran hablar también en nombre de los negros, difícilmente se les haría caso; y fácilmente serían desautorizados por los mismos negros. Por tanto, a los indios no les importa —las más de las veces— extender sus reivindicaciones a otras etnias; más aún si se piensa que las prestaciones con recursos limitados que pudiera obtenerse a través de la propias luchas, habría en ese caso que compartirlas con otros, si es que esos otros también resultarían visibilizados.

De tal manera, la diferencia conlleva a menudo (sobre todo cuando se abandona horizontes políticos abarcativos del conjunto social) la asunción de las propias reivindicaciones sin atención alguna a las de los otros o –por lo menos– la secundarización de estas últimas. Y, si se asume que las desigualdades siguen existiendo, y que ellas abarcan diferencialmente a distintos grupos sociales subalternos, queda claro que el multiculturalismo conlleva casi intrínsecamente la tendencia a la atomización de las luchas de las diferentes etnias, promueve la segmentación horizontal de las demandas al Estado y, por tanto, a menudo sirve a dividir la posible conjunción de diversos sectores sociales para presionar al mismo Estado o a otros poderes fácticos (empresariales, eclesiales) a los cuales se requiera exigir, si es que se busca profundizar la democracia en nuestros países.

LA INFLEXIÓN POSMODERNA

En su momento, hemos planteado la noción de “inflexión posmoderna” para referirnos al hecho de que lo posmoderno, al comenzar a agotarse su impulso inicial, retomaba algunos de los valores modernos, pero en otro formato.

La cuestión es fácil de comprender: es bueno bajar el rigor de obligaciones éticas duras, pero la falta total de convicciones éticas lleva al vacío. Es bueno el disfrute más que la coherencia rígida del sentido, pero el sin-sentido permanente lleva al aturdimiento y la perplejidad. Es bueno rescatar el cuerpo y la inmediatez, pero no sólo de ellos se vive a la hora de pensar en los compromisos con lo social.

Por todo lo anterior –que esbozamos en mínima brevedad– es que lo posmoderno fue promoviendo las condiciones de su modificación interna. No es que se haya cambiado nuevamente de época, o que el horizonte posmoderno se haya eclipsado. De ninguna manera hemos dejado de vivir en el universo de la imagen perenne, en la fantasía del goce perpetuo, en el abandono de la promesa del futuro para centrarse en el presente.

Pero la absolutización de esas pautas, necesaria en el momento de abolición de las modalidades culturales de la modernidad, dejó de ser sostenible. Ya no había que pelearse contra la modernidad; al punto incluso de que sus defensores teóricos “a la” Habermas, dejaron de resultar visibles, pues no había más que debatir con ellos.

De tal manera vimos retornar, en el vacío de valores promovido por la iconoclasia posmoderna y sobre todo por su total relativismo, algunas posiciones “duras”. Resultaba esperable: el terrorismo islámico es la respuesta de quienes mantienen convicciones ancladas en sociedades tradicionales, hacia una sociedad sin principios éticos rectores. Lo cual fue respondido (en realidad, reasumido) desde el Occidente colonialista como guerra y acción militarizada de contenido fundamentalista premoderno, tal cual puede interpretarse la posición ultraderechista sostenida por Condoleeza Rice, por Rumsfeld y por el ex-presidente Bush (h).

El vacío llama a ser llenado, se dice respecto de la Naturaleza; el vacío repugna. Y lo mismo sucede en el plano de los valores y las convicciones: el vacío posmoderno, el relativismo para el cual nada es verdad sino para el agente que cree formularla, conllevan un escepticismo y un sin-sentido que se ha transformado en el primer problema de la sociedad contemporánea dentro del capitalismo avanzado.

Ahora bien, ¿cómo se ha dibujado esta realidad en Latinoamérica? Por cierto que lo ha hecho de una manera singular. El primer período, digamos desde la mitad de los noventas hasta el comienzo del nuevo siglo, tuvimos continuidad del neoliberalismo rampante. De tal manera, lo posmoderno se acompañó con una formidable caída de los derechos co-

lectivos y de la calidad de la democracia, asumiendo un talante en el cual el sin-sentido comenzó a asociarse más al fracaso de las posibilidades que al exceso de las mismas, al inverso de como se daba en la situación de los europeos.

Tenemos entonces un período en que la cultura posmoderna lleva a pensar en términos de movimientos sociales y de fragmentación, en contra de la idea de totalidad social y de las políticas que buscaran modificar la misma. De tal modo, el neoliberalismo se benefició altamente de esta situación: menos militantes, y menos decisión militante en quienes seguían siéndolo; menos fe en el futuro, y más decisión de arraigarse al presente; asunción de reivindicaciones parciales y locales, de modo que la idea de lo social-general se evaporara, y por ello, también la defensa del Estado como representante del bien colectivo. Por el contrario, al Estado se lo comenzó a ver como “ogro filantrópico” al decir de Octavio Paz, como enemigo totalizante y totalitario, y en consecuencia la reivindicación de lo individual llevó hacia la asunción del mercado y su ley del “sálvese quien pueda” como una regla no sólo tolerable, sino incluso deseable.

Por entonces fue que en Argentina se usaba la noción de “psicobolche” para referirse a quien tuviera ideas de izquierda. Algo así como un “enfermo de ideología” que sólo puede pensar en cuestiones tales como la revolución y la política.

Por cierto que existen sujetos así, y que incluso lo posmoderno puso aire fresco en las formas más cerradas de entender la política como militancia, a veces incluso como expiación y como autoflagelación. Sin dudas que las invectivas de Nietzsche contra “las tarántulas” no eran del todo inmotivadas, y cabía liberar mentes y cuerpos hacia prácticas más variadas y diáfnas⁹.

Sin embargo, la caricaturización de toda militancia como modo de ser tarántula o psicobolche, sin dudas que peca de exceso en lo descriptivo, y de reaccionarismo en lo ideológico. Para trabajar en lo político (al menos mientras exista la forma/Estado, y da la impresión de que sería muy difícil que la misma desaparezca), se requiere sistematicidad, organización, coordinación mutua de las acciones. Se requiere método y disciplina. Es decir, se requiere todo aquello que repugna al *ethos* lúdico posmoderno.

Por todo lo antedicho, parece indisputable que lo posmoderno configuró un suelo cultural del cual se pudo aprovechar la ofensiva neoliberal. El neonarcisismo coincidía con el individualismo económico que se pregonaba, de modo que se iba con viento a favor en la prédica libremercadista, lo cual era una de las primeras veces que ocurría en Latinoamérica (habida cuenta del peso arraigado de la tradición religiosa, mayoritariamente nada progresista pero corporativa y antiliberal a nivel de la ética personal, lo cual dejaba poco espacio al ideario individualista).

Pero el neoliberalismo produjo su rechazo. Planteó las condiciones para una cierta antítesis, una especie de “negación determinada” de sí. Y es lo que surgió en el subcontinente (y sólo en Latinoamérica, nada parecido se constata hoy en otras latitudes del mundo) con las nuevas izquierdas; algunas de tipo liberal, otras de formato populista, algunas a caballo entre ambas modalidades, lo cierto es que irrumpieron inesperadamente gobiernos post-liberales que –al margen de las críticas que reciben por parte de ciertas izquierdas que oponen a la realidad modelos ideales a veces tan irrealizables como irrealizados– puede

9 NIETZSCHE, F (1981). *Así hablaba Zaratustra*, Mexicanos Unidos, México.

afirmarse sin dudas que no son una prolongación homogénea de las políticas de los años noventas, ni de las promovidas por los Estados Unidos para la región.

Así surgieron los neopopulismos como las políticas más radicalizadas (Correa, Chávez, Evo Morales, Néstor y Cristina Kirchner, Ortega), y las izquierdas republicanas como versiones más cercanas al libre mercado y a las formas de la democracia establecida (fue el caso de Tabaré Vázquez en Uruguay, y más claramente aún el de la Concertación chilena, ahora desplazada del gobierno). Otros ejemplos son menos identificables con alguno de estos modelos ideales (el muy decisivo de Brasil, dado su peso estratégico mundial, o el del Paraguay bajo presidencia de Lugo).

Lo cierto es que como hongos aparecieron estos gobiernos con posiciones que tomaban distancia del capitalismo salvaje impuesto en la década de los noventas, y como reacción contra las desastrosas consecuencias sociales del mismo. A los ya referidos pueden sumarse lo que fue la Honduras previa al golpe de Estado contra Zelaya, así como a El Salvador, y a una Guatemala con presidente socialdemócrata.

Esta pléyade de gobiernos que de maneras diversas y con radicalizaciones variadas toman distancia respecto de la directa política imperial, son hijos de su época. Deben trabajar con la dura realidad de no disponer de libreto previo; es decir que, a diferencia de lo que se creía antes de la caída de la URSS, ha dejado de estar claro cuál es el modelo de sociedad al cual se propende. Por lo tanto, hay que “hacer camino al andar” ante enemigos políticos muy fuertes –tanto en lo interno como en lo internacional, niveles mutuamente ligados–, mezclando la táctica política pragmática acorde a relaciones de fuerza, con una estrategia cuyo modelo de llegada final no está diseñado.

Sin dudas, se trata de “misericordia de la teoría”. Esta se avocó por demasiado tiempo a lo microsociedad, a la sociedad civil y los llamados “nuevos movimientos sociales”, y dejó desguarnecida la posibilidad de pensar las nuevas modalidades del cambio social estructural. De tal manera hay que caminar con rumbo fijo pero sin final de viaje, con una brújula que marca hacia un norte desconocido. Por cierto que esto puede leerse en clave posmoderna (fluir sin teleología), pero de ningún modo podríamos creer que se trata de una asunción hecha a gusto y sabiendas por quienes conducen estos procesos. Más bien, se trata de asumir la realidad tal cual está, y hacer las luchas sin pretender la espera de otro momento histórico supuestamente más adecuado, pero que no se sabe si algún día se dará.

Las ciencias sociales están en notoria falta ante la necesidad de modelos de sociedad emancipada más definidos. Es cierto que los mismos no podrían nacer sólo de la cabeza privilegiada de algún gran productor de teoría, pero también lo es que –a esta altura de las prácticas alternativas desatadas desde hace años en el subcontinente– está faltando capacidad conceptual que esté a la altura de los logros prácticos habidos. No tenemos aún una teoría a la altura de nuestra propia *praxis*, y sin dudas que ello es un hueco importante para el éxito de esta última.

Por cierto, lo posmoderno está también presente de otra manera. Se trata de la modificación de los métodos para la lucha anticapitalista, con la renuncia a la vía armada y la apertura de opciones dentro del marco de la legalidad establecida.

De tal manera, tres de los países más radicalizados en este rumbo han mostrado cuál sería la vía alterna para obtener el poder necesario desde el gobierno, que pueda enfrentarse con la fuerte concentración de los poderes fácticos (empresarios, geopolítica imperial, iglesias, medios de comunicación). Dado que no se cuenta con la enorme legitimación otorgada por una revolución, se ha apelado ahora a las asambleas Constituyentes. Ellas han abier-

to a la posibilidad de una modificación aguda de las condiciones institucionales, de manera de establecer una ruptura con las condiciones políticas previas y permitir una nueva configuración del estado y de su relación con la sociedad.

De modo que a falta de revoluciones, tenemos Constituyentes. Y sin dudas que estas últimas se adecuan mejor a las condiciones de la época. Desde la aceptación más o menos unánime de la legalidad democrático-capitalista como forma legitimada de representación a los estilos culturales de época, todo ello es manejable dentro del rango no abiertamente antagonístico (o, al menos, no establecido en *lucha a muerte*) que se da en la pelea parlamentaria que permita llegar a la modificación estructural de la legalidad que se implica en una Constituyente.

Estamos ante los cambios sociales posibles, entonces. Limitados, pero mucho más profundos que cualesquiera otros que se estén ahora abriendo en otras partes del mundo, en las cuales la hegemonía neoliberal se mantiene en todo su apogeo.

De tal manera, hay muchos factores que participan de este enorme cambio de estrategia en relación a lo que se hacía hace cuarenta años (caída de la URSS, mejora de las tecnologías para detección de focos guerrilleros, prestigio de la democracia parlamentaria), entre los cuales hay que calibrar la fuerte importancia de la cultura posmoderna.

En tiempos como los actuales, ya no es común –al menos en Occidente– dar la vida por ideas. Ni morir por ellas, ni vivir por las mismas todo el tiempo e intensamente. Sin dudas que habría hoy mucho menor número de jóvenes dispuestos al martirologio que los que aparecían en los años setentas, tras los fulgores iniciales de la revolución cubana. Caben ahora módicas luchas, entregas parciales, esfuerzos que pueden hacerse prolongados pero rara vez son la exclusiva ocupación de quienes los realizan. Ante esta caída del militantisismo y de aquel ánimo que configuraba las denominadas *vanguardias revolucionarias*, es notorio que la apelación a la vía democrática se hace esperable, y las Constituyentes manifiestan un camino que ayuda a la construcción de poder, pero que no entra en frontal ruptura con la legalidad del sistema, tal cual sucedía con la vía armada al gobierno proclamada hace cuatro décadas.

Habrà todavía que decodificar la mentalidad prevaleciente en estos tiempos, pues llega a estar tan dominada por el universo de la imagen y tan poco por el pensamiento, que el argumento político deja a menudo lugar a la más pura versión de la admiración rendida, o el insulto terminante. En el caso de la Argentina, se ha asistido desde el movimiento patronal agropecuario de 2008, a una especie de *colapso del pensamiento*. Las clases medias, con las mejores condiciones de vida que hayan tenido en mucho tiempo, sin embargo se oponen al gobierno por razones simbólicas: por considerarlo izquierdista, por estar ligado a los más pobres, por estar dirigido por una mujer. La decadencia de la discusión y su reemplazo por la simple impresión o el gusto –formados en automatismo por la televisión– resultan una evidente constatación de las tendencias culturales de los actuales tiempos, tan alejados, desde ese punto de vista, del método y la letra que fueran caros a la tradición de la modernidad.

LOS “NUEVOS” MOVIMIENTOS SOCIALES

Digámoslo de una vez: hay “movimientos sociales” que lo único de nuevo que tienen es el nombre. Es el caso de aquellos que tienen que ver con las religiones, por ejemplo. Si bien es cierto que el comportamiento religioso no es idéntico al de otras épocas y que pueden haber ciertos rasgos a compartir, de su parte, con otros de esos llamados “movimien-

tos”, también lo es que hay continuidades importantes con las conductas de tiempos anteriores, y también que la religión no constituye –por sí misma y en su núcleo principal– un soporte de creencias para movimientos, si es que entendemos a los mismos como espacios colectivos de reivindicación conciente de los intereses de un cierto conglomerado social.

Es decir: no todo lo que tiene que ver con las iglesias, constituye movimientos en este sentido contemporáneo. Es más: lo que se relaciona con ello es sólo un fenómeno minoritario. E incluso hasta dentro de esa minoría podemos hallar continuidades parciales con prácticas que son, en su nacimiento, muy anteriores al surgimiento contemporáneo de la noción de “movimientos sociales” (p. ej., Acción Católica, Mov. Familiar Cristiano, etc.). Las comunidades de base brasileñas propias de las décadas de los sesentas y setentas, son un ejemplo fuerte en este sentido.

De tal modo, podemos sospechar que algo inherente a estos denominados “nuevos movimientos sociales” es el que parte de su novedad radica en el momento en que han sido descubiertos, en el que han sido *puestos en teoría* por los académicos de las ciencias sociales. Muchos de tales movimientos precedían por largo tiempo a ese descubrimiento, de modo que en la idea de que ellos serían “nuevos”, se desliza una notoria imposición del lente de mirada sobre lo mirado, adscribiéndose a esto último los cambios ocurridos en la tónica de la visión.

Por ello se hace importante reconstruir el momento de surgimiento de la cuestión de los “nuevos movimientos sociales”. Ellos aparecen cuando la academia se quedó sin modelos de cambio social, tras el colapso del socialismo real y la caída del muro de Berlín. Vamos a decirlo crudamente: frente a la carencia de discurso crítico –que es el que se suele asignar a las ciencias sociales como función principal–, los intelectuales necesitaron llenar su vacío de propuesta, dado que, por supuesto, en la crisis de modelos sociales no iban a “volver a casa” y dejar la academia.

Este –tal vez poco elegante– modo de explicar cómo se gestó la súbita importancia que en la academia adquirieron los nuevos movimientos sociales, es coherente con nuestra concepción acerca del rol de los intelectuales¹⁰. Hemos desarrollado largamente la idea de que los mismos, al hablar de su objeto de análisis, hablan prioritariamente sobre su propio punto de vista, el cual está orientado a su vez desde sus específicos intereses. Dicho de otro modo, que los académicos solemos estar más preocupados por nuestro lugar en la jerarquía dentro del campo intelectual, que por la búsqueda de la verdad o la objetividad; y más aún, que el compromiso sociopolítico, no pocas veces opera como tapadera de los efectivos intereses de aquellos que apelan a su supuesta inspiración.

De tal manera, los nuevos movimientos sociales cubrieron una importante función para los académicos; no es que éstos los descubrieran “allá fuera” en su objetividad preestablecida, sino que fueron a buscarlos. Esto, por la necesidad de hablar de sujetos políticos diferentes de las clases sociales antagónicas, tal cual las había proclamado un marxismo que se pretendía agotado; y también para referir a un comportamiento que no atendiera a la modificación estructural de la sociedad –que aparecía por entonces fuertemente clausurada– pero que, sin embargo, implicara algún cambio social logrado desde la negación de las condiciones del presente.

10 FOLLARI, R (2008). *La selva académica (los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad)*, Homo Sapiens, Rosario, Argentina.

Esta es la génesis histórica del auge asignado a los “nuevos movimientos sociales”. Decir lo anterior no es negar que a su través hubieran surgido cuestiones de genuino interés, o se hubiera dejado de buscar fines socialmente útiles. Sin dudas que los movimientos sociales permitieron visualizar la lucha por intereses sociales específicos y segmentarios, diferentes de los que se ejercen en la lucha política por la transformación global. La cual, por su parte, había ocluido por mucho tiempo la advertencia de la legitimidad de tales intereses sectoriales (mujeres, ambientalistas, gays, regionalistas, indígenas, etc.).

En tiempos de regreso a lo pequeño y lo inmediato, los movimientos aparecieron como liso y llano reemplazo de las clases sociales. Así lo fueron para el análisis de muchos científicos sociales apresurados, éstos que van de la mano con la moda intelectual; creyeron enterrar tanto al marxismo como a la cuestión política global, y reemplazarlos lisa y llanamente por las apelaciones a una supuestamente “pura” sociedad civil.

Pero la sociedad civil es tan poco pura como lo es el Estado, y al igual que el mismo está atravesada por intereses y enfrentamientos, a menudo más soterrados que los del campo de lo específicamente político. De tal modo, la supuesta virginidad de los movimientos sociales es algo que debe de plano ser desterrado del campo de análisis; esa pureza opuesta a la política, sólo puede caber en la cabeza de algunos ingenuos.

Se pensó en alguna época respecto a la –nunca simple– articulación de los movimientos sociales con las luchas estructurales, pero luego se tomó a estas últimas como un obstáculo para la singularidad de los primeros. Si éstos existían en relación con fines específicos, no debían diluir los mismos en relación con cuestiones más generales, las cuales los miembros del movimiento social podían o no compartir.

De tal modo, la autonomía de los movimientos sociales fue apreciada como un logro importante, como una meta a la cual se hubiera llegado tras la experiencia no suficientemente satisfactoria que los movimientos habían tenido previamente.

El resultado es de lamentar: ausencia de muchos movimientos sociales respecto a las luchas políticas más generales que se dan actualmente en Latinoamérica. O, también, la insistencia en poner los objetivos particulares de cada movimiento social por encima de los del conglomerado político de los sectores populares en conjunto; un particularismo que no deja de advertirse en algunos comportamientos de los últimos años.

En la primera década del siglo XXI la política ligada a lo estructural retornó. Y llegó el momento de ver cómo se ligaba con los movimientos sociales, o cómo éstos se articulaban con aquella.

Hay quienes, como Boaventura de Sousa Santos, ponen fuerte esperanza en una buscada articulación convergente de diferentes movimientos sociales¹¹ La experiencia del Foro Social Mundial lleva a pensar en esa dirección, respecto a una nueva forma de política que reemplazaría a la clásica representación vía partidos.

Pero con ello se da por muerto el viejo fenómeno de la política partidaria antes de que haya desaparecido. El Estado sigue existiendo, y sólo puede accederse a él por vía de representación partidaria. Los movimientos sociales no expresan –al menos no necesariamente– proyectos globales de transformación, y por ello no están organizados como para hacerse

11 DE SOUSA SANTOS, B (2006). *Conocer desde el Sur*, Univ. Nacional de San Marcos, Lima.

cargo del diversificado aparato del Estado. Los “verdes” alemanes aumentando la gasolina al 400% son un ejemplo de esta importante falla, allá en tiempos de Schroeder; a ellos sólo les preocupaba la cuestión ambiental, no las comunicaciones, el transporte o la situación energética de su país. Como todos los movimientos sociales expresaban una reivindicación singular, no un proyecto completo de sociedad.

A su vez, el Foro Social Mundial viene dando muestras de cierto agotamiento. O muestra capacidad para incidir mediante herramientas netamente políticas, o quedará como un movimiento sólo de protesta y resistencia, sin ninguna capacidad de producción de políticas efectivas.

En todo caso, es de destacar que los diferentes movimientos sociales no están unidos de manera implícita por alguna teleología en común que los llevara calladamente hacia alguna forma de coincidencia, concordancia o coherencia mutua. De tal manera, el mayor conocimiento entre movimientos no es garantía de mejores posibilidades de coordinación entre los mismos, en la medida en que los intereses de cada uno suelen restringirse a su propio espacio reivindicatorio y no se coordina acciones con otros movimientos porque se los desocaza, sino porque no se comparte sus mismos intereses.

Este *particularismo* de los movimientos se ha hecho notorio en el caso ecuatoriano. Puede haber errado el presidente Correa en algunas de las medidas tomadas respecto de las etnias indígenas, pero en todo caso se hace poco concebible que el gobierno de Correa, jaqueado por las derechas mediáticas y empresariales, sea enfrentado a la vez por la CONAIE.

La insistencia de algunos grupos indígenas y feministas cuando la Constituyente ecuatoriana para que sus reivindicaciones específicas fueran atendidas en plenitud, llevó a momentáneos desequilibrios inmanejables para el gobierno. Proponer que el aborto fuera considerado en la Constitución era fuertemente impolítico, pues podía impedir la aprobación de la nueva Constitución en general, e incluso predisponía contra la misma a varios constituyentes del mismo movimiento gubernista.

Es evidente, a *contrario sensu*, que si los movimientos sectoriales no plantean con energía sus demandas, éstas nunca serán tenidas en cuenta. No se trata de proponer una simple subordinación de los movimientos a la política “estructural”, aun cuando esta sea entendida como espacio necesario de representación del conjunto de los intereses de los sectores populares.

Corresponde más bien plantear lo sectorial en una dialéctica de tensiones con lo general. Y, de tal modo, ubicar el propio movimiento social como “parte” diferenciada –y en su caso autónoma– dentro de un conglomerado social y político más abarcativo.

Por cierto que esto último es rechazado por la sensibilidad posmoderna, ligada exclusivamente a lo inmediato y particular. Pero en la Latinoamérica actual no cabe darse el lujo de favorecer a los sectores hegemónicos con la dispersión y oposición mutua de los movimientos populares. Por lo tanto, habrá que aprender a sostener la tensión de lo singular con lo general, de lo particular con lo universal, y hacer jugar productivamente la conflictiva relación entre ambos polos.

Bienvenida, entonces, la percepción de lo singular que lo posmoderno ha permitido visibilizando así sectores sociales variados, algunos milenarios como los indígenas, que por fin han podido desplegar ahora sus propios puntos de vista identitarios y políticos. La importancia epocal de esta situación es enorme, a la vez que difícil de valorar en pocos párrafos. Pero a la vez, se hace necesario impedir la dispersión implicada en que cada grupo reivindicativo atienda sólo a su juego específico.

En este aprendizaje nos sorprenden los tiempos; ojalá no sea demasiado tarde para los actuales gobiernos no proimperiales de la región, los cuales se debaten con dificultad entre sus búsquedas, sus inevitables errores, campañas permanentes de desestabilización opositora e imperialista, y situaciones económicas nada halagüeñas. Si a ello le agregamos las incomprensiones que reciben desde el propio campo de lo popular, la tarea de revertir siquiera un tanto el poder hegemónico puede volverse un imposible.

Libro de símbolos

Interpretación de imágenes

Andrés Ortiz-Osés

Edición a cargo de Javier Torres Ripa

A modo de Museo se ofrece una Galería de imágenes relevantes que enmarcan el sentido del devenir del hombre en el mundo. Un filósofo y un editor han confluído para articular la imagen visual y el sentido significativo de un modo unitario. Tras la Presentación y la Apertura, la obra trata en diez capítulos Símbolos artísticos, amorosos, religiosos, geográficos y musicales, existenciales, filmicos, culturales, filosóficos y trascendentales. Se trata de una revisión original de imágenes clásicas, modernas y posmodernas, realizada a través de la interpretación simbólica. Cierra el texto un Colofón sobre la existencia, un Epílogo sobre el hombre y un Apéndice abierto. Esta obra ha sido inspirada por la «inteligencia afectiva», y se reclama de la misma a la hora de ser asimilada por el lector.

Andrés Ortiz-Osés

Estudió en Huesca, Comillas, Roma e Innsbruck, donde se doctoró en Filosofía hermenéutica, asignatura que imparte como Catedrático en la Universidad de Deusto-Bilbao. Ha colaborado con el Círculo Eranos, y es Miembro de honor de la Sociedad Española de Psicología analítica. Especialista en la interpretación hermenéutica de símbolos, mitos y arquetipos culturales, ha dirigido el *Diccionario de hermenéutica* y el *Diccionario de la existencia*, y ha publicado entre otras obras: *Las claves simbólicas de nuestra cultura*, *Visiones del mundo*, *Filosofía de la vida*, *Mitología cultural*, *C.G. Jung (Arquetipos y sentido)*, *Heidegger y el ser-sentido*.



Características de la edición

ISBN: 978-84-9830-220-2
15 x 22cm. 208 págs.
Interior impreso a 5 tintas y con más de 90 ilustraciones.
Bilbao, 2010
Precio: **27,50 euros**

 **Deusto**

Publicaciones
Universidad de Deusto

Pedidos a **Publicaciones de la Universidad de Deusto**
Avda. Universidades, 24 • 48007 Bilbao
Tlf.: 944 139 162 • Fax: 944 456 817 • publicaciones@deusto.es
www.deusto-publicaciones.es





Mi camino hacia Marx: breve ensayo de autobiografía político-intelectual*

**My Path to Marx: Short Essay of Political and Intellectual
Autobiography**

Atilio Alberto BORON

*Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales,
Buenos Aires, Argentina.*

RESUMEN

Criado en un aluvión migratorio italiano y peronista seguí las transformaciones en el país de constantes pujas entre la religión, la educación y las intervenciones externas que me llevaron al exilio, resultado primero de los fanatismos franquistas de España que alimentaba las alucinaciones y el empeñados en reconstruir en la Argentina el paradisíaco orden de la cristiandad diabólicamente destruido a partir del Renacimiento y la Modernidad y seguido de la pocos años después, mal llamada “Revolución Argentina” que iría a confirmar el oportunismo del proyecto de formar “dirigentes católicos” para la renovación de la patria, renovación que venía de la mano de “la última aristocracia” al igual de la negación en la apertura al marxismo. El fecundo diálogo entre cristianos y marxistas me abrió la puerta para el estudio del marxismo y mi posterior intensa e ineludible adhesión esa teoría y esa cosmovisión. Un papel esencial en este tránsito que me permitió salir de la caverna a la cual se refiere Platón en su República y poder ver la luz del sol y la realidad tal

ABSTRACT

Raised in an Italian migrant Peronist barage i followed the changes in the country of constant bids between religion, education and external interventions that led me into exile, first because the result of Franco in Spain fanaticism that fueled the hallucinations and determined to rebuild Argentina in the heavenly order of Christendom diabolically destroyed since the Renaissance and Modernity and followed by a few years later misnamed “Revolución Argentina” that would confirm the expediency of the project to form “Catholic leaders” to renew country, one renovation that must come from the hand of “the last aristocracy” accompanied to the negation in the opening to Marxism. The fertile dialogue between Christians and Marxists opened the door for the study of Marxism and my subsequent intense and unswerving adherence to this theory and that worldview. An essential role in this transition allowed me to leave the cave to which Plato refers in his Republic and see the light of the sun

* Lo que sigue es una narración despojada de cualquier pretensión académica. Escrita al correr de la pluma, para usar un modismo condenado a la obsolescencia por las computadoras, y presionado por el tiempo he optado por prescindir de aportar las precisas referencias bibliográficas exigibles en una obra de mayor aliento.

cual es lo desempeñaron, además del clima ideológico de los sesentas y la influencia de los Jesuitas argentinos nucleados en el CIAS, preclaros heraldos de la teología de la liberación.

Palabras clave: Peronismo, dictadura, clases sociales, marxismo.

and the reality as it is played in addition to the ideological climate of the sixties and the influence of Argentina Nuclear Jesuits in CIAS, enlightened heralds of liberation theology.

Key words: Peronism, military dictatorship, social classes, Marxism.

POLITIZACIÓN PRECOZ Y LUCHA DE CLASES EN EL PRIMER PERONISMO

Mi interés por la política y el mundo de las ideas comienza muy tempranamente. Nacido en 1943, en los albores del peronismo, fui criado en un hogar de inmigrantes italianos que seguía con gran interés las transformaciones que se estaban produciendo en el país. Era un hogar especial dentro de lo que los sociólogos denominaban como “el aluvión migratorio”: uno en ascenso hacia el mundo de los sectores medios donde todos los días llegaban dos periódicos, *La Nación* y *La Prensa*, y la radio estaba permanentemente encendida. En otras palabras, mi familia de origen pertenecía a lo que podríamos llamar una baja clase media que lentamente fue ascendiendo social y económicamente hasta llegar a consolidarse en una posición socioeconómica relativamente acomodada y segura. Ese hogar estaba totalmente abierto a las comunicaciones gráficas y radiales y además era parte de una extensa red familiar de inmigrantes italianos en la cual el peronismo había introducido una cuña que periódicamente originaba, en las reuniones familiares, acaloradas discusiones sobre la naturaleza del nuevo régimen, sus logros y sus limitaciones. También, sobre los peligros que entrañaba para el país.

Yo recuerdo esas discusiones como la fuente de una precoz politización que dejaría profundas huellas en mi conciencia social, y sería un poderosísimo acicate que me llevaría inexorablemente a avanzar en un proceso de radicalización política que continúa hasta el día de hoy. Una politización que se potenciaba, además, al escuchar por la radio los vibrantes discursos pronunciados por Perón y Eva Perón en donde la apelación a la justicia social y a luchar contra la oligarquía y el imperialismo eran un dato permanente de sus alocuciones. Otra cosa que me intrigaba era una consigna que para desgracia de la izquierda y de la Argentina se popularizó en las jornadas de 1945: “libros sí, alpargatas no”. Los libros representando a las capas medias y la oligarquía, y para el pueblo las alpargatas sin libros, es decir, mantenido en la ignorancia. La respuesta del otro bando no fue demasiado constructiva que digamos: “alpargatas sí, libros no”, anticipando las enormes dificultades de una sociedad como la argentina para alcanzar algunos consensos básicos. En fin, cosas que nunca pude comprender del todo, excepto el daño que habrían de producir en las décadas sucesivas.

En suma, lo que aprendí en esos años como niño de hogar inmigrante fue, en lenguaje coloquial, lo que luego me enseñarían mis lecturas de la filosofía política, desde Platón hasta John Rawls, pasando naturalmente por Marx, Engels y toda la tradición marxista: que la justicia es la virtud primera de cualquier formación social. La intensificación de la lucha de clases durante el peronismo y su turbulento y violento final no solo acentuaron mi politización sino que, ya desde ese momento, sembraron de perplejidades mi percepción sobre el peronismo en los umbrales mismos de mi adolescencia: movimiento de una indiscutible raigambre popular pero, al mismo tiempo, conducido por un liderazgo —no sólo Perón sino también el Partido Peronista y la Confederación General del Trabajo— que en las decisivas jornadas de 1955 que preanunciaron su caída se abstuvo de llamar al pueblo a las calles para

defender su gobierno e impedir el triunfo de lo que ya desde ese entonces me sorprendía por la incoherencia de su nombre: “Revolución Libertadora”. Así se llamó al golpe militar que derrocó al peronismo sin que nadie del pueblo, mucho menos de las organizaciones peronistas, salieran a la calle para frustrar la intentona golpista o para reaccionar de modo distinto a como lo hacían los líderes del movimiento.

Ya desde mis tiempos de estudiante secundario mi vocación por las humanidades y, especialmente, la historia era muy marcada. Estando cursando el cuarto año, en 1958, ya tenía decidido estudiar Sociología. El intento de estabilización democrática que aparentaba venir de la mano del gobierno de Arturo Frondizi y las grandes luchas desencadenadas en torno a la llamada *Ley Domingorena*—cuyo artículo 28 abriría las puertas a las universidades privadas en la Argentina— profundizaron de manera irresistible y perdurable mi atención y mi interés por la política. Ese año 1958 fue memorable no sólo por el fin de la dictadura militar y el triunfo de Frondizi, en tácita alianza con el peronismo, sino sobre todo por las grandes movilizaciones populares provocadas por el debate entre la “enseñanza libre”, que así se llamaba el proyecto privatizador del gobierno en materia universitaria, y la “enseñanza laica.” Fue en esa coyuntura que reapareció otro rasgo que no dejó de impresionarme: la confusión con que en la Argentina se designaban distintos hechos de la vida política, vicio que persiste hasta el día de hoy. En realidad la “enseñanza libre” era un proyecto de la Iglesia precisamente para impedir tal cosa y reafirmar la imposición de su dogma sobre la creciente población universitaria; la discusión real era entre un Estado que debía ser laico, sobre todo en un país con la heterogeneidad étnica y cultural de la Argentina posterior a la inmigración masiva, o un Estado que, so pretexto de la “libertad de enseñanza” propiciara la aparición de universidades católicas y, luego, todo tipo de universidades privadas¹.

Poco después, ese gobierno acentuaría su derechización al reprimir severamente varias huelgas obreras y de empleados que se oponían a las políticas de ajuste que, ya desde ese entonces y por inspiración del FMI se estaban implementando en la Argentina. La traición de Frondizi al pacto sellado con Perón me indignó (menos por Perón que por el pueblo peronista) y lo mismo la actitud complaciente de los jefes políticos y sindicales del peronismo, para ni hablar de la que exhibían los principales dirigentes de las autodenominadas “fuerzas democráticas”, y muy especialmente el radicalismo en sus distintas variantes y el partido socialista. Esto era una reiteración del mismo sentimiento que se había apoderado de mí en Junio de 1955 cuando la salvaje polarización “peronismo-antiperonismo” hizo que las fuerzas reunidas bajo este último no condenaran enérgicamente el criminal bombardeo que los militares rebeldes efectuaron sobre la Plaza de Mayo, en Junio de 1955, dejando una estela de destrucción y un saldo de más de trescientas personas muertas e innumerable cantidad de heridos. Lejos de condenarlo se encerraron en un ignominioso silencio.

Cumplidos escasos dieciséis años, y estando ya finalizando el quinto año del colegio secundario, mis esperanzas de estudiar sociología sufrieron un rudo golpe. Al intentar inscribirme en el recién creado Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Le-

1 Esta perplejidad ante el hiato entre las palabras y las cosas se intensificó durante los años en que la “Revolución Libertadora” prohibió, por obra del absurdo Decreto Ley 4.161, la mención del nombre de Perón en cualquier sitio público o medio de comunicación. Jamás en la historia argentina una norma fue violada tantas veces como ésta, monumento insuperable a la estupidez de quienes querían superar históricamente al peronismo ... ¡prohibiendo la mención del nombre de su fundador!

tras de la Universidad de Buenos Aires se me informó que debido a que yo egresaba de una escuela comercial y no de un bachillerato humanístico, para ser admitido en la Facultad debía rendir doce materias de equivalencia en el Colegio Nacional de Buenos Aires entre las cuales sobresalían, amenazantes, varios latines, griegos, lógicas y otras cuya sola mención me paralizaba por completo.

La solución surgió de manera inesperada, al enterarme, casi de casualidad, que a finales de 1959 se estaban abriendo los cursos de ingreso de la Universidad Católica Argentina, y entre sus ofertas académicas se contaba la carrera de Sociología. Me costó superar mi desconfianza hacia esta alternativa porque, como buen hijo de la educación pública, jamás había pisado un instituto privado. Y si bien mis padres eran muy católicos siempre me habían dicho que las escuelas privadas, incluyendo las católicas, eran un simple negocio en donde, por añadidura, nada se aprendía. Todavía recuerdo la sentencia de mi padre: “allí van los hijos de los ricos, vagos que son promovidos año a año gracias a las billeteras de sus padres”. Por eso se comprende que sintiera una instintiva desconfianza hacia todo lo que fuera universidad privada y, segundo, ante cualquier cosa regentada por la Iglesia y su reaccionario Episcopado, cuya activa participación en el golpe militar que derrocó a Perón y la demagogia y manipulación practicada impunemente en los debates en torno a la *Ley Domingorena* estaban muy frescas en mi memoria. Pero la sola perspectiva de tener que perder un año preparando doce materias completamente desconocidas para mí, y nada menos que en el mítico Colegio Nacional Buenos Aires, fueron el aliciente decisivo que necesitaba para momentáneamente dejar de lado todos mis reparos. Me inscribí a regañadientes en la UCA, rendí con un magnífico promedio las cuatro materias exigidas para el ingreso y en Marzo de 1960 iniciaba mis estudios de Sociología².

LA VIDA ACADÉMICA Y EL CLIMA INTELECTUAL DE LOS SESENTAS

Un cúmulo de circunstancias fortuitas hizo de mi paso por la UCA una experiencia inolvidable. Insisto en lo de “fortuitas” porque el proyecto que tenía quien por ese entonces era su Rector, Monseñor Octavio Nicolás Derisi, no podía estar más alejado de mis intereses y de mis juveniles aspiraciones políticas. Derisi (y detrás de él todo el Episcopado) concibió a la UCA como una escuela de formación de los dirigentes católicos que el país necesitaría en muy corto tiempo, una vez que la frágil y engañosa primavera democrática llegara a su fin y el país volviera a ser regido por la cruz y la espada, tal como lo mandaban las Escrituras. La tenebrosa España de Franco era el faro que alimentaba las alucinaciones de estos fanáticos, empeñados en reconstruir en la Argentina el paradisíaco orden de la cristiandad diabólicamente destruido a partir del Renacimiento y la Modernidad. Pocos años después la mal llamada “Revolución Argentina”, otro dislate semántico al igual que su predecesora, iría a confirmar el oportunismo de este proyecto de formar “dirigentes católicos”

2 De todos modos, para una familia de inmigrantes y comerciantes como la mía, estudiar Sociología era casi lo mismo que autocondenarse a la desocupación permanente y convertirse en un paria social. El proyecto familiar, amorosamente elaborado para mi persona, era estudiar Contaduría y Administración de Empresas y hacerme cargo del pequeño comercio familiar. Por eso, mantuve en secreto mi ingreso a la UCA y, en cambio, mostré orgulloso la libreta universitaria de la UBA que me acreditaba como estudiante de la Facultad de Ciencias Económicas. En ella seguí durante un año y medio varias materias, en la carrera de Economía Política (y no en las que me había preasignado el mandato familiar), a la sazón dirigida por la doctora Rosa Cusminsky, de muy grato recuerdo y con quien me re-encontré, muchos años después, en el exilio mexicano. De su mano inicié mis primeros estudios en Economía, algo que he seguido haciendo hasta el día de hoy.

para la renovación de la patria, renovación que venía de la mano de “la última aristocracia”, como Leopoldo Lugones dio en llamar al ejército. La repugnancia de Derisi —una supuesta autoridad mundial en el estudio de la filosofía tomista— por el pensamiento científico y por toda reflexión filosófica que se apartara de las enseñanzas de la Iglesia y del tomismo era visceral y difícil de explicar en la época actual. Pese a ello, su ambicioso proyecto de formar una nueva camada dirigente imbuida de los ideales de la cristiandad medieval lo forzaban a aceptar, claro que a regañadientes, la creación, en el seno de la UCA, de una Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Confió la dirección de esa facultad a un laico social-cristiano y un hombre de buenas intenciones, Francisco Valsecchi, y dentro de esa Facultad admitió la creación de una carrera de Sociología a cuyo frente puso a José Enrique Miguens —un hombre culto e inteligente, aunque a veces un tanto obcecado— quien había realizado algunos cursos de posgrado con Talcott Parsons en Harvard y que era tolerado por la jerarquía católica debido a su elevado origen social. Derisi intuía que la nueva dirigencia que requeriría la Argentina debería irremediablemente contar con sociólogos y economistas católicos capaces de encauzar a nuestro país por el rumbo correcto.

Pero la Argentina de comienzos de los sesentas era un país que, luego de la frustración ocasionada por el gobierno de Frondizi, entraba en un proceso de creciente activación y movilización políticas que haría saltar los pesados cerrojos medievales con que Derisi había querido aislar a “su universidad.” Para su desgracia, los vientos de cambio arreciaban por doquier y azotaban también a la Iglesia Católica. El breve pontificado de Juan XXIII sacudió hasta sus cimientos a esa organización y el temblor desencadenado por el Concilio Vaticano II se sintió de manera muy intensa en la Argentina, precipitando una acelerada radicalización de jóvenes y no tan jóvenes que veían en el diálogo entre cristianos y marxistas y la opción preferencial por los pobres propiciados por el pontífice las señales de un cambio ideológico y político de extraordinaria envergadura. La Teología de la Liberación, en el plano teórico pero también práctico, y la proliferación de grupos tales como Sacerdotes por el Tercer Mundo, Cristianismo y Revolución, Economía y Humanismo, entre otros, fueron la expresión de este intenso período de cambios que, por un tiempo, arrasó con lo que quedaba de las vetustas y vacías estructuras eclesiales y laicas, como por ejemplo la Acción Católica Argentina o la Juventud Obrera Católica. Deberían transcurrir dos décadas para que, con el advenimiento de Juan Pablo II, ya en los ochentas, constituir con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, un trío apocalíptico destinado a restaurar el orden perdido y lanzar una contrarreforma cuyos dañinos efectos se sienten todavía al día de hoy.

Las profundas transformaciones de los sesentas, por supuesto, se manifestaban mucho más allá de las vetustas estructuras eclesiales: es la época de la descolonización de África y Asia y de la Revolución Cubana, cuando Fidel y el Che se proyectan como figuras heroicas que encenderían para siempre la imaginación juvenil. Son también los tiempos de la invasión yankee a la República Dominicana; de la heroica lucha del pueblo vietnamita que derrocaría primero a los franceses y luego a los estadounidenses; son los años en donde se consuma liberación nacional en Argelia y donde surgen los No-Alineados; del Mayo del 68 en Francia y toda Europa; de la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos; del inicio de la carrera espacial entre Estados Unidos y la Unión Soviética, entre tantos otros acontecimientos y procesos de similar portada. Y, también, de la irrupción del rock, los Beatles, el *boom* de la literatura latinoamericana, la minifalda, el pelo largo y la liberación sexual, todo entrelazado con un fenomenal y acelerado desarrollo tecnológico y científico que creó un mundo que no podía siquiera ser imaginado, en la peor de las pesadillas de Derisi y compañía, apenas quince años atrás.

En ese contexto, profesores como el ya nombrado Miguens, Francisco Suárez, Eduardo Zalduendo, Justino O'Farrell, José Luis de Imaz, Antonio Donini, Janine Puget, Raúl Usandivaras, Floreal Forni y tantos otros encontraron allí un espacio sumamente receptivo para difundir sus renovadoras ideas. El fecundo diálogo entre cristianos y marxistas, que repugnaba a la mentalidad de Cromagnon imperante en la conducción de la UCA, fue el que me abrió la puerta para el estudio del marxismo y mi posterior intensa e inaudible adhesión esa teoría y esa cosmovisión. Un papel esencial en este tránsito que me permitió salir de la caverna a la cual se refiere *Platón* en su República y poder ver la luz del sol y la realidad tal cual es lo desempeñaron, además del clima ideológico de los sesentas, dos influencias puntuales: mi familiaridad con la obra realizada por varios Jesuitas argentinos nucleados en el CIAS (*Centro de Investigación y Acción Social*), preclaros heraldos de la teología de la liberación y, sobre todo, la lectura de un texto maravilloso de un Jesuita francés, Jean-Ives Calvez, recientemente fallecido. Jean-Ives, a quien con el correr de los años pude conocer y disfrutar de su amistad y su sabiduría, escribió *El pensamiento de Carlos Marx*, originariamente publicado en Francia en 1956 y que llegó a la Argentina a mediados de los sesentas. Ese texto ejerció una influencia enorme entre muchos de mi generación. Y en lo que a mí respecta me franqueó definitivamente la puerta para internarme y nutrirme en la tradición marxista. El de Calvez es un libro extraordinario que merece leerse todavía hoy, puesto que allí se demuestra irrefutablemente la superioridad del análisis social de Marx y su método de investigación. En otro plano, otro libro importante que fue una especie de quinta columna dentro de una academia que –tanto en Estados Unidos como en las nuevas escuelas de Sociología que comenzaban a proliferar por América Latina– rechazaba visceralmente al marxismo fue el de Ralf Dahrendorf: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Sin plegarse por completo a las conclusiones del filósofo de Tréveris, Dahrendorf tuvo el mérito de derribar la columna central de las teorías hegemónicas en el campo de las ciencias sociales –que giraban en torno a la gran síntesis realizada por Parsons en los años cincuentas y sesentas– al plantear que era el conflicto de clases y no el consenso sobre los valores fundamentales lo que constituía la columna vertebral de las sociedades contemporáneas³.

A finales de 1964, casi cinco años luego de haber ingresado, rendía mi última materia en la UCA. Pocos meses más tarde, en Abril de 1965, entregaba mi Tesina de Licenciatura sobre los conflictos sociales en la década del treinta en la ciudad de Buenos Aires. Meses después era contratado por el Departamento de Sociología de la UCA como “Auxiliar Docente”, trabajando en la cátedra de José Enrique Miguens y dando comienzo, de ese modo a mi carrera académica. Ya por entonces había tomado contacto con los cursos que desde la Universidad de Buenos Aires se ofrecían el Departamento de Sociología, lo que me había permitido familiarizarme con la obra de Gino Germani, Torcuato Di Tella y Jorge Graciarina y sus discípulos, entre otros. No podía hacerlo regularmente porque no era alumno de la Universidad de Buenos Aires, pero nada impedía que me sentara a sus clases, asistiera puntualmente a todos los eventos que allí se organizaban y, muy tempranamente, comenza-

3 Traducido al castellano por la editorial española RIALP, en plena época del franquismo, la edición que llegó a manos del público hispanoparlante ¡no incluía el último capítulo de la obra tal cual se registra en la edición original en lengua inglesa! Esto sirvió para que muchos reaccionarios dentro de la academia la descalificasen porque, efectivamente, los cabos sueltos que allí se ataban no estaban presentes en la traducción creando una serie de confusiones y perplejidades que la derecha intentó capitalizar. Pero ya era demasiado tarde. El férreo cascarón dentro del cual nos aprisionaban se había irreparablemente agrietado.

ra a familiarizarme con la nueva sociología latinoamericana. Por otra parte, desde 1962 me había vinculado al Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella trabajando como ayudante de investigación de Eduardo Zalduendo y, en 1965, fui invitado a participar en un proyecto dirigido por Torcuato Di Tella sobre las estructuras ocupacionales y de clase en países latinoamericanos. Gracias a este nuevo trabajo, que requería un pormenorizado análisis de los materiales censales de varios países de la región, pude comenzar un proceso de “latinoamericanización intelectual” que prosigue sin pausas hasta el día de hoy. El proyecto estaba alojado en lo que por entonces se llamaba Centro de Sociología Comparada del Instituto Di Tella, a la sazón dirigido todavía por Gino Germani poco tiempo antes de su voluntario exilio en Harvard. Esos fueron años muy fecundos para mi formación de sociólogo, porque me permitieron completar el valioso bagaje intelectual adquirido en la UCA con los enfoques y perspectivas predominantes en la UBA. Pude comprobar, no sin sorpresa, que las diferencias entre unos y otros eran bastante menores de lo que se suponía. La razón era bien simple: a pesar de las discrepancias que pudieran existir en el plano de las ideas políticas entre ambos departamentos, el peso de la sociología norteamericana era tan fuerte en la Argentina (y en América Latina) de comienzos de los sesentas que hacía que aquellas pasaran a un segundo plano. Los autores estudiados eran los mismos, como iguales eran las teorías y los conceptos que aprendíamos de nuestros profesores. En la UBA, sin duda, había algunos profesores que enseñaban un poco más de marxismo y el debate teórico era más fuerte, en parte por la presencia de un vigoroso movimiento estudiantil. Pero las materias troncales de la formación sociológica reproducían fielmente el pensamiento norteamericano en la materia. No obstante, la crítica a esa sociología ya brotada por todos lados y a la obra de C. Wright Mills—especialmente su libro *La imaginación sociológica*—se le sumaba una creciente andanada crítica proveniente de la intelectualidad radicalizada de América Latina de aquellos años, en donde sobresalían los nombres de Pablo González Casanova, Florestán Fernández y su discípulo Fernando Henrique Cardoso (que extraviaría su rumbo una vez convertido en político y, luego, presidente de Brasil), Aníbal Quijano, Octavio Ianni, Edelberto Torres Rivas y, en la Argentina, el propio Di Tella, Silvio Frondizi y, de modo más atenuado, en la obra de Gino Germani. Una gran conferencia, organizada por Germani en 1964 en el Instituto Di Tella, me permitió conocer personalmente y establecer un contacto permanente a muchos de ellos. Con el correr de los años varios serían mis maestros en la FLACSO, cuando la serie de golpes de estado iniciada en Brasil en 1964 nos reuniría a todos en Santiago de Chile.

En lo que hace a mi experiencia política ésta todavía era muy limitada: desde 1961 había acompañado una iniciativa promovida por un grupo de cristianos radicalizados, ya muy influidos por la Teología de la Liberación. Varios grupos se conformaron al calor que irradiaba este nuevo enfoque: uno de ellos era Cristianismo y Revolución; otro el Centro Argentino de Economía Humana, una agrupación inspirada en las prácticas del dominico francés Joseph Lebret (fundador junto a François Perroux de *Economía Humana*) en los barrios populares de las grandes ciudades de algunos países de Europa y América Latina. Esto me permitió participar en el dictado de algunos cursos sobre temas económicos y sociales en la CGT, que ya desde 1964 había comenzado un Plan de Lucha que culminaría con la ocupación de miles de fábricas y un hostigamiento cada vez mayor al gobierno de la época. Un componente de ese plan era el fortalecimiento de la educación de los militantes y dirigentes de base. Visto en perspectiva histórica el Plan de Lucha decretado en contra del gobierno de Arturo U. Illía fue un serio error porque pese a sus limitaciones y a su ilegitimidad de origen (Illía había ganado las elecciones presidenciales de 1963 en las cuales las fuerzas armadas impusieron la proscripción del peronismo) toleró la insurgencia obrera a la vez

que daba claras señales de querer legalizar al peronismo, cosa que no se correspondía con los planes del jefe del movimiento, por entonces exiliado en Madrid, que prefería mantener la proscripción de su movimiento hasta el momento en que tácticamente resultara oportuno cambiar de posición. Lo que sí ocurrió fue que la insurgencia obrera –que no planteaba la expropiación de los patronos ni el control obrero de las fábricas sino que se limitaba a ocuparlas, en un típico gesto de ambivalencia peronista– abrió paso al golpe militar que se consumaría poco más tarde, en 1966. Es preciso recordar que a diferencia de los anteriores, ese golpe contó con la complacencia y complicidad precisamente del sector más reaccionario de la dirigencia sindical peronista, que no veía con buenos ojos los cursos de formación que se estaban impartiendo a lo ancho y a lo largo del país. Los principales capítostes de la CGT, encabezados por su líder Augusto Timoteo Vandor, participaron, para su eterno deshonra, en la jura del nuevo presidente golpista en la Casa Rosada, hijo putativo de la Escuela de las Américas y el Opus Dei.

Aquella experiencia educativa, facilitada por la división que se estaba produciendo en el seno de la CGT entre el sindicalismo peronista tradicional y uno de nuevo cuño y que promovía este proceso formativo –entre los cuales figuraban dirigentes como Raymundo Ongaro, Agustín Tosco, Atilio López y otros similares– me permitió conocer al movimiento obrero en sus propias raíces: la generación de los delegados de base, gracias al dictado de innumerables conferencias y cursos breves en diferentes provincias de la Argentina⁴. Y me convenció de que lo que luego se pasaría a denominar “la burocracia sindical” tenía raíces muy profundas y, además, muy democráticas en su origen, a pesar de la degeneración que se iba produciendo a medida que los líderes emergentes ascendían en la pirámide del poder sindical. Y me convenció también que la estrategia que luego seguirían los Montoneros para combatir a los jefarcas sindicales estaba irremisiblemente condenada al fracaso: creían, como algunos sectores de la izquierda sectaria de ayer y de hoy, que existía un “impulso revolucionario” de las masas que era abortado y traicionado por una dirigencia corrupta, y que bastaría con eliminarla para que aquél floreciera con fuerza. La prueba es que por cada uno que eliminaban surgían, como en la hidra de mil cabezas, nuevos jefes dotados con las mismas cualidades e igualmente propensos a traicionar los intereses y objetivos históricos de las clases trabajadoras.

GOLPE DE ESTADO Y EL COMIENZO DE UN LARGO EXILIO

Mi carrera académica y mi experiencia política práctica se vio abruptamente interrumpida por el golpe de estado de 1966 que puso fin al gobierno de Arturo Illía, un hombre honesto, un médico de un pueblito perdido en el norte de la provincia de Córdoba y de corazón progresista, que había desafiado al imperialismo (sin que su propio partido, la Unión Cívica Radical tuviese el valor de acompañarlo) al negarse a colaborar y condonar la invasión de la República Dominicana en 1965, promover una nueva política en materia de medicamentos que afectaba a intereses norteamericanos y proponer una revisión de los contratos petroleros que Frondizi había firmado según el dictado de la Embajada. Una escena imborrable, que me daría una lección inolvidable sobre la ingratitud en la política, tal como lo había teorizado Maquiavelo, fue la solitaria salida de la Casa Rosada del presidente Illía,

4 Entre los compañeros que participaron de ese empeño destacan Héctor Abrales, desaparecido durante la dictadura militar; Floreal Forni, Héctor Goglio, Juan Carlos Iorio, Félix Herrero, entre otros.

sacado literalmente a empellones por un pelotón del Ejército y acompañado apenas por cinco o seis militantes que sólo atinaban a gritar su repudio a la nueva dictadura. Sintiendo que de la mano de Juan Carlos Onganía, el nuevo espadón golpista, había llegado su hora Derisi aprovechó para dismantelar y desaparecer el Departamento de Sociología, cuna de tantas herejías que, en otro tiempo, hubieran merecido la hoguera.

De la noche a la mañana me encontré sin trabajo en la UCA, con la UBA intervenida luego de una brutal represión que pasó a ser conocida como “la noche de los bastones largos”, por lo tanto, sin salida laboral alguna a la vista. Sobreviví haciendo algunos trabajos como encuestador para algunas firmas privadas pero con la firme decisión de continuar mis estudios de posgrado lo antes posible. Ya estaba casado y tenía una hija recién nacida, lo que tornaba mi precaria situación laboral bastante angustiante. Además, desde poco antes del golpe había comenzado a recibir amenazas llamadas telefónicas por mi creciente protagonismo en la UCA, que se intensificaron notablemente una vez que los militares se instalaron en la Casa Rosada, lo que tornaba sumamente aconsejable abandonar por un tiempo el país hasta que el clima aclarase. Pero, carente de recursos, para ello tenía que ser admitido en algún posgrado que se hiciera en el extranjero y, además, obtener una beca. Casi simultáneamente con el golpe había recibido una mala noticia: la Universidad de California/Berkeley había rechazado mi solicitud de admisión para hacer allí mis estudios doctorales. Pero la fortuna, esa que según Maquiavelo gobierna la mitad de nuestras vidas, poco después me sonreiría: me enteré, gracias a Torcuato Di Tella que la gente de FLACSO vendría a Buenos Aires a reclutar estudiantes para su recién creada Maestría en Ciencia Política. La entrevista, a cargo de Werner Ackerman, resultó muy exitosa y a fines de año me llegaba la carta de admisión. En febrero de 1967 ya estaba en Santiago. Creo, sinceramente, que a la luz de los acontecimientos posteriores, esa entrevista me salvó la vida. Prácticamente la mitad de mis compañeros de curso en la UCA murieron o desaparecieron en la lucha armada de la Argentina de los setentas, y las probabilidades de que yo, que convivía diariamente y trabajaba políticamente con ellos, hubiera podido sustraerme al involucramiento directo en la guerrilla sin correr su misma suerte eran prácticamente inexistentes⁵.

En FLACSO tuve la suerte de integrarme a un grupo notable de jóvenes científicos sociales de América Latina y de recibir orientación y consejo de un conjunto no menos destacado grupo de profesores. Entre los segundos quiero destacar al ya mencionado Fernando H. Cardoso, quien posteriormente sería presidente del Brasil; Ricardo Lagos, quien luego ocuparía el mismo cargo en Chile; Francisco Weffort, posteriormente ministro de Cultura del Brasil; Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel, dos notables economistas chilenos; Glaucio A. Dillon Soares, Carlos Fortín, Johan Galtung, a todos los cuales habría que agregar un distinguido equipo de docentes extranjeros que FLACSO trajo a Chile para impartir algunos cursos. Sobresalían en este grupo Gino Germani (por entonces radicado en Harvard); Hayward Alker (MIT); Karl W. Deutsch (Harvard); Robert Dahl (Yale) y Natalio Botana, que recién retornaba luego de su doctorado en Lovaina y tomó a su cargo los cursos de Filosofía Política. Recuerdo con nostalgia esos años en donde Botana, aclarando explícitamente que su perspectiva política era la del constitucionalismo liberal (a diferencia de tantos colegas

5 Entre ellos cabe mencionar a Juan Carlos “Lalo” Alsogaray, Patricio Biedma, Fernando Perera, Hugo Perret, Rafael “Palito” Olivera, Nora Rodríguez Jurado, José Luis Dios y Raúl Julián Castro Olivera, en una lista que está muy lejos de ser exhaustiva porque en total fueron veinte, incluyendo los de otras facultades. Otros, como el cineasta Federico Urioste, se salvaron milagrosamente y continúan su lucha desde otros lugares.

que, aún hoy, ocultan su punto de vista y su ideología, y posan de “neutrales” ante sus estudiantes) se trababa en interminables discusiones sobre la libertad, la democracia y la justicia con muchos de nosotros, ya ganados por el marxismo u otra perspectiva crítica y entusiasmados por los avances del movimiento popular en Chile⁶.

Fue luego de dos intensos años de estudios de Maestría que mis intereses intelectuales comenzaron a perfilarse de modo muy definido. Hasta ese momento mi preocupación se inscribía en lo que de modo un tanto laxo podía definirse como la sociología política. Mi formación de base había sido la de un sociólogo, aunque siempre inclinado hacia la problemática sociopolítica y con un creciente dominio de la literatura marxista clásica, sobre todo, la obra de Marx y Engels, a partir del estímulo recibido por la lectura del texto de Calvez. Los dos años transcurridos en Chile, 1967 y 1968, me habían otorgado una sofisticada formación en ciencia y filosofía política y los grandes problemas de estas disciplinas comenzaban a ocupar un lugar central en mi agenda de trabajo. Mi tesis de Magíster en FLACSO versó sobre el comportamiento electoral en Chile entre los años 1920 y 1967, y en ella hacía uso de un sofisticado aparato metodológico y cuantitativo en donde el análisis factorial y las ecuaciones de regresión y sus diferentes coeficientes se combinaban cada vez con mayor frecuencia con preocupaciones filosóficas más profundas referidas al buen gobierno, a la buena sociedad, la justicia y la democracia, cuestiones éstas que remitían directa o indirectamente a la influencia que el pensamiento marxista ya ejercía con mucha fuerza sobre mi persona. Uno de los méritos principales de ese estudio, que lamentablemente fue publicado en diversos fragmentos, fue el de haber sido la base histórica y empírica que me permitió predecir, contra prácticamente todos los pronósticos de la época, el triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales chilenas de 1970. Sólo el sociólogo español Joan Garcés compartía mi optimismo. Recuerdo con claridad que hasta el círculo íntimo de Allende, e inclusive los socialistas y comunistas que estaban en FLACSO, veían ese pronóstico como una imposibilidad histórica. Entre ellos, uno que me honró con su amistad, Clodomiro Almeida (quien posteriormente sería el brillante Canciller de Salvador Allende) que pocas semanas antes de las elecciones del 4 de Septiembre de 1970 aconsejaba desde las páginas de *Punto Final*—esa referencia imprescindible, ayer y hoy, para todo el pensamiento de izquierda de América Latina— “abandonar definitivamente el ilusionismo electoral.” Don Cloro se equivocó, como poco después lo reconocería con su conocida hidalguía.

6 Menciono simplemente algunos de mis compañeros de esos años: José Miguel Insulza, Oscar Cuellar, Angel Flisfisch, de Chile; Luiz Alberto Gómes de Souza, Deodato Rivera, Edmundo Fernández Díaz, Orlandina de Oliveira y Edimilson Biselli, de Brasil; Ricardo Cinta y Humberto Muñoz, de México; Joaquín Duque y Ludgerio Camúes, de Colombia; Fernando Lecaros, de Perú; Rolando Franco, del Uruguay; José Luis Nájenson, Jorge Padua, Carlos M. Vilas y Ernesto Cohen, de Argentina; Patrick Arguello Ryan, de Nicaragua; Victor Wallis y Paul Ouquist, de Estados Unidos, entre otros. Sus trayectorias posteriores no podrían haber sido más disímiles: Flisfisch, uno de los más radicales, se acercó (demasiado) a la ciencia política norteamericana y se convirtió en un funcionario de alto rango de diversos gobiernos de la Concertación chilena; Nájenson abandonó su preocupación por los debates en torno a los soviets de 1905 y 1917 y abrazó el sionismo; Gómes de Souza siguió fiel a su visión radical inspirada en la Teología de la Liberación y su labor junto al “obispo rojo” de Brasil, don Helder Cámara; Insulza, llegó a ser Canciller de Chile y Secretario General de la OEA, y para su orgullo el primero electo y re-electo sin el apoyo de Estados Unidos, y Arguello Ryan termina su vida como guerrillero de las causas nicaragüense y palestina, secuestrando en 1970 el avión de El Al junto a Leila Khaled y muerto en esa operación. Arguello Ryan e Insulza habían nacido en 1943: Patrick en Marzo, José Miguel en Junio. Toda una síntesis de nuestra generación.

Al concluir mis estudios de Maestría las autoridades de FLACSO me invitaron a unirme a su planta docente. En Marzo de 1968 me designan como Instructor y, dos años más tarde como Profesor Asistente. Ya para entonces había presentado mi solicitud para culminar mis estudios doctorales en Ciencia Política en Harvard, obedeciendo a las sugerencias de las autoridades de la FLACSO y los buenos consejos que durante su estancia en Chile me dieran Gino Germani y Karl Deutsch. En 1969 y a modo exploratorio asistí a los cursos de verano ofrecidos en la Universidad de Michigan por el *Inter-University Consortium for Political Research*. Durante las ocho semanas de duración del curso me sumergí por completo en las más avanzadas técnicas cuantitativas de análisis en virtud de las cuales el ICPR había adquirido fama internacional. El resultado fue una duradera desilusión con este tipo de instrumental, altamente sofisticado para la medición de cuestiones triviales pero incapaz de ofrecer respuesta alguna a preguntas muy significativas como las que ocupaban mi atención por esos años. Todo esto, naturalmente reforzó mi apreciación de los méritos del enfoque metodológico y epistemológico del marxismo, impulsándome a desoír definitivamente los cantos de sirena del positivismo y de su pseudo rigurosidad. Habiendo sido aceptado por Harvard, el inédito desarrollo de la lucha de clases en Chile desde mediados de los sesentas, la certeza que abrigaba del inminente triunfo electoral de la Unidad Popular me alentaron a solicitar una prórroga de la beca. Sin embargo, luego de dos postergaciones sucesivas y habiendo sido rechazada mi tercera solicitud de prórroga, Harvard me enfrentó con un dilema de hierro: o me hacía presente para iniciar mis cursos doctorales o me cancelaban definitivamente la beca. Por eso, a comienzos de 1972 partí hacia los Estados Unidos. Cerré mi casa en Chile y se la dejé a unos amigos y, excepto unos pocos libros que me llevaría conmigo, dejé todo en su lugar. Mi plan era cursar todas las materias obligatorias del doctorado en un año, tomar medio año más para rendir los temidos “exámenes generales” y regresar a escribir mi tesis en Chile y sobre la inédita experiencia liderada por ese hombre ejemplar, Salvador Allende, que confiaba en poder construir el socialismo —o al menos iniciar la transición hacia— dentro del marco de la institucionalidad burguesa. Todavía está por escribirse la biografía política de ese latinoamericano ejemplar, que cuando arreciaba el aislamiento impuesto a Cuba jugó todo su inmenso prestigio nacional e internacional y, asumiendo la Presidencia de la OLAS, la *Organización Latinoamericana de Solidaridad*, le brindó una mano amiga a la revolución cubana, cosa que Fidel recuerda con emoción hasta el día de hoy. La derecha chilena, reaccionaria hasta la médula en todas sus variantes —desde el conservadorismo hasta la democracia cristiana— y el imperialismo jamás le perdonaron a Allende por ese gesto. Y el diario *El Mercurio* fue el mercenario mediático que no cejó de zaherir y difamar ni un solo día a ese patriota latinoamericano, especialmente luego de la creación de la OLAS. El infausto golpe del 11 de septiembre de 1973 me obligaría a permanecer en Cambridge, Massachussets, hasta Agosto de 1976, período de intenso y, por momentos, desgarrado aprendizaje al tener ante mi vista la inexorable descomposición de la vida pública argentina. Ya no sólo no podía regresar a Chile, habiendo sido mi casa saqueada por los militares y mis libros quemados en la calle, sino que tampoco podía hacer lo propio en la Argentina. Me dediqué a colaborar en la lucha por tratar de salvar la vida de muchos de mis amigos que quedaron en Chile y, en uno de esos actos de solidaridad con el pueblo chileno y repudio al golpe pinochetista organizados en la zona estratégica de Harvard Square tuve “el placer” de conocer a los hermanos Piñera, cuando se acercaron a tratar de desbaratar nuestro acto con un grupo de choque, lo que originó un violento incidente que, por suerte, no frustró nuestros propósitos de denunciar los crímenes que estaba cometiendo Pinochet. Uno de ellos, José, fue luego Ministro de Pinochet y el ar-

tífico de la privatización (hoy quebrada) del sistema de seguridad social chileno; y el otro, Sebastián, acabó siendo elegido Presidente de Chile en Enero de 2010.

En Harvard mis intereses académicos y mi identidad política terminaron de definirse, si bien menos por méritos de la universidad (que sería absurdo menospreciar) que por la acelerada descomposición que se estaba registrando en la vida política latinoamericana. Tuve la fortuna de llegar en un momento en donde el florecimiento intelectual de Harvard era impresionante debido a una inédita apertura que permitía la convivencia de académicos conservadores, liberales, social demócratas e inclusive marxistas. Nunca antes se había experimentado algo igual y, lamentablemente, a partir de la reacción neoconservadora que se abatiría sobre los Estados Unidos desde finales de los años setentas, nunca más iría a recrearse ese riquísimo ambiente universitario animado por la presencia de figuras de una talla intelectual insuperada desde entonces. Grandes profesores como los ya mencionados Germani y Deutsch alternaban con Barrington Moore Jr., Carl Friedrich, Harvey Mansfield Jr., John Rawls, Samuel P. Huntington, Seymour M. Lipset, Daniel Bell, Talcott Parsons, Alexander Gerschenkron, John Womack, Louis Hartz, Joseph Nye y tantos otros de su mismo nivel, algunos de ellos en el MIT como Hayward Alker y Suzan Berger. Un ambiente en donde el pensamiento de izquierda había logrado establecerse con fuerza, y en donde quienes no compartían esa perspectiva adherían mayoritariamente a versiones más o menos democráticas y tolerantes del ideario liberal. No exageraría si dijera que mis años en Harvard marcaron definitivamente mi agenda intelectual, coronando un proceso iniciado en Buenos Aires en la Universidad Católica y en el Di Tella, y continuado en el Chile turbulento y tremendamente movilizado de finales de los años sesentas. Esos años en Harvard, depositaria de un deslumbrante acervo sobre el pensamiento socialista y heredera de la biblioteca de León Trotsky, fueron absolutamente decisivos en mi consolidación como un pensador marxista: ya no como un sociólogo o politólogo sino como un intelectual de amplio espectro, fiel a la tradición de Marx que fue a la vez filósofo, sociólogo, historiador y economista, aparte de otras aficiones a las cuales también les dedicaba cierto tiempo. Recorrí los pasillos de la Biblioteca Widener de arriba abajo durante cada día de mi estancia en Harvard, y siempre aprendía algo nuevo.

Tal como lo dijera, mi plan original en Harvard era continuar y profundizar mis estudios sobre la evolución política chilena. Esta decisión se basaba –aparte del atractivo de estudiar la política de un país como Chile, con divisiones ideológicas y partidarias tan nítidas que contrastaban, aún hoy, con la tremenda confusión que el peronismo ha introducido en la vida política argentina– en el hecho de que FLACSO quería que al terminar mis estudios regresara a ocupar mi puesto en el plantel docente de la institución. Dado que las perspectivas que ofrecía la Argentina no eran para nada halagüeñas mi tendencia natural fue a aceptar el ofrecimiento y adecuar mi agenda de investigación a lo que sería mi próximo destino académico. Sin embargo, cuando el 11 de Septiembre de 1973 se produce el golpe de estado en Chile y en los días subsiguientes la televisión estadounidense transmitía las imágenes de la represión del régimen sentí que las propias premisas de mi investigación se derrumbaban tan estruendosamente como el Palacio de La Moneda. ¿Qué sentido podía tener estudiar un proceso de evolución democrática y electoral hacia el socialismo cuando el mismo había desembocado en la instauración de una sanguinaria dictadura militar? En medio de mis cursos dejé de lado el proyecto original, escribí un largo artículo sobre el proceso político chileno que, poco después, fue publicado por *Foro Internacional*, la revista de *El Colegio de México*, bajo el título “Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile” y archivé definitivamente los materiales que había traído de Santia-

go para sustanciar mi tesis. El país me dolía demasiado como para poder dedicarle dos o tres años de intensa labor investigativa para mi disertación.

Este vuelco, unido al acelerado deterioro de la situación argentina, me convencieron de dos cosas: en primer lugar, la necesidad de buscar un nuevo tema para mi tesis doctoral. En segundo lugar, que ante la clausura sufrida por FLACSO bajo el gobierno militar mi futuro laboral se veía ensombrecido, y a esa altura ya era padre de una niña y un niño que tenían necesidades concretas que no podían ser satisfechas con mi mera curiosidad intelectual. Lo que hice entonces fue concentrarme totalmente en mis estudios con el propósito de terminar mi doctorado lo antes posible. Preocupado por el destino de la Argentina (obsesión que me persigue hasta el día de hoy) decidí estudiar el período fundacional de la Argentina moderna, que da principio con las jornadas de Octubre de 1945 y la aparición del peronismo. Pero para ello se hacía necesario examinar la naturaleza del período previo, que había sentado las bases de un modelo oligárquico-dependiente sumamente exitoso pero marcado a fuego por un notable grado de inequidad e injusticia sociales y que, luego de la Gran Depresión de los años treinta, se enfrentaba a su inexorable ocaso. Se trataba, en otras palabras, de un prolegómeno necesario para el estudio más profundo y detenido sobre los orígenes del peronismo y su desempeño histórico, que lo habían revelado como incapaz de desarrollar el capitalismo y completamente desinteresado en construir una alternativa socialista. La urgencia por desentrañar el origen y destino de este movimiento, profundamente popular pero, a la vez, totalmente comprometido con el mantenimiento de la sociedad capitalista, se tornó imperiosa cuando a su regreso, en 1973, el General Perón consintió el funcionamiento de la Triple A, ese infame grupo paramilitar dedicado a exterminar izquierdistas y que, seguramente, había asesinado a varios de mis amigos.

Para desentrañar la tragedia en que se estaba sumiendo la Argentina era imprescindible examinar el suelo histórico en el cual había crecido ese fenómeno tan peculiar de mi país y que no existe, con igual intensidad y tan larga perdurabilidad, en ningún otro de Nuestra América. Sólo que ese estudio introductorio del régimen oligárquico se transformó, como suele ocurrir, en un objeto independiente que terminó postergando lo demás. Obedeciendo a un sabio consejo de Gino Germani me propuse hacer la tesis durante mi estancia en los Estados Unidos porque, según el viejo profesor, al menos en aquella época ocho de cada diez retornados a América Latina sin su tesis aprobada jamás la terminaban de escribir y yo no podía darme ese lujo. Y aceptando otro consejo, igualmente útil, esta vez de Barrington Moore y Karl Deutsch, me obligué a redactar mi tesis doctoral en inglés, para evitar la tarea de Sísifo de escribir no una sino dos veces la disertación: una en castellano y, luego de su traducción al inglés, una nueva redacción en esta lengua. Estos consejos fueron sumamente útiles y me permitieron terminar todos mis cursos, rendir los exámenes comprensivos que se requerían para ser declarado “Ph. D. Candidate” (y sortear los temibles *Generals*) y completar mi tesis doctoral—un mamotreto de 696 páginas sobre la *Formación y Crisis del Estado Oligárquico-Liberal en la Argentina: 1880-1930*— en escasos cuatro años y medio. A finales de Julio de 1976, exactamente el 26 de Julio de ese año, como un primer homenaje intelectual a la Revolución Cubana, entregaba mi tesis doctoral y pocas semanas después partía rumbo a México. Corresponde mencionar que la misma jamás fue publicada. Harvard University Press se ofreció a hacerlo, pero me exigían reducir su tamaño a la mitad. Por supuesto, rechacé cortés pero firmemente un ofrecimiento que, en mi fuero íntimo, era un insulto. Luego la traduje al español pero mi traslado a México y la inevitable redefinición de mi agenda de preocupaciones en el nuevo contexto en que me hallaba me obligaron a postergar indefinidamente

la revisión final que necesitaba para su publicación. Se trata de una asignatura pendiente que, tal vez, en los próximos años pueda finalmente aprobar.

LA ETAPA MEXICANA

Ya había tenido antes la oportunidad de visitar a México, país que me cautivó ni bien puse pie en tierra. El México del 76 estaba profundamente marcado por la fuerte orientación tercermundista que le había impreso el presidente Luis Echeverría Álvarez, la solidaridad con las víctimas y la resistencia a las dictaduras y por el entusiasta apoyo a la gesta de los sandinistas, que culminaría con su gran victoria en 1979. En ese marco, poco me costó sumergirme de lleno en los debates precipitados por la coyuntura con un polémico artículo en donde criticaba a quienes utilizaban equivocadamente, a mi juicio, el concepto de fascismo para caracterizar a las sangrientas dictaduras de la región Éstas, a diferencia de aquél, no tenían ni intención ni capacidad alguna de movilización y activación de los sectores medios para convertirlos en baluartes de sus regímenes; tampoco tenían condiciones para encarar un proyecto que potenciara la gravitación de sus “burguesías nacionales” en una fase del capitalismo signada por su acelerada internacionalización y el predominio indiscutido de las grandes transnacionales, que habían dado cristiana sepultura a lo que, con su habitual sarcasmo, el Che denominaba “burguesías autóctonas”, porque de nacional no tenían nada. Además, tal cual lo dije en repetidas ocasiones en varias mesas redondas organizadas en México, bajo las dictaduras del Cono Sur Antonio Gramsci no hubiera sobrevivido ni un par de días bajo Videla o Pinochet. Eran todavía peores, y la consigna no servía porque replicaba mecánicamente una caracterización que había sido justa para algunos países europeos en el período de entreguerras pero que el desarrollo del capitalismo había enviado al museo de antigüedades⁷.

En los días inmediatamente posteriores al golpe chileno los esbirros de Pinochet habían irrumpido en las instalaciones de FLACSO y, sin más trámite, fusilaron a dos de nuestros estudiantes, no por casualidad los dos procedentes de Bolivia. Ese crimen paralizó a la institución durante varios años, y ante la imposibilidad de seguir ofreciendo sus programas de posgrado en Chile y la descomposición de la vida intelectual (además de social y política) de la Argentina de mediados de los setentas, que impedía a la sede de FLACSO en Buenos Aires desempeñar normalmente sus actividades, la institución había aceptado un ofrecimiento del Presidente Luis Echeverría Álvarez para instalar una nueva sede de FLACSO en Ciudad de México. Esta decisión, fulminante y extemporánea, venía a complicar mis planes. A comienzos de 1976 el Departamento de Sociología de Yale me había invitado a unirme a su cuerpo docente ni bien terminase mis estudios doctorales en Harvard. No quería radicarme en Estados Unidos, pero la negra noche de las dictaduras en América Latina me cerraba prácticamente todas las puertas, salvo la mexicana. Además, la oferta de Yale era difícil de rechazar, pues llevaba implícita una posición definitiva en esa universidad con lo cual mi situación económica futura quedaría resuelta de una vez para siempre. Acordadas todas las formalidades del caso, a las dos semanas de firmado el contrato de trabajo con esa universidad recibo un urgente llamado del Secretario General de FLACSO de

7 Ese trabajo, originalmente publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* con el título de “El fascismo como categoría histórica”, fue luego re-editado como el primer capítulo de mi *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*, Hondarribia, Hiru, 2009.

aquellos años, Arturo O'Connell, comunicándome que se abriría una nueva sede en México y que quería que yo me integrara a ella, aportando no sólo la experiencia recogida durante mis años en Chile sino también la que cosechara en Harvard. No dudé un instante en aceptar su ofrecimiento, aunque sabía que estaba dejando de lado una oportunidad que, tal vez, jamás se me volvería a presentar en mi vida. Pero sentía que debía hacerlo y que si en la academia norteamericana mi presencia no haría diferencia alguna, en FLACSO/México podría contribuir a la rigurosa formación crítica de una nueva generación de estudiantes latinoamericanos, retomando las labores que interrumpiera para realizar mis estudios doctorales a fines de 1971.

Permanecí en México por casi ocho años, entre Agosto de 1976 y Febrero de 1984. En esos momentos ese país era el más formidable refugio del pensamiento crítico que jamás haya existido en América Latina y dudo que en cualquier parte del mundo. Allí me encontré con algunos de los más brillantes intelectuales de la región y, además, forjé amistades entrañables con mis amigos mexicanos y con esa noble nación, a tal punto que me identifiqué como un “argenmex” de pura cepa y siento por México un amor tan grande como el que tengo por la Argentina. Nombrarlos a todos sería imposible, pero no podría dejar de mencionar, en una provisoria enumeración, a Pablo González Casanova, Sergio de la Peña, Adolfo Sánchez Vázquez, Rodolfo Stavenhagen, Carlos Payán (fundador de *La Jornada*), don Arnaldo Orfila Reynal, genio creador de Siglo XXI, don Sergio Bagú, John Saxe-Fernández, José María Calderón, Lucio Oliver, Raquel Sosa, Estela Arredondo, Lilia Bermúdez, Agustín Cueva, Gerard Pierre Charles, Suzy Castor y tantos otros, algunos de ellos colegas, otros alumnos. Con algunos seguimos transitando por el mismo sendero en pos del socialismo; no pocos, lamentablemente, abandonaron el combate y se plegaron a distintas iniciativas, algunas controversiales y otras francamente detestables pero que no viene al caso examinar aquí. En todo caso, debo decir que en México aterricé en la FLACSO, permaneciendo en dicha institución hasta Agosto de 1979, cuando junto con Alfredo Monza y Mabel Piccini fui despedido sin causa alguna y como producto de las protestas que suscitaba entre nosotros la creciente influencia de algunos funcionarios del gobierno mexicano —a la sazón gobernado por el PRI, pero habiendo abandonado la línea tercermundista de Echeverría Álvarez— en la conformación del Plan de Estudios de la Maestrías (en Sociología y Ciencia Política) y en el proceso de selección del cuerpo de profesores, y ante la cual el Director de FLACSO/México, el sociólogo boliviano René Zavaleta Mercado, no oponía la resistencia que pensábamos debía oponer. Lamentablemente esa tendencia no hizo sino acentuarse con el paso del tiempo, al punto que de haber sido un núcleo orientador y promotor del pensamiento crítico en la región FLACSO fue conquistada por el saber convencional de las ciencias sociales, como con toda claridad lo denunció en un brillante discurso el presidente Rafael Correa del Ecuador en ocasión de celebrarse, en Quito, en el año 2007, el cincuentenario de la creación de FLACSO.

En FLACSO/México me especialicé en la enseñanza de la filosofía política de la mano del Maestro Adolfo Sánchez Vázquez, uno de los grandes filósofos marxistas del siglo veinte, y, paulatinamente, en política latinoamericana. Luego de mi despido y dado que, a esa altura, mi reputación académica estaba bien establecida en México no tuve problema alguno en recibir de inmediato una invitación del Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, donde permanecí como profesor de tiempo completo durante varios años investigando y ejerciendo la docencia de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Poco después me incorporaría también como profesor-investigador al Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, el CIDE, en donde colaboré en la crea-

ción de su Departamento de Política Internacional y en el desarrollo del Instituto de Estudios de Estados Unidos, primero en su género en América Latina, bajo el liderazgo de Luis Maira y acompañado por Carlos Rico, recientemente fallecido, y José Miguel Insulza. Permanecí en el CIDE hasta 1984, los últimos dos años compartiendo mi tiempo con la FLACSO –en donde fui rehabilitado poniendo fin a aquella injusta expulsión– y por supuesto, la UNAM, a la sazón convertida en mi *alma mater*. En Febrero de 1984, consumado ya el triunfo de Raúl Alfonsín y la derrota del peronismo, retornaba a la Argentina.

Como anticipaba más arriba, los años de México me permitieron ahondar en mis estudios sobre dos grandes líneas de trabajo: la problemática del estado, sus diversos regímenes políticos (dictadura, democracia, populismo, etc.) y la cuestión de la ciudadanía; por otro lado, me permitieron involucrarme crecientemente en el estudio de la filosofía política, que había iniciado de modo sistemático durante mi paso por Harvard. Otra valiosa herencia de mi paso por ese país fue la ampliación de mi perspectiva comparativa. Si antes de llegar a México esta se reducía a los países del Cono Sur, especialmente Argentina, Chile y, en cierta medida Brasil, mi estancia en México “latinoamericanizó” mi horizonte interpretativo, permitiéndome conocer de primera mano no sólo la rica trayectoria política mexicana sino también la de numerosos países de la región.

Esta experiencia habría de ser volcada años después, cuando se produjera mi difícil regreso a la Argentina. En efecto, no me fue fácil encontrar trabajo al regreso de casi dieciocho años de exilio. En FLACSO la recepción inicial fue, por decirlo diplomáticamente, fría; la Universidad de Buenos Aires, por su parte, estaba iniciando un difícil proceso de normalización luego de casi veinte años de inestabilidad e intervención militar. Además, no existía todavía una carrera de ciencia política ni una facultad de ciencias sociales. En la administración pública, mi independencia de criterio y mi ya por entonces muy conocida identificación con la tradición del pensamiento marxista generaban suspicacias que terminaron por cerrarme todas las puertas del Estado. Sin desanimarme por estos inconvenientes pensé que la mejor solución sería crear un instituto dedicado a estudiar una problemática de gran actualidad a mediados de los ochentas: las relaciones europeo-latinoamericanos. El resultado fue la creación de EURAL, el *Centro de Investigaciones Europeo-Latinoamericanas*, que habría de funcionar durante una década y serviría como fecundo semillero a numerosos jóvenes estudiosos argentinos de la problemática internacional, muchos de los cuales, con el correr de los años, completarían su formación doctorándose en algunas de las universidades más prestigiosas del extranjero. Durante esos años el énfasis de mi labor intelectual estuvo puesto necesariamente en estos temas y, a partir de mi incorporación a la Carrera de Ciencia Política de la UBA, en los contenidos clásicos de la filosofía política, toda vez que, poco después, ganaría los concursos de Profesor Regular Titular de Teoría Política y Social I y II en la recientemente creada Facultad de Ciencias Sociales.

En Mayo de 1990 un heteróclito conjunto de grupos de izquierda representado en el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires me designó como Vice-rector de esa casa de estudios, cargo que desempeñé hasta Abril de 1994. Ese fue un período de intensa actividad en materia de gestión institucional, en donde pude promover algunas iniciativas que habían sido postergadas por mucho tiempo, como la reactivación de EUDEBA, la gran casa editorial fundada durante el rectorado de Risieri Frondizi, y que paralizada por falta de fondos y por las amenazas de los militares, que envalentonados por la crisis de la Semana Santa de 1987, se oponían a la re-edición del *Nunca Más*. Esto dificultaba la labor de difusión de los organismos defensores de los derechos humanos que requerían ese libro para la realización de sus diversas actividades. También se logró avanzar en otros terrenos, como

la promoción de un amplio programa de becas de investigación para estudiantes y jóvenes profesores, amén de otros asuntos de menor trascendencia. Pero la situación que enfrentaba la UBA era muy delicada porque sus relaciones con el gobierno nacional eran pésimas y los conflictos latentes, siempre a punto de estallar, estaban a la orden del día y absorbían gran parte de mis tareas. La asfixia presupuestaria a que nos sometía el gobierno de Menem era implacable. Una muestra de la tosquedad de la percepción que éste tenía de la UBA la reveló uno de sus principales ministros cuando me dijo; sin sonrojarse, que “la UBA es la CGT de los radicales. ¡Cómo quiere que los ayudemos!” Pese a todos estos inconvenientes logramos evitar los planes de Menem y Cavallo, que no eran otros que poner a la UBA de rodillas asfixia financiera mediante e imponer, como lo había hecho Pinochet con la Universidad de Chile, la privatización de nuestra universidad introduciendo un régimen de arancelamiento y limitando el financiamiento público a una cantidad apenas marginal.

A medida que avanzaba la década de los noventas, la problemática de la dependencia externa y el renacimiento de la cuestión del imperialismo aparecían como asuntos cada vez más cruciales para los países de América Latina y que no por casualidad estaba ocupando un sitio de privilegio en los debates en los principales centros académicos de los países industrializados. Hacia allí comencé a dirigir mis esfuerzos, a la vez que mantenía mi preocupación por los temas del estado y la democracia.

Fue en esos años cuando intenté, con algunos amigos y colegas, crear una nueva opción política para librar batalla contra el rampante neoliberalismo de la década menemista, convencidos que la oferta electoral de la desperdigada y débil izquierda argentina mal podía enfrentar con éxito la arrolladora hegemonía del menemismo en esos fatídicos años noventas, signados por el apogeo del neoliberalismo global. Junto a Eduardo Grüner, Mabel Bellucci, Ana María Fernández, Emilio Taddei, Marcelo Matellanes, Jorge Muracciole, Marcelo Rodríguez, Inés Izaguirre, Ivana Brighenti, José Seoane, Jorge Mákarz, Ricardo Zambrano, Clara Algranati, Javier Amadeo, Gonzalo Rojas, Luis Zas, Gabriel Vítullo, Ricardo Romero, Sabrina González, Valeria Pita, Jorge Cabezas, Carlos Jáuregui, Flavio Rapisardi, Cayetano Mazzaglia, Juan Ferrante, Dora Coledescky, Juan Ferrante, Domingo Quarracino, Jorge Yabkowsky, Angel Fanjul, Norberto Sessano y otros más dimos vida al Frente por la Democracia Avanzada, participamos en dos elecciones y si bien la respuesta del electorado fue bastante más parca de lo esperado, al menos logramos establecer en la agenda pública algunos temas de gran importancia: reforma tributaria, distribución del ingreso, defensa de la educación y la salud públicas, salud reproductiva, derechos civiles iguales para las minorías sexuales, algunos de los cuales serían retomados, casi con un retraso de veinte años, por los principales partidos políticos de la Argentina.

De esta época data uno de mis libros más importantes: *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, originalmente publicado en lengua española pero casi simultáneamente traducido al inglés y portugués, con varias ediciones en todos estos idiomas. Este libro, que sintetiza buena parte de mis trabajos de la primera mitad de la década de los noventas, plantea una crítica radical a algunas de las teorizaciones más importantes del saber convencional, partiendo de una crítica a las caracterizaciones de los regímenes autoritarios de los años setentas y comienzos de los ochentas y pasando luego a examinar en la articulación entre teoría económica y teoría política en el pensamiento liberal siguiendo un recorrido que arranca en Adam Smith, sigue con Alexis de Tocqueville, pasa por Karl Marx y culmina en la obra de Milton Friedman y Friedrich von Hayek. El libro combina no sólo un análisis muy minucioso de las diferentes teorías sino que, en su segunda parte, se dedica al análisis de las experiencias concretas de reconstrucción democrática en América Latina.

La segunda mitad de la década de los noventa refleja la maduración de estas preocupaciones y un salto cualitativo en la capacidad de implementarlas gracias a que en Noviembre de 1997 fui electo Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Bajo mi dirección el Consejo, languideciente en aquellos años, cambió decisivamente de orientación: primero, abandonando su tradicional academicismo y propiciando, a través de múltiples iniciativas, el desarrollo y la expansión del pensamiento crítico. Este se encontraba cada vez más arrinconado en nuestras universidades debido a la hegemonía del modelo norteamericano de trabajo en las ciencias sociales incesantemente impulsado por el Banco Mundial y entronizado en nuestros países por las “contra-reformas” universitarias aprobadas por los gobiernos de la región en los años noventas; segundo, por una activa política de vinculación y convergencia, cada vez más estrecha, con las necesidades y agendas de los movimientos sociales que comenzaban a florecer por toda América Latina en la segunda mitad de los años noventa y con los nuevos gobiernos de la región, comenzando por el de Hugo Chávez en Venezuela, que se preparaban para enfrentar al gran proyecto de subordinación económica y política de América Latina, el ALCA. Rompiendo una anacrónica tradición, CLACSO comenzó a incorporar a sus filas a centros de estudios pertenecientes a sindicatos y organizaciones populares de diverso tipo que contribuyeron decisivamente a fecundar una producción que, encerrada en las cuatro paredes de la academia, se volvía cada vez más esotérica e irrelevante. El muy activo involucramiento de CLACSO en el Consejo Internacional del Foro Social Mundial y en los diversos foros realizados en América Latina es prueba elocuente de ese cambio de orientación. Tercero, mediante una decidida política de apertura e incorporación de numerosas instituciones académicas fuera del reducido eje Buenos Aires-Santiago-Montevideo a que había quedado limitado el Consejo en los años precedentes. El resultado de este cambio de rumbo fue calificado en un informe de auditoría académica elaborado por un equipo internacional de expertos integrado por Rodrigo Arocena, actual rector de la Universidad de la República; Rosemary Thorp, de la Universidad de Oxford y Eric Hershberg, a la sazón *chairman* del Social Science Research Council de Estados Unidos, como el más exitoso avance en el plano regional jamás logrado por las ciencias sociales en toda su historia, especialmente teniendo en cuenta la expansión de los centros afiliados, el número de cursos ofrecidos desde CLACSO por la vía de su campus virtual, el número de publicaciones y su extraordinaria difusión por toda América Latina y el Caribe, el número de sus becarios y grupos de trabajo y sus formas efectivas de colaboración con colegas de África y Asia⁸.

Electo por unanimidad en 1997 y re-electo por unanimidad y aclamación en otras dos oportunidades, mi fuerte compromiso con la gestión (al punto tal que en un reportaje periodístico cuando me interrogaron sobre cómo me definiría profesionalmente respondí “como un empresario cultural”) no me impidió avanzar en mis proyectos teóricos si bien tuve que alternar las preocupaciones de la agenda teórica y práctica del marxismo con otras más acotadas derivadas de mi modesto rol de divulgador como compilador y prologuista de libros de terceros vinculados a CLACSO. Con todo, en el año 2000 logré publicar un texto que, hasta el día de hoy, considero el más logrado teóricamente: *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra Democracia en el Capitalismo de Fin de Siglo*, publicado en Buenos Aires por el Fondo de Cultura Económica. Escrito en medio de las convulsiones que estaba generan-

8 Huelga aclarar, por ser evidente ya para todos, que esta reorientación de CLACSO fue luego abandonada por la gestión que me sucedió en la Secretaría Ejecutiva.

do la reestructuración regresiva del capitalismo argentino, generador de un proceso aún inconcluso de exclusión social de masas y vaciamiento democrático, *Tras el Búho de Miner-va* se aboca a la realización de un minucioso examen de las diferentes teorías que dan cuenta de la relación entre mercado y democracia, tanto las del marxismo clásico como las posmarxistas y las liberales. El libro, sin embargo, va más allá de la mera crítica y propone los lineamientos generales de una teorización novedosa sobre la crisis de los mecanismos de representación democrática y su incapacidad para sobreponerse a los dictados de los mercados. Al mismo tiempo, a lo largo de sus páginas se fundamenta persuasivamente el carácter insalvable de las contradicciones que oponen irreconciliablemente la lógica descendente y jerárquica del mercado con la lógica ascendente e igualitaria de la democracia. En el marco de sucesivos proyectos de investigación pude elaborar más detalladamente estos contenidos, los que finalmente se sintetizarían en un largo artículo, “The truth about capitalist democracy”, aparecido en la edición 2006 del *Socialist Register*, una revista académica inglesa de inspiración socialista que lo publicó como uno de sus artículo centrales. Una edición en lenguas española y portuguesa del citado artículo fue publicada poco después⁹.

PASIÓN POR LA POLÉMICA

Mi vida ha sido, hasta el día de hoy, una interminable serie de polémicas. Primero, con los trogloditas del tomismo, que tergiversaron la obra de Tomás de Aquino de modo aún más grosero que lo que Stalin hiciera con Marx. Aquellos transformaron la obra de un pensador original, incisivo y fecundo en un cofre lleno de pergaminos resecos y privado del menor signo vital. Convirtieron al hombre que introdujo, para escándalo de los académicos de su tiempo, las enseñanzas de Aristóteles en la Universidad de París en un mojigato que, en materias profanas, decía nimiedades. Tomás de Aquino fue un revolucionario para su tiempo, y la Iglesia no hizo absolutamente nada para aclarar las extrañas condiciones que rodearon su inesperado fallecimiento. En lugar de eso lo entronizó con el título de “Doctor Angélico” y archivó el asunto, cuando todo hace suponer que fue víctima de un envenenamiento.

Posteriormente comenzó mi polémica con la sociología y la ciencia política norteamericanas, y con su incurable conservatismo. Esto me insumió largos años. Recuerdo hasta el día de hoy el rostro de Samuel Huntington cuando, en un seminario que teníamos los estudiantes graduados, me criticó diciendo que “para usted la lucha de clases no surge como un resultado de su investigación sino que es un prejuicio que se abstiene de someter a verificación empírica”. Responder a aquella pregunta fue una obra titánica, por varias razones: primero, porque no era sencillo establecer una conexión teórica entre el marxismo y el pensamiento burgués como para explicar el papel que la teoría y sus presupuestos tienen en cualquier matriz de pensamiento, cosa que la visión tradicional de las ciencias sociales soslaya salvo en unas pocas excepciones. Y, en segundo lugar, porque en esa época, recién llegado a Harvard, mi inglés carecía de la sutileza necesaria como para dar una contundente respuesta a mi interlocutor¹⁰.

9 En esa misma línea publiqué, en el 2009, *Aristóteles en Macondo. Notas sobre el fetichismo democrático en América Latina*, Ediciones Espartaco, Córdoba.

10 En su carta en la que me comunicaba que había recibido el grado de Ph.D. el por entonces director del Departamento de Gobierno de Harvard, Harvey Mansfield, se congratulaba de la alta calidad de los estudios en esa

Como lo dije anteriormente, mi llegada a México me instaló en otra polémica acerca de la caracterización de las dictaduras, aunque no por eso abandoné mi vocación de salir a disputar el terreno con Milton Friedman, Friedrich von Hayek y sus voceros en nuestros países. En correspondencia con las crecientes expectativas que planteaba un eventual retorno a la democracia en América Latina y con el ánimo de combatir las ilusiones que despertaba la posibilidad de fundar una genuina democracia en el marco del capitalismo es que me fui involucrando en un áspero debate sobre el legado gramsciano. Para esa época México era receptor de un aluvión de académicos europeos —principalmente italianos, españoles y franceses— portadores de una nueva interpretación según la cual Gramsci aparecía como el mentor intelectual de la fallida política del “compromiso histórico” entre el Partido Comunista Italiano y la Democracia Cristiana y, pero aún, como una suerte de profeta de lo que luego se conocería como el Pacto de la Moncloa en España, pacto que, siempre me pareció —y los hechos recientes relacionados con la suerte corrida por el juez Baltasar Garzón lo corroboran ampliamente— no había sido otra cosa que la vergonzante capitulación ante el franquismo por parte de los principales partidos políticos españoles. La mejor réplica de ese pacto en nuestras tierras, producida en Chile, no arrojó mejores resultados como lo demuestra el triunfo de Sebastián Piñera en las recientes elecciones. En otras palabras, prevalecía casi sin contrapesos la visión de un Gramsci irreductiblemente anti-leninista (pese a que en el pasado algunos de quienes ahora sostenían esa interpretación lo habían considerado un excelso discípulo de Lenin), teórico de una concepción *light* (o descafeínada) de la hegemonía que se independizaba por completo de la lucha de clases y la contradicción entre trabajo asalariado y capital y se remontaba, irresistiblemente, hacia el plano celestial del discurso y los juegos de lenguaje. Yo percibía que esta interpretación ya no socialdemócrata sino simplemente liberal de Gramsci más pronto que tarde remataría en una rendición incondicional ante la ideología burguesa, en una secuencia según la cual primero se despojaba a los análisis del fundador del PCI de toda referencia a la vida material y la lucha de clases; luego se construía una noción de hegemonía como un significante vacío o flotante; más tarde se fetichizaba a la mal llamada democracia burguesa llamándola democracia a secas —es decir, sin su matriz clasista de dominación— y finalmente se imponía la resignación y se admitía —aunque sin afirmarlo explícitamente— que el capitalismo era el fin de la historia y la democracia liberal representativa la culminación del desarrollo democrático. Es decir, se partía de una relectura social-liberal de Gramsci y se terminaba en brazos de Francis Fukuyama. Por supuesto, me opuse tajantemente a tamaña tergiversación del riquísimo legado gramsciano, lo que me granjeó no pocas enemistades y problemitas laborales, porque los apóstoles de la nueva democracia, el pluralismo y la tolerancia no suelen practicar esos principios a la hora de participar en un debate político. Algunas de mis intervenciones en contra de esas nefastas lecturas de Gramsci, que desarmaron ideológicamente a los movimientos populares en momentos en que se producía la redemocratización de América Latina, fueron recogidas en diversas revistas; y una explícitamente dedicada a la distorsión que el pensamiento gramsciano sufría en la obra de Ernesto Laclau fue incorporada como uno de los capítulos de *Tras el Búho de Minerva*.

El común denominador de estos visitantes, cuyos acólitos en México eran muy numerosos (entre mexicanos y exiliados latinoamericanos por igual) era la interminable pré-

universidad porque mi tesis reunía los máximos estándares de calidad que Harvard exigía para conceder sus doctorados ¡a pesar de las limitaciones derivadas de un marco teórico inapropiado (el marxismo)!

dica sobre la “crisis del marxismo.” Mi fastidio aumentaba proporcionalmente con la constatación de que un número creciente de estos apocalípticos profetas de la crisis del marxismo habían sido, años atrás, dogmáticos adherentes a esa teoría. Un ejemplo muy claro entre tantos otros lo constituye Manuel Castells, que cuando en 1968 llegó a Santiago de Chile para incorporarse a la FLACSO dejó un verdadero tendal de proyectos de tesis de maestría por el camino porque ninguno era lo “suficientemente marxista” para colmar los peculiares criterios establecidos por su marxismo *ad usum* Althusser. A la vuelta de los años lo encontraría entre la legión de “ex marxistas” que entonaba los himnos fúnebres de la teoría en cuyo nombre había acerbamente criticado tantos proyectos de tesis. No era el único, por supuesto, que había dado ese *tour de force*, pero la enumeración aún incompleta de los que experimentaron esa metamorfosis ideológica se extendería demasiadas páginas y además son historias conocidas por casi todos. En tiempos de crisis como estos los renegados proliferan, sobre todo entre aquellos que en el pasado habían hecho del marxismo un dogma. Mi indignación, además, llegaba casi al paroxismo cuando leía a autores que, en un gesto que parecía francamente una broma de mal gusto, proponían superar la pesada herencia teórica supuestamente dejada por el marxismo apelando a las sabias elaboraciones de un prominente miembro del sistema judicial de la Alemania Hitlerista y activo militante de sus organizaciones: Carl Schmitt¹¹. Todo esto me llevaba a plantearme dos series de argumentos: uno, que la relación entre el marxismo y la Unión Soviética, y su inglorioso final, no era distinta a la que existía entre el cristianismo y el régimen nazi o entre el liberalismo de John Stuart Mill y el gobierno de Ronald Reagan. Así como los horrores del hitlerismo y su violento derrumbe no significaban la obsolescencia del mensaje contenido en el Sermón de la Montaña, la implosión de la URSS mal podía ser concebida como una refutación histórica y definitiva del valor de la teoría de Marx para explicar la estructura y dinámica de la sociedad burguesa. Sólo a causa de mucha superficialidad en el análisis, o de mucha mala fe, podía establecerse una conexión de ese tipo. Por otra parte, pensaba, si para resolver los problemas del marxismo había que recurrir a un teórico del nazismo como Schmitt, o algún otro pensador de la derecha, entonces sí el marxismo estaba definitivamente muerto. Afortunadamente para esta teoría (y para mi equilibrio emocional) esta última hipótesis demostró ser absolutamente falsa.

Los tumultuosos comienzos del nuevo siglo fueron inclinándome a estudiar más detenidamente la problemática, resurgida como el ave Fénix, del imperialismo y de las relaciones de poder internacionales.

Las razones detrás de su resurrección son bien claras y ahorran demasiados argumentos: en los Estados Unidos había cobrado fuerza, desde la implosión de la Unión Soviética, una corriente teórica que había asumido, finalmente, el carácter imperial de ese país. Lo

11 Sobre este tema ver el trabajo conjunto realizado con Sabrina González, “¿Al rescate del enemigo? Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la teoría del estado y la democracia”, in: BORON, AA (Comp.) (2003), *Filosofía Política Contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía*, CLACSO, Buenos Aires. [Nueva edición por Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2010]. Hay que consignar que, a diferencia de otros, Schmitt jamás se arrepintió por su participación en el régimen Nazi y se negó sistemáticamente a cumplir con las exigencias de la “des-nazificación” impuestas en la República Federal Alemana a la salida de la Segunda Guerra Mundial. Murió siendo racista, antisemita y partidario del despotismo político. A un personaje con esas ideas acudieron Giacomo Marramao y Chantal Mouffe, entre tantos otros, ¡para “superar” la crisis del marxismo! Con razón Umberto Cerroni se refirió a este tipo de intelectuales como “saltimbanquis de la política”.

que antes era una crítica, a veces arcaica, de una izquierda sectaria y refractaria ante los evidentes cambios económicos que a lo largo del siglo veinte había experimentado el capitalismo, aparecía al promediar los años noventas como una reafirmación, ahora positiva, de la responsabilidad de los Estados Unidos como nuevo “pueblo elegido por Dios” para sembrar la libertad, la justicia y la democracia en el mundo. Representativos pensadores de la “nueva derecha” norteamericana, desde Robert Kagan hasta Samuel P. Huntington, pasando por Zbigniew Brzezinski, Charles Krauthamer y el grupo reunido en torno al tanque de pensamiento “Nuevo siglo americano” reconocían ahora el carácter imperialista de los Estados Unidos, sólo que al igual que ocurría durante la Inglaterra en tiempos de la Reina Victoria, el imperialismo era asumido como una impostergerable obligación moral y civilizatoria, la “responsabilidad del hombre blanco”, encarnada ahora en la grotesca y a la vez sangrienta figura de George W. Bush.

No hace falta insistir demasiado en el enorme impacto que esta reformulación tuvo sobre el medio académico norteamericano y, por extensión, mundial. Pero lo que ciertamente me movió a estudiar cuidadosamente el asunto fue la aparición, en el año 2000, del libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*¹². En este caso se trataba de dos autores de conocido linaje socialista que, sorprendentemente, asumían en lo esencial los argumentos de la “nueva derecha” y de los teóricos de la globalización. Añadían, eso sí, un argumento fideísta: aparecía en su teorización una vaporosa “multitud” que, tarde o temprano acabaría con el imperio aunque sin que se nos dijera cómo o por qué, sobre todo después de repudiar con soberbia de toda cuestión relacionada con la organización del campo popular, la necesidad de formular adecuadas estrategias y tácticas para librar la lucha de clases y la necesidad de preservar la dialéctica como el marco epistemológico crítico indispensable para enfrentar, ya en el terreno de las ideas, el dominio del capital.

El libro de marras despertó en mí una mezcla de estupor, furia e indignación: lo primero, porque la trayectoria de Negri como un profundo pensador marxista autorizaban a esperar de una obra de esa envergadura y sobre esa temática un análisis penetrante del capitalismo en su fase actual, cuando el imperialismo se ha vuelto más agresivo que nunca antes; furia, porque la tesis central del libro, “un imperio sin imperialismo” me pareció (y parece todavía) insanablemente reaccionaria y desmovilizadora, un obsequio exquisito para la clase dominante imperial para seguir engañando a las masas; indignación, finalmente, porque en su libro ignoran por completo las significativas contribuciones que para el estudio del imperialismo fueron hechas por pensadores, intelectuales y políticos del Tercer Mundo, como lo hice notar en un pequeño libro que publiqué como respuesta: *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. En ese sentido, *Imperio* es un libro que refleja la menopausia intelectual de gran parte del mundo académico europeo y norteamericano y su deriva reaccionaria, más allá de que su retórica y el léxico utilizado en sus textos remite, en la superficie—pero tan sólo en la superficie— a un argumento supuestamente radical. Además, si hay algo que largos años de exposición a las contribuciones de europeos y norteamericanos ha logrado irritarme hasta límites que asombran a quienes saben de mi templanza y, por suerte, de mi buen humor, es la insostenible arrogancia del “eurocentrismo” o, en este caso, el “atlantismo.” Sobre todo cuando, en este caso, esto significa un llamado a deponer las armas en la “batalla de ideas” y desmoralizar a los

pueblos que luchan por su emancipación. Como lo digo en mi libro, por algo habrá sido que para celebrar la aparición de esta obra la edición dominical del *New York Times* le dedicó la portada y dos páginas de su suplemento cultural. Esto demuestra irrefutablemente de qué lado se encuentran aquellos dos sembradores de confusiones y pesimismo en la lucha de clases internacional. A Noam Chomsky, en cambio, el *New York Times* en cincuenta años jamás le publicó siquiera una carta de lectores. ¿Hace falta algún argumento más? Por suerte, el entusiasmo por la obra de Hardt y Negri, que tanto daño hizo en un par de ediciones del Foro Social Mundial y que tanto impresionó a algunos dirigentes de izquierda, se ha extinguido casi por completo¹³.

FIDEL: MARXISMO TEÓRICO Y MARXISMO PRÁCTICO

Mal podría terminar estas páginas sin una referencia a Fidel y el pensamiento marxista latinoamericano, principalmente Mariátegui y el Che Guevara. Quisiera comenzar diciendo que en mis años formativos el marxismo latinoamericano era casi por completo ignorado, aún por los propios marxistas, excesivamente influenciados muchos de ellos por el marxismo soviético y sus deplorables manuales; u obsesionados con el stalinismo, como los trotskistas, lo que les impedía apreciar lo que se producía más allá o más acá de Moscú. El resultado era el mismo: aportes cruciales como el de Mariátegui –sobre el etapismo de los manuales soviéticos, la debilidad de las burguesías nacionales, la crucial importancia de los pueblos originarios en muchos países de la región– fueron mayormente soslayados hasta mediados de los años ochentas¹⁴. La obra de Guevara, en cambio, circuló mucho más, pero ella misma no estaba exenta de sospechas y no resultaba sencillo acceder a sus distintos discursos e intervenciones políticas.

Afortunadamente, esta situación ya cambió radicalmente. Pero cuando iniciaba mi lento y empinado camino hacia Marx tales aportaciones eran poco valoradas. La izquierda oficial era insanablemente “eurocéntrica” y pensaba que lo único que valía la pena discutir era lo que se producía en Europa. Para el enrarecido mundillo académico ni Mariátegui ni el Che podían aspirar a ocupar un lugar legítimo en el debate universitario. De modo que, atrapado por estas tenazas, mi ruta comenzó por una lectura muy cuidadosa de los textos fundadores de Marx y Engels: *El Manifiesto Comunista*, *Los Manuscritos*, *La Ideología Alemana*, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, *La Guerra Civil en Francia*, *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* y los estupendos textos políticos y de coyuntura que Marx y Engels escribieron a lo largo de tantos años. Luego le llegaría el turno a *El Capital* y los *Grundrisse*, especialmente sus segmentos epistemológicos donde Marx exponía luminosamente su método de investigación y las diferencias entre éste y el método de exposición. Es decir, una ruta clásica que sólo tardíamente se abriría al estudio de aquellos autores que en un incisivo texto Perry Anderson llamaría “el marxismo occidental”. El paso siguiente, dado con toda resolución durante mis años en Chile, fue el estu-

13 Una suerte de segunda versión de esta crítica a las teorizaciones de Hardt y Negri se encuentra en el libro escrito conjuntamente con VLAHUSIC, A (2009): *El lado oscuro del imperio. La violación de los derechos humanos por los Estados Unidos*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires; en donde se demuestra, con base en una amplia serie de datos concretos, el carácter norteamericano del imperio que aquellos autores consideran como un pacto global, desnacionalizado y desterritorializado de dominación.

14 He examinado en detalle los avatares de la “fortuna editorial” de Mariátegui en el Prólogo a la nueva edición de sus *7 Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*, Buenos Aires, 2009.

dio de Lenin y Gramsci, facilitado en el caso de este último por el hecho de poder leer sin ninguna dificultad sus originales en lengua italiana que, gracias a contactos familiares, me hice enviar ni bien advertí algunos problemas en las diversas traducciones al español que llegaban a mis manos. Desde ese momento me propuse tratar de leer a los clásicos en sus idiomas originales: inclusive, ya en México, llegué a tomar clases de alemán para poder leer las obras del marxismo clásico en su propia lengua. Avancé lo suficiente como para poder acceder a algunos artículos de Marx que no habían sido traducidos en esa época. Recuerdo la enorme satisfacción cuando pude, con mucho esfuerzo, traducir “El Rey de Prusia y la Reforma Social. Por un prusiano,” un brillante texto poco conocido de Marx.

Con la lectura de los principales textos de Lenin y Gramsci el marxismo ya me pareció un sistema teórico sumamente elaborado y con un grado de complejidad que permitía captar las sinuosidades del capitalismo contemporáneo, comprender su lógica de funcionamiento y, sobre esa base, colaborar en la construcción de una alternativa superadora del marasmo en que nos hallábamos. En otras palabras, honrar el mandato de Marx en la Tesis Onceava sobre Feuerbach. Y que desmentía, rotundamente, las acusaciones de la derecha y de las ciencias sociales convencionales acerca del supuesto simplismo y determinismo de esa tradición teórica. Cuando, también en México comencé con Hugo Zemelman un proyecto de revisión teórica centrado no ya en Marx, Engels, Lenin o Gramsci sino en otras figuras del universo marxista, como Rosa Luxemburg, León Trotsky, Karl Kautsky, Nicolai Bujarin, Gyorg Lùkacs, Karl Korch, Ernst Bloch y otros la impresión anterior se reforzó considerablemente: estábamos ante un imponente edificio teórico, inacabado, por supuesto, porque el marxismo es una empresa teórico-práctica en permanente construcción, pero incomparablemente superior y de mayor capacidad heurística que cualquiera de las teorizaciones y las modas intelectuales que proliferaban en el enrarecido clima de las aulas universitarias. Pero, obviamente, era un pensamiento muy corrosivo que una academia, cada vez más domesticada por los gobiernos y el Banco Mundial, difícilmente trataría de estimular¹⁵.

Pero había algo que le faltaba a esta formación, y era lo que iría a surgir de la influencia que Fidel y la Revolución Cubana ejercerían sobre buena parte de nuestra generación¹⁶. Mi contacto con Fidel comenzó durante su visita a Chile, a finales de 1971. Inmerso en una multitud fascinada por la claridad y la elocuencia de sus discursos pude escuchar en numerosas ocasiones de su propia voz sus vibrantes alegatos, en los cuales insistía una y otra vez en la naturaleza dialéctica de las revoluciones que, contrariamente a una opinión muy difundida en esa época (y todavía hoy, lamentablemente) no eran eventos o acontecimientos que comenzaban en un día y a una hora determinada sino procesos que iban madurando en el seno de una sociedad como producto de sus contradicciones, de los avances y las conquistas populares y como respuesta a la reacción de las clases dominantes y el imperialismo. En esos procesos, decía Fidel, se imponía fortalecer la unidad más amplia posible del campo popular y de las fuerzas revolucionarias; aprender lo más rápidamente posible—más rápido que las clases dominantes— las enseñanzas que iba dejando la historia de la lucha de

15 Examiné este tema en detalle in: BORON, AA (2008). *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*, Ediciones Espartaco, Córdoba.

16 Los párrafos que siguen retoman algunos elementos contenidos en el prólogo a mi *Crisis civilizatoria y agonia del capitalismo. Diálogos con Fidel Castro*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2009.

clases; y desarrollar la conciencia política de las clases y capas subalternas. Por eso, repetía, la revolución cubana sólo se convierte en tal recién después de la derrota infligida al imperialismo en Playa Girón, el 16 de Abril de 1961. “Hasta ese día”, decía a los estudiantes de la Universidad de Concepción, “todavía no era una revolución socialista (...) era un avance, pero no una revolución socialista.” Por supuesto, en ese marco las posibilidades de entablar un diálogo personal con Fidel eran nulas; pero sólo el escucharlo y verlo, quedando atrapado de su discurso, era una experiencia extraordinariamente enriquecedora. Los chances de un contacto personal tampoco fueron mejores en el caso de su discurso de despedida en el atiborrado Estadio Nacional de Santiago, el 2 de Diciembre de 1971, en donde reiteró las grandes líneas de su interpretación sobre el proceso chileno. Aún retumban en mis oídos aquellas palabras, sin duda inspiradas en Lenin: “no hay nada que enseñe a los pueblos tanto como un proceso revolucionario. Todo proceso revolucionario enseña a los pueblos en unos meses lo que a veces dura decenas de años en aprender.” Pero advertía a quienes abonaban una interpretación lineal de la crisis pensando que ésta necesariamente se resolvería a favor del campo popular: “Hay una cuestión: ¿quién aprende más y más pronto, quién tomará más conciencia y más pronto: los explotadores o los explotados (...) el pueblo o los enemigos del pueblo?”.

Sin poder entablar un diálogo directo con él, los discursos de Fidel durante su maratómica visita a Chile fueron un nutriente decisivo en mi formación y la de toda una generación de marxistas latinoamericanos para quienes los manuales soviéticos y las fantasmagóricas construcciones del marxismo althusseriano –un aberrante marxismo sin sujetos ni historia– resultaban tan indigestas e inoperantes como fuera la *vulgata* socialdemócrata en los años de la Primera Guerra Mundial. Con Fidel en cambio reaparecía un marxismo viviente, abierto y encarnado en protagonistas concretos: obreros, campesinos, mineros, mujeres, jóvenes, estudiantes y una amplia gama de trabajadores enfrentados a la oligarquía, la burguesía y el imperialismo. Y, sobre todo, un marxismo convertido en efectiva guía para la acción y las luchas emancipatorias de nuestros pueblos. En sus múltiples discursos, no sólo en los pronunciados durante su visita a Chile sino en todos ellos, desde su célebre alegato en el Juicio del Moncada, la buena sociología y el análisis económico marxista desplazó a los manuales y la mala filosofía abriendo así el camino para una interpretación acertada de nuestras sociedades y ofreciendo una herramienta indispensable para su efectiva transformación¹⁷.

No exagero un ápice si digo que desde ese momento mi visión y mi interpretación del marxismo cambió definitivamente, dejando atrás los inevitables (para un joven estudiante) *divertimentos* del ámbito académico abstraído en los meandros pseudo-filosóficos del estructuralismo y, después, del post-estructuralismo, el “giro lingüístico” y la nebulosa postmoderna, enfrentándose bruscamente ante la realidad de un corpus teórico que era a la vez la guía ideológica de un genuino proceso revolucionario, como el cubano, y también ante la necesidad de estudiar la proteica anatomía de la sociedad civil a la que tantas veces aludiera Marx; en nuestro caso, la anatomía del capitalismo latinoamericano. Ambas cosas, a su vez, demostraban el indisoluble nexo entre teoría y práctica; la fe-

17 Hemos analizado ese notable discurso en la “Presentación” a *La historia me absolverá*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2005, pp. 13-22.

cuidad que la segunda otorgaba a la primera y la esterilidad de toda reflexión teórica desvinculada del quehacer práctico¹⁸.

Mi acercamiento ya señalado a Lenin y Gramsci fue decisivamente impulsado por los discursos pronunciados por el Comandante en su gira por Chile y, a consecuencia de eso, por mi exploración sistemática de sus discursos y escritos antes y después de esa visita. También, por la gesta del Che en Bolivia y el conocimiento de su *Diario* y la recuperación de su mensaje a la Tricontinental, su notable intervención en la Conferencia de Punta del Este y, por cierto, su *El socialismo y el hombre en Cuba*. En fechas recientes se ha publicado un libro conteniendo las glosas críticas de Guevara al *Manual de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS*, en donde el guerrillero heroico demuestra, una vez más, ser un analista excepcionalmente perceptivo y lúcido, que anticipó con treinta años de antelación el derrumbe de la Unión Soviética¹⁹. En relación a Lenin debo decir que durante gran parte del siglo veinte fue considerado, en el mejor de los casos, como un genio revolucionario y un gran tacticista, pero un escritor de “panfletos” de batalla como *El Estado y la Revolución* o *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo* que poco o nada agregaban al *corpus* de la teoría marxista. Esta era la interpretación canónica que surgía del marxismo italiano y, en general, europeo, cuya influencia era fuertemente sentida en América Latina, tributo a nuestra acendrada colonialidad que nos postra indefensos ante cualquier tontería escrita en buen inglés o francés. Gramsci, a su vez, era caracterizado como un pensador sospechoso de estar mortalmente contaminado por una variedad italiana del idealismo hegeliano, enfermedad que habría adquirido a través de la influencia difusa pero penetrante que Benedetto Croce, el gran organizador de la cultura burguesa de ese país a comienzos del siglo veinte, ejerció sobre todo el campo intelectual italiano. Pero la encendida y proteica prosa de Fidel pudo más que aquellos prejuicios y me impulsó inexorablemente a estudiar la obra del revolucionario ruso y comprobar que en su “análisis concreto de la realidad concreta” (la Rusia de su tiempo), Lenin combinaba magistralmente el análisis económico marxista, el estudio de las condiciones sociales, la gravitación de los factores internacionales con una rarísima capacidad para “leer” con una precisión notable, y con una no menos envidiable anticipación, los rápidos movimientos de la coyuntura política. Bastó que me enfrascase en la lectura de los textos leninistas para caer en la cuenta que Fidel era el Lenin latinoamericano, reforzada esta conclusión con la insistencia en que ambos señalaban que “el marxismo no es un dogma sino una guía para la acción”.

Pero, como decía más arriba, la influencia intelectual de Fidel me estimuló para transitar también por otro camino: Gramsci. Si Lenin era el teórico de una revolución triunfante, la primera que en el plano nacional convertía al proletariado en clase dominante luego del fugaz y heroico ensayo parisino de la Comuna, Gramsci era el punto más alto de una reflexión marxista desde la derrota. La hacía, además, sin caer en el derrotismo y sin que aquélla lo precipitara a una indecorosa capitulación o le indujera a pasarse al bando contrario como ocurriría con tantos intelectuales desilusionados o arrepentidos luego de la imple-

18 ¿Qué mejor radiografía del capitalismo latinoamericano que la *Segunda Declaración de La Habana*? Compáresela con los análisis alternativos ofrecidos en el campo de las ciencias sociales y se comprobará la indiscutible superioridad de la primera por encima de los esquematismos del estructural funcionalismo de aquellos tiempos o el economicismo desarrollista de la CEPAL, para no citar sino las dos principales usinas teóricas de América Latina en esos años.

19 Cf. GUEVARA, E (Ché) (2006). *Apuntes críticos a la economía política*, Ciencias Sociales, La Habana.

sión de la Unión Soviética a comienzos de los noventas. En efecto, Gramsci aportaba herramientas intelectuales para ayudar a descifrar algunos de los más acuciantes interrogantes de Fidel: ¿quién aprenderá más rápido de las crisis?, ¿cuál es el nivel de la conciencia posible de las clases y capas subalternas en un momento dado de su desarrollo histórico? El tema de la hegemonía, central en la construcción teórica gramsciana, reaparecía en nuestra región gracias a Fidel como un dato fundamental para intentar explicar por qué en el continente más injusto del planeta la Revolución Cubana seguía debatiéndose heroicamente en soledad. Es más, años más tarde pude descubrir que la convocatoria del Comandante a librar con todas nuestras fuerzas la “batalla de ideas”, anticipada con excepcional clarividencia por José Martí, era la creativa y original maduración de las preocupaciones gramscianas en el suelo de Nuestra América.

Los discursos de Fidel, pronunciados en Cuba tanto como fuera de Cuba, así como las decisivas intervenciones públicas del Che Guevara y la lectura de Mariátegui, se convirtieron desde ese momento en un alimento indispensable, un cable a tierra permanente para controlar cualquier tentativa de fuga hacia la moda intelectual de la época que, lamentablemente, tiempo después se convertiría en la antesala de una vergonzosa estampida de sus principales exponentes hacia el nihilismo posmoderno y el neoliberalismo. Los nombres de estos ex –marxistas que en su *aggiornamento* se pasaron –conciente o inconcientemente– a las filas del enemigo son de sobras conocidos como para insistir sobre el tema en esta ocasión.

Esta ha sido, en grandes rasgos, mi trayectoria hacia Marx. Creo no exagerar si digo que muchos otros casos el mío presenta ciertas particularidades que revelan lo trabajoso que ha sido ese tránsito. Lo que hubo fue un paulatino descubrimiento del marxismo, una lenta pero irreversible apropiación de un excepcional legado teórico que no heredé gratuitamente como muchos de los que luego se desprendieron alegremente de él sino que lo fui atesorando, paso a paso, como un arma imprescindible para poder cumplir ese sueño de justicia y democracia que anidaba en mi pecho desde mi niñez. Pero fue un marxismo mediatizado, en mi apropiación personal de esa teoría, por las luchas sociales que caracterizaron a Nuestra América a lo largo de toda mi vida. Mi llegada a Marx es impensable, y hubiera sido imposible, de haber yo nacido en Suiza o Luxemburgo. Fue la brutal realidad de la explotación y la opresión capitalistas la que me impulsó irreversiblemente hacia él. Por eso mi defensa del marxismo no tiene fisuras, como tampoco la tiene mi defensa de la Revolución Cubana, que marcó decisivamente mi conciencia política y que sigue siendo ese faro irremplazable de cuanto proceso de emancipación social, económica y política tiene lugar en los más apartados rincones del planeta.

Sé que mi generación cumplió un papel muy especial. Nos tocó una época singularísima, como pocas veces se vio en la historia, y las respuestas que se ensayaron no todas fueron las correctas. Pero, más allá de nuestros errores, creo que a las mujeres y hombres de esa generación nos movía poderosamente un impulso utópico que es preciso valorar y cultivar y que hoy, inmersos en el decadentismo de un capitalismo ya desahuciado y corroído por la exaltación del egoísmo, el inmediatezismo y la inescrupulosidad hecha sistema, aquélla búsqueda afiebrada de la utopía hace más falta ahora que nunca. No hay nostalgia alguna en todo esto, porque junto con heroicas tentativas y vidas puestas al servicio de una noble causa el número de “herejes y renegados” de mi generación, para usar la expresión de Isaac Deutscher, es demasiado grande como para ignorar los problemas que nos abrumaron y las frustraciones que sufrimos. Si en los comienzos quienes manifestaban su adhesión al marxismo o a la izquierda en general parecían ser mayoritarios dentro del grupo que quería

cambiar a nuestras sociedades, con el paso del tiempo muchos desertaron; otros debilitaron su impulso hasta tornar su acción completamente inefectiva, refugiándose, como aquellos “marxistas occidentales” estudiados por Anderson, tras los estériles muros universitarios o cruzando lanzas en yermas rencillas escolásticas; muchos también fueron muertos o desaparecidos, y unos pocos hemos quedado en pie resguardando sus banderas históricas. Por un tiempo se nos dio por muertos, o fuimos motivo de burlas y escarnios. Se nos llamó dinosaurios, que vanamente intentábamos sobrevivir en los nuevos y luminosos tiempos de la globalización neoliberal. Y no hay nostalgias, decía, porque sabemos que tenemos un relevo, que nuevos jóvenes vienen a ocupar nuestro lugar. Aquellas descalificaciones se esfumaron al calor de la nueva crisis general del capitalismo, en donde la tradición marxista y sus grandes exponentes en América Latina: Fidel, el Che, Mariátegui, y tantos otros vuelven a ocupar el centro de la escena. Tal vez fracasamos en nuestra apuesta revolucionaria de los sesentas y setentas, pero cuarenta años más tarde el socialismo reaparece una vez más como una alternativa al holocausto social y ecológico del capitalismo. En realidad, como la única alternativa, teniendo en cuenta, como lo hemos dicho en múltiples oportunidades, que este socialismo del siglo veintiuno se caracteriza por la originalidad de sus expresiones históricas y por la inexistencia de un “modelo” a imitar. Lo dijo Simón Rodríguez: “o inventamos o erramos”, y lo ratificó Fidel: “cada vez que copiamos nos fue mal”²⁰. Ahora, los pueblos de Nuestra América están inventando: en Cuba, en Venezuela, en Bolivia, en Ecuador y en tantas otras partes están velando las armas para una nueva ofensiva política, cultural y social. ¿No será que, por una de esas astucias de la historia, que tanto le atraían a Hegel, nuestra hora haya llegado precisamente ahora?

20 Sobre esto ver BORON, AA (2008). *Socialismo Siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires.



Vivir la revolución

Living the Revolution

Emir SADER

CLACSO, Argentina.

RESUMEN

El mundo estaba en guerra o, por lo menos, el resto del mundo cuando nacimos. No quedaba claro contra quien peleaban, pero sí que el gran vencedor apuntaban a ser los EUA – cuna de la democracia y la libertad. Ese era el escenario mundial que nos aguardaba acompañado de la fecha fundamental para toda mi generación: 1959 y el triunfo de la Revolución Cubana. La foto de Fidel y sus compañeros, con sus barbas, sus uniformes verde olivo y sus fusiles, cambiaría para siempre mi generación. Hasta ese momento revolución era algo lejano, asiático: de Rusia, de China. La victoria representó la actualidad de la revolución en toda América Latina, que nunca más sería la misma desde entonces.

Palabras clave: América Latina, Revolución Cubana, Brasil, Socialismo.

ABSTRACT

The world was at war or at least the rest of the world when we birth. It was not clear against whom they were fighting, but the big winner aims to be the U.S.A. – cradle of democracy and freedom. That was the world scenario that awaited us accompanied by the key date for all my generation: 1959 and the triumph of the Cuban Revolution. The photo of Fidel and his companions, with their beards, their olive green uniforms and rifles, would forever change my generation. Until then revolution was something distant, asian: from Russia, China. The victory represented the actuality of the revolution throughout Latin America that would never be the same since.

Key words: Latin America, Cuban revolution, Brasil, Socialism.

¿Qué determinaciones significa haber nacido en 1943, en América Latina? Nadie puede hablar en nombre de una generación, por más que uno crea que las experiencias que ha vivido puedan ser suficientemente significativas para representar un referencial histórico.

Yo hablaré desde mi vida, desde el mundito que me tocó vivir, desde el cual he tratado de vivir de las maneras más intensas.

Sin que lo supiéramos, cuando nacimos, el mundo estaba en guerra o, por lo menos, el resto del mundo. La única imagen –además, claro, de la interminable cantidad de películas de guerra norteamericanas, de las cuales me quedó más claramente en la memoria, “Infierno 17”, con William Holden– que quedó de la guerra en la vida cotidiana, eran coches que circulaban con bombas de gas atadas atrás, para recordar que se vivió épocas de grandes carencias.

No quedaba claro contra quien habían peleado, pero sí que el gran vencedor eran los EUA –cuna de la democracia y la libertad. Ese era el escenario mundial que nos aguardaba. Nos inundaron con películas norteamericanas, entre las cuales, claro, las de Disney, los juguetes y otras inutilidades que el presidente Dutra había comprado para quitar las deudas de EUA. Eran sin duda los “buenos”, de que John Wayne –el “norteamericano indómito”– y otros afines representaban, en su indomable pelea en contra de los no confiables pieles rojas –sin que supiéramos que eran la población originaria de los territorios que se habían vuelto EUA, diabolizados por los blancos.

Nuestra infancia trascurrió en el marco de lo que después supimos que llamaban de “guerra fría”, en sus antecedentes –incluyendo las bombas de Hiroshima y Nagasaki, de que solo supimos bastante tiempo después–, sus inicios y la guerra de Corea, que introducía nuestra primera década consciente.

En Brasil –en particular en la ciudad de São Paulo– se vivía un “boom” espectacular de crecimiento. Nos enorgullecíamos, alegre e ingenuamente, de que São Paulo era –o sería– “la ciudad que más crece en el mundo”, donde se construían cuatro casas por hora. Cruzábamos, yendo a la escuela o, los domingos por la mañana, a la iglesia católica, con montones de obras de la construcción civil, siempre habitadas por retirantes nordestinos, huyendo de la seca del seco y retrasado nordeste del país –entre los cuales estaba Lula y cientos de miles más de gentes como él.

Crecí bajo el signo del “progreso”, que significaba industrias, coches, departamentos, y, a partir de un cierto momento –la más grande novedad de mi generación–, televisores. Hasta allí la radio nos maravillaba, sobre todo por las músicas, sea las de carnaval, sea las norteamericanas –The Platters, Ray Coniff, Paul Anka, antes de que descubriéramos a Nat King Cole, Frank Sinatra, Tony Bennet, Sammy Davies Jr. entre otros. El progreso era norteamericano: coches, películas, músicas, rascacielos.

La televisión abrió otra dimensión de la realidad, de un imaginario hasta ese momento exclusivamente poblado por el cine. Ambos acompañaron a la generación de ahí en adelante, como referentes fundamentales.

La primera gran fecha importante para mi generación en Brasil fue el campeonato mundial de fútbol, de 1958, en Suecia. Hasta allí habíamos crecido bajo el trauma de la derrota de Brasil para Uruguay el día 16 de Julio de 1950, en Maracanã. El fútbol fue la actividad y el deporte de la generación. Ese campeonato fue la primera vez que Brasil fue primero en algo.

Ello se combinaba con un período de mucho optimismo y creatividad cultural en Brasil, de que han hecho parte la bossa nova, el cine nuevo (en que Glauber Rocha, con su “Dios y el diablo en la tierra del sol”, de que me acuerdo siempre la espectacular impresión que causo su presentación en una première en el centro de São Paulo), la construcción de Brasilia como nueva capital del país.

LA GENERACIÓN DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Ese escenario interno sería acompañado de la fecha fundamental para toda mi generación: 1959 y el triunfo de la Revolución Cubana. Hasta ese momento revolución era algo lejano, asiático: de Rusia, de China. De repente, irrumpiendo de forma inesperada, aparece inicialmente un movimiento de unos barbudos que habían tumbado una dictadura en “América Central” (sic), porque el Caribe no existía para nosotros en Brasil. La foto de Fidel y sus compañeros, con sus barbas, sus uniformes verde olivo y sus fusiles, cambiaría para siempre mi generación.

La victoria de la Revolución Cubana representó la actualidad de la revolución en toda América Latina, que nunca más sería la misma desde entonces. Adeptos de Revolución Cubana, críticos de ella, “desencantados” con ella, enemigos – nadie más se quedará indiferente aquel proceso revolucionario que a todo cuestionaba.

En mi caso, me llegó la Revolución Cubana por la primera tarea que Michael Lowy nos entregó, a mí y a mi hermano, de vender el periódico de la organización a que recién ingresábamos – *Acción Socialista*, de la *Liga Socialista Independiente*, organización a la vez leninista y luxemburguista. En la primera página del periódico estaba la mencionada foto de los barbudos. Corría el año de 1959, yo cumplía 15 años. Vivía las primeras grandes pasiones de mi vida: la Revolución Cubana y mi primer amor.

La imagen misma del revolucionario pasó a ser calcado en las figuras de Fidel y del Che. El debate sobre vía reformista o revolucionaria parecía definitivamente decidido a favor de esta. Los golpes militares –empezando por el brasileño– parecían confirmar que los tiempos del capitalismo democrático habían concluido. “Revolución socialista o caricatura de revolución” –nos decía el Che.

Me acuerdo que, dirigente estudiantil en la secundaria, había impreso, en mimeógrafo –instrumento esencial de la militancia durante mucho tiempo– un discurso de Fidel que era el supra sumo del voluntarismo. En la portada, una frase que decía: “Aquel que no hace todo lo que puede e incluso más de lo que puede, en verdad no está haciendo nada”.

Hasta aquel momento los izquierdistas –en general padres de amigos– eran comunistas, ya viejos a nuestros ojos, gente aislada, minoritaria de alguna manera derrotada. Nos parecía que a partir de aquel momento los revolucionarios romperían con aquel aislamiento, en las nuevas generaciones nos volveríamos mayoritarios, de tal manera nos parecían convincentes los apelos revolucionarios llegados desde la lejana isla caribeña.

Mientras el capitalismo se deshacía de su cara democrática, el socialismo presentaba toda su fuerza. La campaña de alfabetización, movilizándolo voluntariamente a los estudiantes para los rincones más lejanos de la Sierra Maestra nos confirmaba que surgía un nuevo tipo de sociedad.

Ese impulso revolucionario reforzará el espíritu militante en parte significativa de la generación. Todo el empuje revolucionario de la década del ‘60 –que hizo con que un compañero de Régis Debray le hubiera escrito que “aun nos congratularemos de haber completado 20 años en los 60”– revelará que lo mejor de la humanidad estaba de nuestro lado. De

Sartre a los Beattles, de Vinicius de Moraes a Glauber Rocha, de Cortazar a García Márquez, de Chico Buarque a Silvio Rodríguez, Felini a Bertrand Russel, de Jane Fonda a Joan Báz, de Mercedes Sosa a Eduardo Galeano – entre tantos otros.

La resistencia victoriosa de los vietnamitas a la más grande potencia imperial del mundo confirmaba ese sentimiento. La nuestra era una lucha justa y victoriosa, que se proyectaba como una posibilidad real de una lucha victoriosa, en escala planetaria.

LA GENERACIÓN DE LOS AÑOS '60

Haber nacido en 1943 nos permitió vivir nuestra adolescencia en la década de los años 60. Creo que ese es el factor fundamental que condicionó nuestras vidas. Por lo menos para mí, fue así.

Fue una generación rebelde, que se planteó “asaltar al cielo”, que retomó las tradiciones utópicas dentro de la izquierda. El carácter libertario de la década propició el surgimiento del feminismo, de las conquistas de liberación de la vida sexual, de las críticas a los modelos autoritarios en el socialismo. Cuba, Argelia, Vietnam, China, Mayo del 68 – fueron referencias esenciales, que han marcado toda nuestra trayectoria, al igual que Marx, Lenin, Trotsky, Rosa, Gramsci, Mao, Ho-Chi-Minh, Fidel, Che, Lukács, Sartre, Marcuse, entre tantas otras lecturas que nos acompañarían siempre.

Haber nacido en 1943 es ser menos hijo de la guerra que del pos-guerra, pero es sobretodo haber conocido al mundo en medio de las barricadas de París y las guerrillas de Sierra Maestra, de los años 60. Cumplir 20 años en aquella década nos dio un sentimiento de la historia, de las utopías, de que las victorias que revierten correlaciones de fuerza absolutamente desfavorables, son posibles, que ellas tienen que fundamentarse en los valores éticos, en la fuerza ideológica, en la comprensión creativa de la realidad, valiéndose del marxismo como método dialéctico y no como cuerpo doctrinal ya acabado.

Los que hemos sobrevivido –física y políticamente– a todo lo que ocurrió y sigue ocurriendo en el mundo, tenemos que agradecer habernos nacido en 1943 y, así, podernos habernos constituido como seres políticos, éticos, apasionados, en la década del “asalto al cielo”.



Las “idas” y “regresos” del Estado

The Goings and Comes of the State

Carlos M. VILAS

Universidad Nacional de Lanús, Asociación Americana de Juristas, Argentina.

RESUMEN

América Latina fue un campo de experimentación del neoliberalismo durante más de tres décadas, y parte de la agenda política promovida conjuntamente por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Secretaría del Tesoro del gobierno de Estados Unidos, en lo que a partir de entonces recibió el nombre de “Consenso de Washington”, paradigma adoptado tanto por gobiernos autoritarios o decididamente dictatoriales, como por los considerados democráticos, y acompañado de la consigna del fin del estado.. La metáfora del estado que “va” o “viene” inhibe los cambios en los objetivos y estilos de acción estatal responden siempre a cambios en las relaciones de poder entre actores sociales y a la eficacia de las fuerzas.

Palabras clave: Neoliberalismo, Estado, Democracia, América Latina.

ABSTRACT

Latin America was a testing ground of neoliberalism over three decades, and part of the political agenda promoted jointly by the World Bank, International Monetary Fund and the Treasury of the United States government, as thereafter was called “Washington Consensus”, a paradigm adopted by governments strongly authoritarian or dictatorial also governments of democracy, and accompanied by the slogan of the end of the state. The metaphor of the state “going” or “come” can not allowed to see the changes in goals and styles of state action always respond to changes in power relations between social actors and the effectiveness of the political.

Key words: Neoliberalism, State, Democracy, Latin America.

América Latina fue un campo de experimentación del neoliberalismo durante más de tres décadas. Comenzando en Chile tras la instauración de la dictadura militar de Augusto Pinochet y potenciado tras la crisis de los ochentas en Bolivia, en pocos años el neoliberalismo se convirtió en la agenda política promovida conjuntamente por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Secretaría del Tesoro del gobierno de Estados Unidos, en lo que a partir de entonces recibió el nombre de "Consenso de Washington". La visión así institucionalizada se asentó en dos supuestos teóricos: la economía neoclásica como ciencia rectora de la organización política y social, y la globalización como fuerza arrolladora a partir de la cual analizar las diversas problemáticas y realidades nacionales. Con la notoria excepción de Cuba, esta visión se instaló, con mayor o menor intensidad y alcances, en los restantes países del hemisferio y en no pocos de África y Europa. La adopción del paradigma del "Consenso de Washington" tuvo lugar tanto por gobiernos autoritarios o decididamente dictatoriales, como por gobiernos convencionalmente considerados democráticos.

Durante todo ese tiempo fuimos bombardeados con la consigna del *fin del estado*. El despliegue aparentemente imparable de la globalización financiera, apoyado en los nuevos sistemas de comunicación "en tiempo real", instaló como verdad pretendidamente irrefutable la supremacía del mercado, símbolo y realización de la libertad individual. Por su propio imperio él habría de proporcionar bienestar a todas las sociedades cuyos gobiernos respetaran los fundamentos de una sana macroeconomía—entendida ésta en los términos de la teoría neoclásica—, desecharan "tentaciones demagógicas y populistas" y removieran sin hesitación los obstáculos políticos, ideológicos y de intereses creados a la libre iniciativa de los agentes económicos. Sobre todo, gobiernos que asumieran como verdad irrefutable que no había alternativas a la medicina neoliberal; el mal sabor de la misma (la precarización del empleo, el aumento de la tasa de desempleo, el crecimiento de la pobreza, la profundización de la desigualdad social...) rápidamente se olvidaría ante la percepción de los beneficios que el tratamiento reportaría. El correcto ejercicio de las funciones del gobierno contribuiría a que todo esto fuera posible de manera más rápida. "Achicar el estado para agrandar la Nación" fue la consigna de la época.

En Argentina esa consigna no era nueva; formaba parte de la ideología política de los sectores más retardatarios de la clase dominante desde medio siglo atrás, en cuanto interpretaba la integración social y política de las masas trabajadoras y la organización popular como producto exclusivo o principal de la demagogia política y de una abusiva intrusión del estado en las relaciones sociales y económicas. "Achicar el estado" implicaba, en esa ideología, dismantelar los instrumentos públicos de regulación y control, liquidar la mediación pública en las relaciones laborales, acotar el margen legítimo de movilización, organización y reivindicación social, y dismantelar las modalidades de articulación público-privado que habían hecho posible el avance por el camino del desarrollo industrial, de una notable integración social y de una proyección cultural hacia gran parte del hemisferio occidental. La recomendación de reducir el estado a una dimensión mínima acopló bien con esa ideología y la dotó de cierto tono moderno y cosmopolita. Esa ideología, justo es decirlo, iba a contrapelo de la experiencia histórica del siglo XIX, cuando esos mismos sectores alcanzaron prominencia política y social por su mejor articulación con las líneas más dinámicas de la expansión capitalista internacional y por su eficacia en el despliegue de los recursos coactivos y simbólicos del estado—que incluyeron, es sabido, la civilizatoria recomendación de "no ahorrar sangre de gauchos". También se daba de cabeza con la red de regulaciones e intervenciones que los gobiernos oligárquicos de

la década de 1930 desarrollaron para hacer frente al impacto de la crisis internacional y recuperar el ejercicio directo del poder político durante la que pasó a la historia argentina como “década infame”.

A fines de la década de 1990 e inicios de la actual los efectos del mercado desregulado, es decir el libre desenvolvimiento de los grupos de mayor poder económico, estaban a la vista de quien quisiera verlos. Después de una reactivación inicial, una sucesión de crisis detonadas por el propio funcionamiento de los esquemas impuestos echaron más combustible al malestar social; masivas asonadas populares forzaron cambios anticipados de los gobiernos que con desigual eficacia pero consistente empeño impulsaron las recetas que condujeron al descalabro.

Por encima de sus muchas diferencias los gobiernos que emergieron de esas crisis presentan dos aspectos en común: 1) todos ellos son resultado de procesos electorales democráticos que permitieron a las mayorías populares expresar libremente sus preferencias políticas y sociales y sobre todo su repudio a los experimentos neoliberales responsables del desastre; 2) todos ellos asumen que el estado está llamado a desempeñar un papel estratégico en la regulación del mercado, en la promoción del desarrollo y del bienestar social operando directa o indirectamente en sectores considerados clave para el logro de esos fines y una articulación más equilibrada en los escenarios internacionales. La política y el estado han dejado de ser vistos como obstáculos al progreso para volver a ser encarados como otras tantas herramientas que habrán de impulsar, en regímenes políticos democráticos, el diseño y ejecución de estrategias y políticas que se hacen cargo de las aspiraciones de las mayorías nacionales al bienestar y una participación más justa en los frutos de los esfuerzos comunes —una mejor compatibilidad entre acumulación y distribución.

Se convirtió en uso frecuente referirse a estos cambios como “el regreso del estado”. El estado que se habría ido en los años ochentas y noventas del siglo recién pasado cediendo espacios al mercado, volvería ahora para asumir funciones y responsabilidades abandonadas. La expresión tiene valor gráfico pero es insatisfactoria por varias razones.

“Mercado” y “Estado” son estructuras de poder generadas por la interacción de los actores sociales en función de sus respectivos objetivos e intereses y de los recursos que movilizan: producción e intercambio de mercancías y maximización de la ganancia económica en un caso, constitución de un orden político estable de cooperación y mando en el otro. La metáfora del estado que “va” o “viene” no permite ver que los cambios en los objetivos y estilos de acción estatal responden siempre en el fondo a cambios en las relaciones de poder entre actores sociales y a la eficacia de las fuerzas políticas que las expresan en los parlamentos, administraciones, tribunales, medios de comunicación, instituciones educativas y otros ámbitos y recursos de poder, presentan sus objetivos e intereses particulares como expresión de los intereses generales.

Desde la perspectiva de sus relaciones con la sociedad el estado es el espacio institucional en el que se desenvuelve la lucha política de clases y otros grupos sociales. Solamente la articulación de los intereses particulares o sectoriales en ese espacio les dota de carácter imperativo —es decir la facultad de movilizar legítimamente los instrumentos de coerción— y de ser presentados como intereses del conjunto. El estado es también, por lo tanto, un instrumento de poder. Si algo pusieron en evidencia las reformas neoliberales del pasado reciente fue el activo involucramiento del estado por medio de reformas legislativas, decisiones administrativas, mandatos ejecutivos y sentencias judiciales que modificaron derechos de propiedad, transfirieron activos, sancionaron nuevas desigualdades, alteraron regímenes laborales, y otros efectos de similar magnitud y alcance. La “retirada” del estado

consistió en un amplio intervencionismo en función de determinados intereses minoritarios y en beneficio de determinados actores —las fracciones más concentradas del capitalismo local— la creación de condiciones favorables para su más beneficiosa inserción en los nuevos escenarios globalizados, la apertura y desmantelamiento de los mercados nacionales y regionales y una gigantesca transferencia de recursos desde la producción hacia la especulación y los negocios financieros, desde los trabajadores y sectores medios hacia los sectores de ingresos más altos, desde los países hacia el exterior desarrollado. Esta no fue una peculiaridad de la experiencia latinoamericana: la “transición” de las economías de tipo soviético al capitalismo se desarrolló de manera análoga.

Sin perjuicio de su instrumentalidad respecto del bloque de fuerzas dominantes, en determinadas circunstancias el estado puede actuar también con una cierta autonomía, definiendo objetivos y estrategias a los que esas fuerzas, incluso las de mayor poder económico, son estimuladas u obligadas a adecuarse. Esas situaciones tienden a generarse cuando el conflicto político entre las clases y otros grupos sociales alcanzan puntos de equilibrio o relaciones de empate que las propias fuerzas involucradas no están en condiciones de resolver en su respectivo beneficio, cuando nuevas modalidades de organización económica tratan de abrirse paso a través de las resistencias que les presentan los intereses de los grupos de poder establecidos —“cuando lo nuevo no termina de nacer y lo viejo no acaba de morir”, según la expresión de Gramsci— o bien cuando hay que hacer frente a cambios profundos en las relaciones exteriores o los escenarios globales. Dadas ciertas condiciones —especialmente la previa existencia de un estado con capacidades efectivas de gestión y coacción, burocracias profesionalizadas y eficacia para proponer e imponer una ideología que pone el acento en la unidad nacional por encima de los conflictos internos— los márgenes de autonomía respecto de los conflictos de intereses entre los actores sociales se amplían considerablemente y el estado aparece conduciendo a la sociedad de la cual es, en último análisis, producto. Todas las experiencias exitosas de desarrollo industrial inducido en la periferia capitalista dan testimonio de la capacidad del estado para mantener una autonomía respecto de los intereses particulares o inmediatos de las fuerzas económicamente dominantes.

Como corolario de esta variedad de situaciones el estado puede “regresar” o “irse” de diversas maneras, todas ellas referibles un último análisis a la fórmula de poder que resulte victoriosa o derrotada en los conflictos políticos, o al acuerdo a que en definitiva se llegue. Existen distintas formas de “volver” según sean los intereses y sectores que se promuevan. Por ejemplo, en enero 2002 el estado argentino “regresó” de la fiesta neoliberal a través de la *pesificación asimétrica* que salvó los platos rotos de los empresarios que no alcanzaron a sacar sus dólares del país antes del “corralito”; asentado en otra correlación de fuerzas y orientado hacia otros objetivos, el estado promovió a partir de 2003 la reactivación productiva, el crecimiento del empleo y mayores márgenes de autonomía en la toma de ciertas decisiones estratégicas. En Estados Unidos el estado “volvió” después de ocho años de irresponsable desregulación financiera para hacerse cargo del salvamento de los bancos, compañías de seguros y otros actores que se beneficiaron de esa desregulación y condujeron a la “crisis de las hipotecas tóxicas”; lo hizo con mayor diligencia y fondos más generosos que para rescatar a los millones de familias que perdieron sus casas o a los millones más que vieron evaporarse sus previsiones jubilatorias, o a la masa de nuevos desempleados. Por lo tanto la cuestión de fondo no es en sí misma la ampliación de las funciones estatales o el recurso a determinadas herramientas de gestión, sino los objetivos a los que responde y los intereses que promueve o margina.

Hablar sin más de un “regreso del estado” también es engañoso porque favorece la imagen de una especie de marcha hacia atrás después de una década o más de supuesta ausencia, algo así como la pretensión de regresar al pasado inmediatamente anterior a la entronización del neoliberalismo, en el ejercicio de una pendularidad permanente producto de los cambiantes humores de la sociedad. Las cosas no son así, por supuesto; el estado que hoy despliega intervenciones directas, regulaciones y reorientaciones de los procesos de acumulación y distribución de excedentes no es el estado desarrollista o populista de la segunda mitad del siglo veinte, por más que algunas de sus modalidades de gestión, y sobre todo algunos de los objetivos de sus estrategias y políticas guarden ciertas similitudes con los de aquel capitalismo más equilibrado y distributivo que fue decisivo en la democratización y la industrialización de un buen número de sociedades latinoamericanas.

Ante todo, porque el cambio de orientación, el recurso a nuevos instrumentos de gestión, la reasignación de competencias y funciones, la redefinición de las “fronteras” entre lo público y lo privado, tienen lugar a partir de muchas de las profundas transformaciones introducidas en la década neoliberal, asunto éste que explica la retención de recursos o cuotas de poder por parte de quienes se beneficiaron de lo que se hizo o se dejó de hacer en aquella década; un ejemplo gráfico de esta continuidad en el cambio es la política tributaria que todavía mantiene un fuerte sesgo regresivo en la mayoría de los escenarios institucionales “post-neoliberalismo”. En consecuencia referirse a estos procesos como “post-neoliberales” o que se desarrollan “después del neoliberalismo” no alude a una cuestión simplemente cronológica sino a la configuración efectiva de los escenarios políticos y a la identidad de sus principales actores. Muchos de éstos, especialmente los que hoy aparecen como más poderosos económicamente, con mejores recursos para influir en la opinión pública a través de los medios de comunicación masiva y con mayor capacidad de enfrentar y obstaculizar los procesos de reformas simplemente operando a través de los mecanismos institucionales y *de facto* cuyo control mantienen (formación de precios, control monopólico u oligopólico de determinadas actividades o sectores, influencia en el *sentido común* de determinados sectores de la población, gravitación fáctica o ideológica en algunos aparatos de estado...) se constituyeron en el marco y como resultado de la aplicación de las políticas neoliberales. Más aún: la estructura financiera internacional diseñada en los años duros del neoliberalismo sigue prácticamente intacta y acota los márgenes de acción autónoma de los proyectos de reforma. Su capacidad de recomposición aún después de severas crisis ha quedado probada, una vez más, en nuestros días.

La persistencia de estos y otros aspectos del esquema neoliberal ha sido interpretada a veces como una prueba de la falta de voluntad o de interés de los nuevos líderes y gobiernos en llevar a cabo las reformas que preconizan sus discursos radicales y que prometieron en sus campañas electorales, o de las limitaciones o ambigüedades de sus propuestas de transformaciones; pero también puede entenderse como una evidencia de las enormes dificultades políticas y no sólo técnicas que es necesario enfrentar para avanzar los cambios anunciados. Tampoco puede ser visto como un simple retorno al pasado porque la “sociedad civil” de organizaciones sociales y populares que hoy reclama un desempeño estatal más activo es mucho más exigente que la de hace treinta o cuarenta años. La de los tiempos presentes es una sociedad que sabe más y aspira a más, entre otras razones por las experiencias que recogió durante aquel periodo en sus resistencias y reclamos contra las reformas regresivas del neoliberalismo. Una sociedad civil que exige, y ha conseguido, participación en el diseño y ejecución de muchas políticas públicas que dan expresión a una nueva generación de derechos a partir de la concientización de viejas y nuevas necesidades. Una

sociedad que considera a la gestión estatal un espacio de acción y responsabilidad pública y ya no más el ámbito exclusivo y excluyente de funcionarios y tecnócratas en interlocución preferente con los actores del poder económico. Una sociedad civil que no sólo reclama más presencia del estado sino una presencia de mejor calidad: tanto por las políticas que diseña y ejecuta como en lo que refiere al funcionamiento de las instituciones y al desempeño de la gestión pública.

Es también una sociedad a la búsqueda de expresiones política propias, porque las crisis económicas implicaron las de muchos partidos políticos de base social amplia que, por diversas razones o excusas, contribuyeron a la ejecución de los programas neoliberales aportándole gobernabilidad. La pérdida de legitimidad de los sistemas representativos o por lo menos de sus principales actores deterioró no sólo su capacidad de agregación y organización de demandas sino también la eficacia de sus funciones de mediación respecto del estado. La fragmentación social y la dispersión de las voluntades políticas tienen como correlato el direccionamiento inmediato de las demandas o las presiones hacia el estado y en particular hacia sus órganos de ejecución, a partir de la fuerza que deriva de los recursos que controlan –cuya distribución sigue caracterizada por profundas desigualdades. La crisis o el retroceso de los sistemas de representación política amplían el terreno para el despliegue de los poderes fácticos y refuerzan el papel del estado como dispensador de premios y castigos, más que como orientador de la dinámica del conjunto.

La experiencia latinoamericana, como la de otras regiones del mundo, enseña que el estado ha desempeñado a lo largo del siglo veinte un papel exitoso en la promoción del desarrollo económico, la integración social y el progreso científico-técnico y cultural de sus sociedades y en la expansión y fortalecimiento de la democracia y la emancipación nacional. La reducción de la tasa de mortalidad infantil y materna por parto, la extensión de la esperanza de vida, la eliminación de enfermedades endémicas, la ampliación exponencial de la matrícula escolar, el acceso masivo a medios de comunicación y otros aspectos normalmente asociados a mejoras en la calidad de vida están directamente asociados a las políticas públicas y a las estrategias de desarrollo ejecutadas por los estados. Pero la experiencia histórica también ofrece ejemplos de notables fracasos en esos empeños, casos espectaculares de corrupción, subordinación a intereses extraños, descalabros económicos, responsabilidad inexcusable en el empobrecimiento y la degradación de sus pueblos. El estado fue un instrumento de las transformaciones democráticas y también de dictaduras ominosas, de procesos exitosos de desarrollo tanto como de preservación del atraso y el subdesarrollo. Por lo tanto destacar el mayor protagonismo del estado en los procesos de transformación social y política en curso no debería implicar santificar al estado *per se* como antes se hizo con el mercado. Los estados no son buenos ni malos: son necesarios. La bondad o perversidad de su desempeño depende de un conjunto amplio de factores, entre los que destacan los objetivos hacia los que orienta sus regulaciones e intervenciones, la representatividad social de esos objetivos, la eficacia de los órganos administrativos y de gobierno para alcanzarlos, la efectividad con que desempeña sus cometidos, los intereses particulares de quienes ocupan las posiciones de decisión política y también de quienes se encargan de la gestión administrativa, la capacidad para preservar autonomía y adaptarse creativamente a los escenarios externos.

Las resonancias contemporáneas de procesos pretéritos, sobre todo la búsqueda de una más adecuada compatibilización entre crecimiento y distribución, entre rentabilidad económica y bienestar social, entre capacidades de decisión autónoma y articulaciones regionales y globales, la explicitación del conflicto de intereses entre clases y otros grupos

sociales, han conducido a veces a ver en los regímenes políticos surgidos de las crisis neoliberales reediciones actualizadas de los viejos populismos del siglo veinte. En particular esas interpretaciones destacan la conflictiva relación de esos regímenes con las instituciones y la práctica de la democracia representativa, el *decisionismo* de sus gobiernos y especialmente la personalización del poder político en la figura de un líder que ejerce el poder con relativa independencia de los formatos institucionales. En algunos casos esta remisión a procesos y configuraciones pretéritas obedece simplemente a la modorra intelectual o al formalismo de los enfoques de los observadores; en otros, a la desconfianza e incluso temor que siempre suscitan las irrupciones populares y la trasgresión de las convenciones en quienes viven esas irrupciones como desafíos a sus propias posiciones de poder material o simbólico; en otros más, como parte de un discurso político dirigido a desprestigiar más que las (extra)limitaciones o chapucerías que se advierten en estas experiencias sino lo que ellas implican de progreso social y de más amplia democratización.

Ciertamente, experiencias como el *socialismo bolivariano* de Venezuela, las transformaciones impulsadas por el gobierno del MAS en Bolivia o el del presidente Rafael Correa en Ecuador—para mencionar sólo los más notorios casos de un supuestamente resucitado *populismo radical*—o los gobiernos *kirchneristas* en Argentina, presentan una especie de relación de parentesco con los regímenes nacional-populares (como en su momento los denominó Gino Germani) de la segunda mitad del siglo veinte: el papel estratégico asignado al estado, el estímulo a la articulación entre democracia representativa y democracia participativa, los esfuerzos por compatibilizar acumulación y distribución y la caracterización de ésta como un ingrediente de la acumulación, la disputa del poder político a los grupos dominantes tradicionales.... Puede afirmarse incluso que muchos de los temas de fondo presentes en las luchas de nuestros días—el poder, la democracia, el bienestar, el desarrollo, la soberanía nacional—guardan una continuidad sustantiva con los que recorren y alimentan la historia política y social de nuestras naciones. Pero no es menos cierto que los actores y los escenarios son otros, como también son otros los términos en que se plantean los problemas, las condiciones en que se desenvuelven y los respectivos enmarcamientos regionales e internacionales. Diluir los elementos de diferenciación en las memorias o subsistencias de procesos o imaginarios pretéritos conduce, al revés de la socorrida metáfora, a que el bosque nos impida ver los árboles, normalmente con efectos desastrosos. Es innegable que por encima de la extraordinaria y a menudo confusa y eventualmente desprolija (de acuerdo a los términos convencionales de los manuales de instrucción cívica) variedad de acciones, formatos y discursos, destaca la explicitación de las aspiraciones emancipatorias de los pueblos, y éste es sin dudas el principal puente de vinculación entre unas y otras experiencias. Pero es una explicitación que al mismo tiempo pone de manifiesto las transformaciones experimentadas en las últimas décadas por lo que genéricamente se denomina *campo popular* (en sus identidades, orientaciones, identificaciones, modalidades de organización y de acción colectiva) tanto como las metamorfosis de las minorías dominantes, a partir de los escenarios sociales y políticos conformados en ese mismo lapso por los cambios impulsados por las reformas neoliberales y las resistencias a ellas. Lo mismo que otras veces, la continuidad de la historia se desenvuelve a través de cortes y rupturas.

Como otras veces también, ese desenvolvimiento contempla situaciones y coyunturas de notable conflictividad derivada de la magnitud de los intereses y objetivos en pugna. Esa misma conflictividad sugiere el carácter aún provisorio de muchos de los escenarios emergentes de las crisis recientes y de las recomposiciones inmediatas; también destaca la

búsqueda aún en curso de fórmulas de equilibrio a partir de una redefinición relativamente estable e institucionalizada de las relaciones de poder. De ahí la prudencia con que deben formularse los juicios sobre el desarrollo ulterior de los procesos en marcha y la pertinencia de la vieja máxima gramsciana que aconseja conjugar “el optimismo de la voluntad” con “el pesimismo de la razón”.



Andrés ORTIZ-OSÉS. *Libro de Símbolos*. Universidad de Deusto, Bilbao, 206 pp.

Patxi LANCEROS. Universidad de Deusto, Bilbao.

Con mayor o menor razón, se ha denominado a nuestra cultura “cultura de la imagen”. La pujanza del cine y la televisión, la industria del videojuego, la omnipresencia de Internet, entre otras cosas, parecen dar sentido a tal denominación. Si una vez Heidegger escribió que la modernidad es “la época de la imagen del mundo”—con lo que quería decir que se trata de la época en la que el mundo se ha convertido en imagen—, quizá sea nuestra posmoderna época la que viene finalmente a dar razón al pensador alemán: sólo hace falta detenerse un poco de tiempo en alguna de las numerosas (casi innumerables) aplicaciones de Google para percibir la literalidad del aserto heideggeriano.

Ahora bien (lo que no quiere decir: y antes mal), también puede pensarse que cultura es, que época es, la ambición de contener el mundo en (la) imagen. Toda cultura, toda época. Eso es lo que puede pensar el lector, y absorto contemplador, del último libro de Andrés Ortiz-Osés: *Libro de símbolos*.

Ortiz-Osés, profesor jubilado y filósofo que no se resigna —o no acepta— tal condición, ha dedicado una buena parte de su obra a la interpretación de imágenes y símbolos. Tamaña dedicación ha de instruir, al menos, en un aspecto: las imágenes, que en la época actual de la imagen consumida (no de la imagen consumada), parecen brotar por doquier y sin norma, parecen ser autosuficientes en su mera exposición, no son apenas nada sin el complemento de la interpretación. Son, existen, insisten: pero ¿en qué?

Desde que el animal inteligente ha dejado rastros o signos, ha hecho imagen: ha hecho imagen del mundo y ha pretendido hacer el mundo a su imagen. Ahí está el recuerdo, o el testimonio, de las cavernas prehistóricas: Altamira, por ejemplo o por antonomasia. Trazar una imagen, dominar el mundo o resistir al dominio del entorno. Saber algo o saberse de algo.

En esa oscilación, en esa disyuntiva, se resguarda el secreto de las imágenes; y el enigma de los símbolos: esas imágenes que concitan, concilian, unen. Y separan.

El libro de Ortiz-Osés (asistido en la localización y plasmación de imágenes por Javier Torres Ripa) es un museo o galería, es una recopilación de aquellos trazos que han ido conformando (y confirmando) la memoria cultural. Por ser un libro de imágenes es un libro de filosofía, de antropología, de religión, de arte. Por ser un libro de imágenes es un libro que relata y retrata la condición humana, la condición del animal simbólico, del animal imaginario o imaginado.

Se puede abrir cualquier página, ya que la trama —ordenada— no es evolutiva. El lector se encuentra con una imagen. Casi siempre conocida: o reconocida y reconocible. Pero, de pronto, al leer el texto que se adhiere, el lector, tranquilizado por la imagen, se conmueve: ¿qué es, qué dice, qué significa esa imagen?

Y es que el mundo devenido imagen parece haber olvidado que la imagen, precisamente, es un abismo de significado. Que requiere un caudal importante de interpretación.

Ortiz-Osés, no es la primera vez, no será la última, se aplica a esa exigencia, a ese requerimiento. Las imágenes son, en casi todos los casos, habituales. Lo que decide a su respecto es el “suplemento de la letra”. De repente, una pintura de Miguel Ángel, una estatua en una conocida Bahía, una película (o la mera evocación del cartel), la reproducción de una partitura, alcanzan un significado y un sentido que no ad-vine, que no viene de fuera, sino que brota de su enigmático interior.

Página tras página, bellamente impresas, se va desgranando el secreto de las imágenes; se va cifrando y descifrando la duración del símbolo, su desafío, su abismo.

Muchas veces ha interpretado Ortiz-Osés los símbolos centrales (y marginales) de nuestras culturas. Quizá nunca con tal contundencia y economía textual, con tal despliegue de belleza visible. *Libro de símbolos*.

Gabriel ANDRADE: *El darwinismo y la religión*. Ediciones Universidad de Cantabria, Santander, 2009. 353 pp.

José Enrique FINOL. Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Antropológicas, Universidad del Zulia Maracaibo Venezuela. Correo E: joseenriquefinol@gmail.com Web: www.joseenriquefinol.com

Un libro es siempre “un punto de encuentro”. Es así, “punto de encuentro”, como Gabriel Andrade denomina el esfuerzo heurístico y ensayístico que el autor nos presenta bajo el título de *El darwinismo y la religión*. El libro es siempre un punto de encuentro no sólo porque en sus páginas convergen –para aceptarse, refutarse, complementarse– ideas, conceptos, teorías, metodologías; sino también porque en él confluyen, sobre la distancia y el tiempo, el lector y el autor, en un diálogo que siempre es enriquecedor, retador, innovador.

El darwinismo y la religión, editado por la Universidad de Cantabria, en España, es una obra que he disfrutado enormemente pues hacia mucho tiempo que no me había deleitado tanto leyendo un ensayo filosófico como el que hoy presentamos.

El darwinismo y la religión está compuesto de siete capítulos articulados de manera jerárquica y gradual, lo que le permite al lector seguir una trayectoria de la que no quiere desprenderse, y que le facilita además llevar un hilo conductor de una bien tejida y bien elaborada coherencia. La coherencia y la lógica de la argumentación posibilitan al autor tejer todas las elucubraciones y argumentaciones, sin dejar cabos sueltos que perjudiquen el análisis.

Para exponer su teoría sobre las relaciones entre darwinismo y religión el autor comienza por presentar, en una excelente síntesis, los fundamentos de la teoría de la evolución que, como se afirma en el libro, no son sólo creación de Darwin sino que expresan una secuencia de descubrimientos y conocimientos anteriores a él mismo, fundamentos que se remontan, incluso, al esencialismo de Platón y al nominalismo de Ockham y, más atrás todavía, a Anaximandro y Empédocles.

Luego el autor, para contextualizar el pensamiento y las teorías de Darwin, presenta una biografía del gran científico inglés, de cuyo nacimiento se cumplieron doscientos años en febrero del 2009. Esta contextualización permite ver en Darwin no sólo al científico de genio sino también al hombre en su mundo, particularmente en su familia, con los conflictos y contradicciones propios de todo ser humano.

En el tercer capítulo, Andrade aborda las difíciles relaciones entre la teoría de la evolución y la hermenéutica bíblica, no sólo la cristiana sino también la judía. Esas difíciles relaciones, que han marcado la discusión filosófica y religiosa en los últimos

ciento cincuenta años, se derivan de que, como afirma el autor, “si Darwin y sus seguidores están en lo cierto, entonces el relato sobre el origen de las especies, y del hombre en particular, contenido en los dos primeros capítulos del *Génesis*, no puede ser literalmente verdadero”.

En el siguiente capítulo se analizan las bases del creacionismo, una propuesta que se ha definido, en general como opuesta a la teoría de la evolución, y que, como es sabido, afirma que es Dios el creador de todas las especies y que éstas son inmutables. El creacionismo es hoy particularmente defendido por las religiones más tradicionales y conservadoras, particularmente en los Estados Unidos, donde creacionistas y científicos se han enfrentado en la lucha por que se elimine la enseñanza de religión en las escuelas públicas. Muchos de los creacionistas han forjado hoy la tesis del diseño inteligente, que parte del principio de “complejidad irreductible” (pág. 212), considerada por los científicos como una pseudociencia.

Luego el libro aborda el espinoso problema que se deriva de aceptar el punto de vista *teleológico*, la propuesta según la cual la evolución tiene un fin y está predeterminada por una voluntad extrahumana. Este capítulo es de una gran riqueza argumentativa porque el autor, provisto de las descripciones y argumentaciones anteriores, demuestra la inexistencia de un fin anterior a la evolución misma, lo que el autor denomina “la quinta vía” defendida por Santo Tomás de Aquino.

En el sexto capítulo se analiza la pregunta que muchos, científicos y creyentes, se han hecho y aún se hacen: ¿Son conciliables el darwinismo y la religión? ¿Se puede ser cristiano, judío o musulmán y, al mismo tiempo, creer en la Teoría Evolucionista? A estas preguntas el autor responde analizando, con una erudición que se acompaña de una lógica implacable, las diferentes propuestas y escuelas que intentan conciliar estos extremos.

Finalmente, en la última sección el autor nos hace una propuesta novedosa que sin duda sorprenderá a los creyentes pero también a los científicos: ¿Es posible emplear la Teoría de la Evolución para explicar el origen de la religión? En otras palabras, si las religiones nos han dicho siempre que Dios creó al hombre ¿será posible invertir esa relación, es decir, es el hombre quien creó a Dios?

Como se ve, se trata de una temática y de unas propuestas que tienen que ver con los fundamentos de nuestras concepciones y creencias sobre el hombre, la vida y la naturaleza; todas ellas relacionadas directamente con capítulos fundamentales de la reflexión humana desde los primeros días de la aparición del hombre sobre la tierra.

Que Gabriel Andrade haya abordado estos temas y, sobre todo, que lo haya hecho con la soltura, la rigurosidad, el detalle y la sistematicidad con que

lo ha hecho, nos habla bien de su competencia como investigador, de su poder de síntesis y, más todavía, de su coraje para lidiar con estos temas que sólo los viejos filósofos abordan después de haber decantado su formación.

Por otra parte, en la lectura de este libro me ha impresionado la capacidad, propia de los buenos maestros, de conciliar el discurso filosófico y científico con el discurso pedagógico, sin por ello traicionar la rigurosidad y densidad de los argumentos, de su coherencia y sistematicidad.

Invito a todos a leer *El darwinismo y la religión*, con el convencimiento absoluto de que será un tiempo bien invertido, pues incluso quienes no compartan los puntos de vista expuestos tendrán la satisfacción de conocer una propuesta bien argumentada, analizada y presentada como un fructífero punto de encuentro.

Ignacio MEDINA NÚÑEZ (Coord.). *Centroamérica: democracia, militarismo y conflictos sociales en el S. XXI*. Colección Insumisos Latinoamericanos, Elaleph.com. Buenos Aires, Argentina.

Robinson SALAZAR, Universidad de Sinaloa, México.

Centroamérica tuvo que esperar 20 años para volver a tener la relevancia en las mesas de discusiones de la academia y los gobiernos. Después del protagonismo que asumió en las dos últimas décadas del siglo XX con la firma de los Acuerdos de Paz y la desactivación del conflicto bélico, la notoriedad se diluyó por varios factores: la caída del muro de Berlín, el fin de la Guerra fría y consubstancialmente la desintegración del bloque socialista y el arribo del modelo neoliberal con la ideología globalizadora, que declaraba el agotamiento de la vía armada para llegar al poder, la crisis del socialismo y la clausura de las puertas donde la ideología y la historia eran caja de resonancia para analizar, deliberar y tomar posturas políticas revolucionarias.

La siguiente etapa que marcó la transformación de los países centroamericanos se expresó en las siguientes características: gobiernos proclives a los mandatos de empresas transnacionales, inversiones en áreas estratégicas reservadas por el Estado, privatizaciones de los servicios públicos, carreteras, represas, construcción de hidroeléctricas con capital extranjero, interconexión de líneas eléctricas, desplazamientos humanos por la confiscación de tierras y agotamiento de agua por las contenciones de los ríos, apertura de los mercados y una tendencia fuerte por descampesinizar la economía, etc. Los flujos de dinero, por la vía de préstamos onerosos a cambio de modificar la carta Constitucional y adecuar el reglamentarismo jurídico que diera certidumbre a los inversores, orilló a muchos gobiernos del área a crimi-

nalizar las protestas, a elevar a grado de terrorismo las manifestaciones públicas, a desmontar poco a poco las estructuras sindicales progresistas, a sofocar los movimientos sociales populares, que fueron muchas veces reprimidos y ninguneados por los medios de comunicación, que los estigmatizaban como rezagos de la guerra y actores retardatarios incapaces de comprender el cambio permanente de la historia.

La muerte de líderes comunitarios fue asunto común en la vida cotidiana; las persecuciones políticas fueron parte de la limpieza social soterrada que gobiernos de derecha asentados en Guatemala, El Salvador y Honduras desarrollaban bajo la complicidad de los medios de comunicación, organismos internacionales y observadores que daban seguimiento a los Acuerdos de Paz y las muchas asignaturas pendientes durante el Siglo XXI en espera de ser resarcidos con los daños provocados durante la Guerra.

Las antiguas familias que controlaban la economía de países como El Salvador, Nicaragua y Honduras abrieron las compuertas a los nuevos ricos, quienes lucraron con la Guerra, se formaron académicamente en las universidades norteamericanas y asumieron cargo de ministros o asesores en los nuevos gobiernos. Bajo ese paraguas, acumularon dinero por favores a grandes empresas, se apropiaron de los recursos públicos del Estado, buscaron asociarse con nuevos inversores y formaron una clase dominante tecnocrática, inmune ante la justicia y protegidos por los gobiernos de turno. Prefirieron importar mercancías antes que producirlas; el campo quedó desolado porque no se invirtió en la economía campesina; el flujo de migrantes se desplazaba hacia los Estados Unidos y como caso curioso la demanda de mano de obra campesina de El Salvador la suplían los campesinos nicaragüenses; los obreros de la industria de la construcción también devenían del mismo país, mientras que los salvadoreños (al igual que muchos guatemaltecos, nicaragüenses y hondureños) prefirieron emigrar hacia el coloso del norte, fenómeno que provocó una fuerte dependencia económica de las divisas enviadas por los migrantes a sus familias, lo que a su vez disparó el consumo y fomentó la economía parasitaria.

Los gobiernos dedicaron su esfuerzo por brindar facilidades al capital foráneo, controlar las demandas sociales a través de la represión, desconocimiento de los derechos políticos, laborales y económicos; el desempleo abarató la mano de obra, y las maquiladoras provenientes de la China Nacionalista pretendieron imponer un modelo productivo maquilador sin resultados por la precariedad de los salarios, nula capacitación y escasos incentivos que al final terminaron con centros de trabajos en zonas francas que tenían forma y esencia de confinamientos laborales de tercer mundo y carentes de derecho alguno que protegiera al trabajador.

El Salvador optó en los 20 años de administración del gobierno de ARENA (Alianza Republi-

cana Nacionalista) por dolarizar y desnacionalizar la economía, tecnocratizar la universidad, cancelar los derechos de huelga, estigmatizar a los jóvenes como Maras para criminalizarlos, destruir las tendencias de una ideología política contestataria al señalarlos como terroristas y militantes de la guerrilla que se resistían a aceptar los Acuerdos de Paz; concesionó tierras para grandes proyectos empresariales, abrió las puertas a la libre importación, pactó la inserción de la Escuela de Interpol en territorio salvadoreño y base de monitoreo militar que funciona en Comalapa; asimismo firmó el Tratado de Libre Comercio que manió la economía del país a los intereses norteamericanos. Esta breve reseña de todo lo gestionado por ARENA ha tenido impacto hasta hoy, dado que el gobierno de Mauricio Funes, que arribó bajo la fórmula del FMLN (Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional) orientado por Schafik Handal y Salvador Sánchez Cerén durante y en la posguerra, no ha podido destrabar la urdimbre de conflictos y compromisos que ARENA le dejó antes de entregar el poder del Estado.

Panamá también ha vivido serias contradicciones a partir de la defenestración del General Manuel Antonio Noriega. A partir de 1989, el país ha tenido gobernantes excéntricos como Guillermo David Endara Galimany de 1989-1994; lo sucedió en el cargo la fórmula de izquierda democrática de Ernesto Pérez-Balladares y González-Revilla de 1994-1999 quien gobernó con una racionalidad de derecha y con una administración cargada con severos cargos de corrupción; se dio paso a la diseñadora de interiores, Mireya Moscoso, que ligó su administración con intereses de grandes empresarios y poco aportó para la desaceleración económica que vivió el país en su gestión.

En el 2004, llegó Martín Torrijos, quien fue el reverso de lo que había sido su padre, Omar Torrijos, e hizo tan buen trabajo para la derecha que encentó las vías para el arribo del empresario Ricardo Martinelli Berrocal, quien, en el 2009, acaba de abrir las puertas para la instalación de bases militares en el territorio panameño: una afrenta que tanto repudió el pueblo panameño desde los reclamos de propiedad del Canal hasta la fecha.

Las bases militares en territorio panameño, ligadas con la guirnalda misilística que acaban de aprobar en Colombia, conforman el escudo norteamericano y plataforma para agredir pueblos y gobiernos que no compartan la ideología y los dictados que la administración norteamericana quiere imponer en la segunda década del Siglo XXI.

Guatemala en la etapa de posguerra convocó a elecciones, y el excéntrico Alfonso Portillo y el Frente Republicano Guatemalteco (FRG), fundado por el general golpista Efraín Ríos Montt, constituyeron el primer Gobierno de la Guatemala de posconflicto; ganó con el 68,32% de los votantes, frente a un 31,68% que había apoyado a Óscar Berger, can-

didado del gubernamental Partido de Avanzada Nacional (PAN).

Portillo tuvo destacada actuación en corrupción, persecuciones a líderes de comunidades indígenas; incorporó a las PAC (Patrullas de Autodefensa Civil) para que arrasaran con los cotos de resistencia indígenas en la zona rural; impusieron la ley del miedo y el terror y mutaron a distintas formas de paramilitarismo que muchas veces adquirieron configuración de empresas prestadoras de servicios de vigilancia, sicariato, ejército privado en Guatemala y mas allá de sus fronteras, ligándose con finqueros en Chiapas, México, y con redes del crimen organizado o carteles de la droga en el sureste del país azteca.

Los gobernantes que le sucedieron, Oscar Berger y Álvaro Colom, no han podido desactivar el paramilitarismo; las comunidades campesinas siguen viviendo el temor y la represión, dado que el paramilitarismo y el narcotráfico están coludidos para ejercer controles de territorios en el país de Rigoberta Menchú.

Los intentos por desestabilizar la actual administración de Álvaro Colom devienen de empresarios y ex militares, quienes pretenden imponer la política del terror y obtener jugosas ganancias a través del tráfico de influencias y de drogas, de ahí que asesinatos anunciados previamente, desapariciones de personas, denuncias de fraude, sobornos, amenazas golpistas,... son parte de la vida cotidiana y notas periodísticas de un país que aun no ha recibido atención sobre las lastimaduras que le dejó la Guerra de los años ochenta.

Nicaragua ha sido querida y admirada debido a la lucha que libraron "los muchachos", como se le llamaba a los integrantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) que conquistaron el poder el 19 de Julio de 1979; sin embargo, el Frente perdió las elecciones del 25 de febrero de 1990, y le sucedió en la presidencia la Unión Nacional de Oposición (UNO) con su candidata Violeta Barrios de Chamorro, que fue un gobierno de derecha. Gobernaron luego Arnoldo Alemán Lacayo y Enrique Bolaños Geyer, mandatarios de corte neoliberal hasta las elecciones del 5 de noviembre de 2006 cuando volvieron a triunfar los sandinistas. El 10 de enero de 2007 retomó la presidencia el FSLN, a través de Daniel Ortega Saavedra.

El regreso del FSLN no tiene conectividad con el pasado; es un gobierno desestructurado, con rupturas internas, divisionismo que ha llegado a un estado de agresiones discursivas y poco proclives a buscar acuerdos con antiguas fuerzas que lo integraron. El FSLN es muy diferente de la organización de la primera época donde tres organizaciones lo conformaban: Línea proletaria, Guerra popular prolongada y terceristas; todas convivían y respetaban acuerdos para garantizar la gobernabilidad y la autonomía del país. El desgajamiento de sus estructuras

partidarias, el rompimiento de un sector significativo que se autodenominó Renovación Sandinista y el desahelo de muchos militantes ha dejado con déficit de resortes sociales a la administración de Daniel Ortega en la actualidad.

Con aciertos y desaciertos en la política social, algunas veces errático y otras pendular en las medidas económicas, ruptura con las organizaciones europeas que apoyaban la política social del Estado pero condicionándolo, concentración excesiva de las facultades de otros órganos de gobierno en la figura presidencial e intervención en las elecciones recién realizadas en 2008 que dejó un sabor de fraude por parte del gobierno,... todo ello desalienta a los sectores populares para depositar la total confianza en el Sandinismo, sin embargo aun sigue siendo un espacio de maniobra acotado para la izquierda.

Dentro de los vaivenes y actuaciones pendulares de la administración de Daniel Ortega, los Estados Unidos, principalmente a través del embajador Robert Callahan, pretenden consolidar la oposición y promover el derrocamiento del gobierno Sandinista. Callahan, dice la especialista Eva Golinger, "pertenecce a un selecto grupo de diplomáticos norteamericanos especialistas en operaciones psicológicas, algunos de los cuales son movilizados desde el Pentágono, poco antes de que en los países ocurran golpes de Estado y acciones desestabilizadoras." El embajador norteamericano, además, colabora en el grupo de John D. Negroponte y Charles Shapiro, dos piezas del intervencionismo militar norteamericano en el área.

Honduras ha sido la pieza del rompecabezas que altera la lectura de Centroamérica y reposiciona a la región en la mesa de los debates y las argumentaciones académicas. Durante años, la vida política parecía estar inalterable. Mientras el resto de la región inauguraba una etapa distinta a la conflictividad armada, en Honduras, Rafael Leonardo Callejas gobernaba de 1990 hasta 1994 sin sobresaltos, apegado a los lineamientos que le sugerían los organismos internacionales: abrió el país a las inversiones extranjeras en el rubro de las hidroeléctricas y terminó acusado de corrupción y enriquecimiento ilícito. Le sucedieron Carlos Roberto Reyna (1994-98), de corte liberal y defensor de los derechos humanos, y luego Carlos Flores Facussé (1998-2002), empresario y propietario del periódico *La Tribuna*, proactivo defensor de los intereses norteamericanos en la región y cercan servil de los militares, miembro de las diez familias que dominan la economía del país.

Los enconos y la ola de violencia que vivía el país producto del desempleo, el monopolio excesivo, el incremento de bandas delictivas ligadas a funcionarios de gobierno y familias ponderosas, militares involucrados en robo y tráfico de autos enriqueció el ambiente; después del violento asesinato de su hijo, el empresario Ricardo R. Maduro fue nominado

candidato presidencial por el Partido Nacional y ganó la presidencia para el período de enero 2002 a 2006; a principios de este último año, entregó el poder gubernamental a Manuel Zelaya Rosales, del Partido Liberal. Zelaya ha sido un hombre de familia acaudalada sin perfil de izquierda pero de manera inesperada dio un giro en su administración con medidas políticas progresistas: incrementó los salarios de manera significativa, abrió la posibilidad de realizar compras de medicamentos a Cuba en detrimentos del monopolio de la industria farmacéutica internacional, ingresó el país a la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), se acercó a Venezuela para obtener petróleo barato y crédito blando bajo la organización de Petrocaribe; abrió canales de comunicación y acción con los movimientos sociales, cerró la posibilidad de concesionar tierras y minas a empresas transnacionales de Estados Unidos y Canadá y había planeado la recuperación de Palmerola como aeropuerto civil.

Ante el auge de gobiernos de izquierda en América Latina, los Estados Unidos bajo la administración Bush se preparaban para reinstaurar en el área un férreo control militar de nuevo tipo como son las dictaduras y gobiernos policiales donde el parlamento funciona sin autonomía y el ejecutivo no cuenta con facultades sino que somete su capacidad administrativa a los organismos empresariales internacionales, la vigilancia se interconecta con centros de información policiales regionales y comparten base de datos para cortar los circuitos de sublevaciones y movimientos sociales populares que tienen como objetivo alcanzar el poder.

El 28 de junio de 2009, Centroamérica entró de nuevo con fuerza en la polémica política y académica tanto a nivel nacional como internacional con el golpe de estado impulsado contra el gobierno de Manuel Zelaya. Cuando se realizaron las elecciones programadas para el 29 de noviembre 2009 en que el gobierno de facto de Roberto Micheletti le ha concedido el triunfo a Porfirio Lobo, del Partido Nacional, sin que Zelaya haya sido restituido como presidente del país, quedan muchas interrogantes sobre el proceso que vive el país; los movimientos sociales exponen sus preguntas y respuestas en la calle, problematizan a partir de lo que la agenda política ofrece cada día; la salida ante el golpe y las elecciones sigue siendo una interrogante que arrojará muchas discusiones y argumentos que harán del país y de la región un actor protagónico en la política internacional.

Mientras ello sucede, países acólitos del militarismo como Colombia, Perú, Panamá, Israel y los Estados Unidos se complacen y avalan las elecciones; otros países guardan mutismo porque temen que esa experiencia se pueda experimentar en la nación que gobiernan; la moneda está en el aire y la policia- lización de los Estados sigue su curso en Centroamérica y en gran parte de América Latina.

Paula LENGUITA, Juan MONTES CATÓ (Coord.).
Robinson SALAZAR, Melissa SALAZAR (Ed.).
**Resistencias Laborales: Experiencias de repoliti-
zación del trabajo en Argentina.** Ediciones Insumi-
sos Latinoamericanos 1ª Ed. Buenos Aires, Ela-
leph.com, 2009.

Ana DROLAS. CEIL-PIETTE del CONICET/
Argentina. madrolas@yahoo.com.ar

“Resistencias laborales. Experiencias de repolitización del trabajo en la Argentina” editado por Robinson Salazar y Melisa Salazar y coordinado por Paula Lenguita y Juan Montes Cató es un libro más de la Red de Insumisos Latinoamericanos y un motivo de celebración. No solo porque en él escriben amigos y colegas y porque todos sabemos lo trabajo-
so y complicado que resulta publicar, sino también porque aborda cuestiones estratégicas para los estudios del mundo del trabajo como es la capacidad de conflicto de los diversos emergentes de la militancia social y política y su posibilidad de resistir las embestidas protegiendo a aquellos con los que se dan formas organizativas.

Así, democracia, política y politicidad, hegemonía, autonomización, experiencia de clase, militancia barrial y sindical, constituyen las marcas que hilvanan cada capítulo del libro y el camino de las resistencias del trabajo. Resistencia al Estado (en tanto empleador y como dinamizador de políticas públicas sostenedoras de un cierto modelo de acumulación); resistencia a las patronales y sus intentos flexibilizadores, precarizadores e individualizantes; resistencia a las propias organizaciones gremiales y a sus encuadramientos y verticalismos jerarquizantes; resistencia a las condiciones de subordinación propias del trabajo asalariado. En suma, resistencias a una cierta noción de explotación social, a lo injusto, a lo inequitativo plasmadas en múltiples experiencias con sentidos y significados propios y que dejan sus marcas en el relato de cada uno de los artículos que desdican, se oponen y echan por tierra aquella ilusión noventista de pacificar los espacios de trabajo y a la sociedad como un todo orgánico. En este sentido, este libro tiene la virtud de poner en relieve diversas y heterogéneas experiencias sociales de militancia que nos brindan herramientas para hablar de aquello que durante años fue mejor callar: la vida política de los trabajadores con y sin trabajo, la politicidad de los sectores subalternos.

Junto a la resistencia, el conflicto y sus diversas manifestaciones. Conflictos externos con las patronales y el gobierno; y conflictos internos con las formas sindicales anquilosadas; con las formas de organización y supervivencia de los movimientos sociales, incluso conflicto con las propias experiencias militantes. Conflictos como emergentes y resultado de las resistencias.

Más allá de los diferentes abordajes y objetos de acercamiento empírico, existe un hilo conductor que une al menos 5 de los 8 artículos que componen el libro y que, si bien aparece como colateral, creo, resulta insoslayable: la democracia y la democratización de las formas populares de organización especialmente del sindicato. Es aquí en donde voy a detenerme muy brevemente por varias razones que tienen que ver con la generalidad del tema más que con la particularidad de los casos estudiados en los artículos del libro. La primera, porque es un tema que personalmente me preocupa e interpela como observadora de las formas sindicales, en este sentido constituye un problema de reflexión permanente; segundo, porque a lo largo de las páginas que componen el libro, aparece como una idea recurrente pero poco especificada y, tercero, porque muchas veces la pregunta, que desde los ámbitos académicos, nos hacemos por la democracia sindical, se me revela traspona.

No existen dudas (y creo que en esto estaremos todos de acuerdo) que los sindicatos deberían ser democráticos. Es algo deseable y necesario. Existe también acuerdo de que muchos sindicatos están lejos de serlo y esto termina constituyendo un freno a su dinámica interna. Tampoco hay dudas de su limitada capacidad para producir, provocar y acompañar acciones emancipatorias. Pero también es cierto que las prácticas sindicales cotidianas y las experiencias de sus militantes no pueden ser igual al análisis que nosotros hacemos sobre ellas. Y no puede ser igual porque de lo contrario nuestro trabajo no tendría valor alguno.

¿Por qué digo esto? El sentido común tanto de derechas como de izquierdas afirma, con contundencia y sin ponerse colorado, que los sindicatos no son democráticos y que constituyen organizaciones capaces de unificar todos los males de este mundo a través de sus ostensibles intentos de ir en contra de los intereses de los trabajadores. A veces pareciera que tenemos la fantasía de haber sido capaces de construir una sociedad profundamente democrática y que los sindicatos constituyen excepciones a la regla general. Como si los sindicatos estuvieran compuestos por individualidades militantes y democráticas que juntos, y vaya a saber uno por qué artilugio de la convivencia, se transforman en la quintaesencia del antidemocratismo. A veces actuamos, decimos y escribimos como si los sindicatos hubieran caído del espacio extraterrestre para enquistarse para vulnerar nuestros principios igualitarios. La pregunta es, ¿por qué ponderamos en los sindicatos una característica que rara y escasamente encontramos en otros ámbitos de las relaciones humanas? ¿Por qué para el análisis de las organizaciones de los trabajadores se las descontextualiza de la sociedad que las contiene? Los sindicatos no son experimentos de probeta, constituyen reflejos más o menos fieles de las características generales de la sociedad que los contiene y

al mismo tiempo los conforma. En este sentido, llevan enquistadas las prácticas jerárquicas y autoritarias que se reproducen en la familia, en la escuela, en los lugares de trabajo, en los sistemas de producción y circulación de conocimiento, en las burocracias estatales e incluso en las relaciones entre pares.

Todas y cada una de las instituciones y organizaciones sociales que hacen a la convivencia cotidiana, están atravesadas por prácticas autoritarias que vuelven a la democracia y a la democratización un deseo generalizado pero, y esto es central, escasamente militado. Hemos pasado por la escuela, por la universidad, por la organización familiar; muchos hemos militado en partidos políticos o en movimientos de base territorial y sabemos de qué se trata la disciplina necesaria para construir ese entramado reproductor fuertemente naturalizado, ¿por qué le pedimos al sindicato que sea diferente a la sociedad que lo contiene e, insisto, compone? ¿por qué le pedimos a los sectores populares organizados que paguen las cuentas pendientes que todos deberíamos estar dispuestos a pagar?

Es en este sentido que hablar de democracia sindical en términos absolutos es una trampa que termina convirtiéndola en una suerte de entelequia ¿Qué es la democracia sindical? ¿De qué está hecha? ¿de elecciones? ¿de deliberación? ¿de capacidad y posibilidad de oposición interna? ¿de alternancia en los puestos dirigentes? ¿de militancia? Es la respuesta a estas preguntas lo que ayudará a construir, en última instancia, las condiciones de su posibilidad. Y lo más importante, ¿qué condiciones sociales y situacionales la harían realizable? Si bien es cierto que las cúpulas dirigenciales han alimentado y sostenido durante años una estructura sindical beneficiosa para ciertos objetivos, no debemos olvidar que el sindicato es mucho más que esas estructuras y que está compuesto por múltiples instancias insoslayables a la hora de analizarlos. Por otra parte, y aquí Weber reclama lo que es suyo, las instituciones tienden a la monumentalización de sus formas y engranajes y a la burocratización de sus mecanismos internos de funcionamiento si es que no se chocan con alguna fuerza que se oponga a este proceso. El sindicato no tiene por qué ser una excepción a esto, aunque sea deseable y necesario. Es a partir de esto, a partir de su situacionalidad social, que debemos analizar la democracia sindical para poder ser más lúcidos en el acompañamiento de un proceso de ruptura ya abierto.

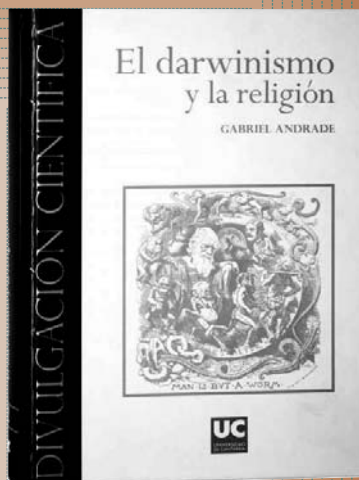
¿Quiere decir todo esto que hay que tomar el estado de cosas dadas como nuestro universo final de validez? Por supuesto que no como tampoco implica tener de los sindicatos una mirada ingenua o que los

consideremos actores políticos inocentes ¿Invalida lo dicho la fortaleza de las experiencias relatadas en el libro; experiencias que en tanto tales son profundamente verdaderas? Definitivamente no, al contrario. Las revaloriza en la medida en que dan cuenta de acontecimientos que se plantan frente a lo dado, que discuten lo estatuido y pretenden instituir desde una estrategia democratizante. Lo que quiero decir, lo que me gustaría resaltar es que, insisto, las prácticas y experiencias militantes propias e innegables no pueden ser lo mismo que el análisis que de ellas podamos hacer, porque las cosas no solo son lo que parecen. Y ahí nuestra tarea: hacer el ejercicio sociológico de construir un todo a partir de las experiencias fragmentadas y poder, desde las diversas formas del ser, explorar esto que nos pasa. No alcanza con decir qué es bueno y qué es malo; no alcanza con decir, como el niño del cuento de Andersen, que el rey está desnudo; no alcanza con describir un fenómeno si no hacemos lo mismo con sus condicionamientos y los entramados sociales que los delimitan porque se corre el riesgo de caer en la repetición de lo considerado políticamente correcto que es, justamente, de lo que debemos escapar para poder aportar herramientas de análisis; para no perder de vista el bosque. Y debemos escapar de esta trampa en la medida en que aquello que se espera de nosotros, aquello considerado correcto, es lo que termina cerrando los universos discursivos y políticos en los que enjaulamos nuestra capacidad crítica. Crítica en un sentido frankfurtiano: ser capaces de ver y analizar lo que es, con todas sus determinaciones, para proponer, militar y provocar saltos emancipatorios.

Esto que planteo y que me tomo la libertad de hacer aquí, forma parte de las inquietudes que la lectura de este libro ha ayudado a despertar, lo cual constituye más una virtud del libro que mía propia. Inquietudes que me llevan a preguntarme y a pensar de qué está hecho aquello que deseamos, nosotros como sociólogos; y a pensar si muchas veces la realidad no se empeña en ser diferente a como la pensamos.

Para terminar, y volviendo a lo que nos convoca, este libro y cada uno de sus capítulos me gusta. Me gusta en un sentido fuerte, en un sentido estimulante; en un sentido amplio y en un sentido estricto. Primero, porque cada artículo en su estilo, hace alarde de una escritura que invita a la lectura, algo que no es fácil de encontrar. Y en un sentido estricto porque, en lo que a mi respecta, aborda un tema relevante y necesitado de nuevos marcos interpretativos y porque tiene la virtud de abrir caminos a la flexión y a la repregunta; y esto, en una época de facilidad y miserabilidad intelectuales, se agradece.

El darwinismo y la religión



Un libro es siempre “un punto de encuentro”. Es así, “punto de encuentro”, como Gabriel Andrade denomina el esfuerzo heurístico y ensayístico que el autor nos presenta bajo el título de *El darwinismo y la religión*. El libro es siempre un punto de encuentro no sólo porque en sus páginas convergen –para aceptarse, refutarse, complementarse– ideas, conceptos, teorías, metodologías; sino también porque en él confluyen, sobre la distancia y el tiempo, el lector y el autor, en un diálogo que siempre es enriquecedor, retador, innovador.

El darwinismo y la religión, editado por la Universidad de Cantabria, en España, es una obra que he disfrutado enormemente pues hacía mucho tiempo que no me había deleitado tanto leyendo un ensayo filosófico como el que hoy presentamos.

El darwinismo y la religión está compuesto de siete capítulos articulados de manera jerárquica y gradual, lo que le permite al lector seguir una trayectoria de la que no quiere desprenderse, y que le facilita además llevar un hilo conductor de una bien tejida y bien elaborada coherencia. La coherencia y la lógica de la argumentación posibilitan al autor tejer todas las elucubraciones y argumentaciones, sin dejar cabos sueltos que perjudiquen el análisis.



DIRECTORIO DE AUTORES

Utopía y Praxis Latinoamericana / Año 15. Nº 43 (Abril-Junio, 2010) Pp. 117

Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social / ISSN 1315-5216

CESA – FCES – Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

Directorio de Autores

Atilio Alberto Boron

Programa Latinoamericano de Educación
a Distancia en Ciencias Sociales.
Corrientes 1543 (C 1042 AAB)
Buenos Aires, Argentina,
C-electrónico: aaboron@gmail.com

Jorge Alonso

Profesor-investigador del CIESAS
OCCIDENTE
Av. España 1359, Colonia Moderna
(entre Federalismo y Rayón), C.P. 44190,
Guadalajara, Jalisco, México.
C-electrónico: jalonso@ciesas.edu.mx

Roberto Agustín Follari

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
Universidad Nacional de Cuyo,
Mendoza, Argentina.
Dirección postal: Bolívar 3317,
Bo. SUPE, V. Hipódromo (5547),
Mendoza, Rep. Argentina.
C-electrónico: rfollari@fcp.uncu.edu.ar

Carlos María Vilas

Universidad Nacional de Lanús,
Ente Regulador de Agua y Saneamiento
(ERAS), Bartolomé Mitre 4025,
1201 Buenos Aires, Argentina.
C-electrónico: cvilas@unla.edu.ar
carlos.vilas@eras.gov.ar
cvilas@ciudad.com.ar

Marco Gandásegui (h)

Universidad de Panamá y Centro de
Estudios Latinoamericanos (CELA)
“Justo Arosemena”, Apartado 0823-1959,
ciudad de Panamá, República de Panamá.
C-electrónico: gandasegui@hotmail.com

Emir Sader

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales – CLACSO
Av. Callao 875, 4to. G –CP1023AAB
Ciudad Autónoma de Buenos
Aires-Argentina
C-electrónico: emirsader@uol.com.br



DIRECTORES DEL PROYECTO
Robinson Salazar P. y Melissa
Salazar E.

COMPILADOR
Flabián Nuevas

ARTICULISTAS
Flabián Nuevas,
Pablo Bonavena,
Javier Meza,
Ana Victoria Parra González,
Sonia Winer,
José Luis Cisneros,
María Concepción Gorjón B.,
Martín Gabriel Barrón Cruz,
Sebastián Goineix,
Carlos Villa

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires,
Colección Insumisos Latinoamericanos. 2010
contacto@elaleph.com

El miedo en la sociedad es inconmensurable por sus distintas manifestaciones en toda la capilaridad del cuerpo social. Existen los miedos a ser pobre, a quedar excluido, perder la vida, llegar a desemplearse o estar enfermo por epidemias emergentes, quizás a no contar con su familia o la desaparición de sus padres, en fin hay diversos miedos pero siempre existe una fuente de miedo porque no existe el miedo a lo desconocido sino al ente, sujeto o factor que lo determina.

*Arquitectura política
del miedo*



Utopía y Praxis Latinoamericana Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social

Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

Normas de Publicación

Utopía y Praxis Latinoamericana: Es una revista periódica, trimestral, arbitrada e indexada a nivel nacional e internacional, editada por la Universidad del Zulia (Maracaibo, Venezuela), adscrita al Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA) de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, y financiada por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CONDES) de esta misma Universidad. Todos los trabajos que se solicitan o reciben, deben ser originales e inéditos. No se admitirá ninguno que esté en curso de ser ofrecido simultáneamente a otra revista para su publicación. Las áreas temáticas que definen el perfil de la revista están insertas en las siguientes líneas genéricas del pensamiento iberoamericano y latinoamericano: Filosofía Política Latinoamericana, Historia de las Ideas, Filosofía de la Historia, Epistemología, Teorías y metodologías de las Ciencias Sociales, Antropología social, política y filosófica, Ética y pragmática, Filosofía y diálogo intercultural, Filosofía de la Liberación, Filosofía Contemporánea, Estudios de Género, Teorías de la Posmodernidad. Las sub-áreas respectivas a cada área general serán definidas por el Comité Editorial, con la ayuda de sus respectivos asesores nacionales e internacionales, a fin de establecer la pertinencias de los trabajos presentados.

Presentación de originales: Se destacan los siguientes aspectos: Título: conciso y en referencia directa con el tema estudiado. No se aceptan sub-títulos. Resumen: debe describir la idea central de la investigación y considerar su relación con el objeto y la metodología que le sirve de soporte, con una cantidad máxima de 100 palabras. Añadir cuatro palabras clave, en orden alfabético. Se redacta en castellano y en inglés. Estructura de contenido: Introducción o Presentación, desarrollo seccionado por títulos e intertítulos, conclusiones generales y bibliografía de actualidad y especializada. Todas las referencias hemero-bibliográficas y notas, deben hacerse a pie de página, en numeración continua, de acuerdo a las indicaciones que se recogen en la sección que más adelante se indica. La fuente recomendada es Arial 12, a doble espacio. Además de la lengua castellana, los *Estudios, Artículos, Ensayos, Notas y Debates, Entrevistas, Reseñas Bibliográficas*, pueden ser presentados en portugués, francés, italiano e inglés. Se deben enviar en soporte electrónico (3.5 HD Microsoft Word-Windows LP), más dos copias impresas en papel, a la siguiente dirección: i) física: Álvaro B. Márquez-Fernández (Director), *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*. Apartado postal: 10. 559. Maracaibo, Edo. Zulia. Venezuela. ii) Electrónica: amarquefernandez@gmail.com y/o utopraxis@yahoo.es

Secciones de la revista

Aparición regular

Estudios: es una investigación exhaustiva de carácter monográfico, orientada a uno o varios objetos de áreas temáticas tratados inter y/o transdisciplinariamente, desarrollada desde un paradigma epistemológico. Se hace énfasis en el análisis crítico y la interpretación. Su extensión no deberá exceder las 40 páginas.

Artículos: es una investigación puntual de carácter monográfico, preferiblemente resultado parcial o final de una investigación donde se destaca la argumentación reflexiva y crítica sobre problemas teóricos y/o prácticos, metodológicos y/o epistemológicos del tema y el área de estudio explorado. Su extensión no deberá exceder las 20 páginas.

Ensayos: es una interpretación original y personal, prescinde del rigor de la formalidad de una monografía, le permite a un investigador consolidado presentar sus posturas teóricas sobre la actualidad y trascendencia de las formas de pensamientos o los paradigmas, en los que se desarrolla su disciplina y temas afines. Su extensión no deberá exceder las 15 páginas.

Reseñas bibliográficas: es una colaboración que pone al día la actualidad bibliográfica, se recogen los principales resultados de las investigaciones nacionales e internacionales en forma de libro individual o colectivo. Resalta el análisis crítico sobre los diversos niveles (teóricos, metodológicos, epistémicos, políticos, sociales, etc..) donde se puede demostrar el impacto de las investigaciones. Su extensión no deberá exceder las 5 páginas.

Aparición eventual

Notas y debates de Actualidad: es una colaboración de carácter relativamente monográfico, se presentan las opiniones y juicios críticos acerca de los problemas y las dificultades que pueden encerrar los procesos de investigación y sus resultados. Su extensión no deberá exceder las 10 páginas.

Entrevistas: es una colaboración donde se interroga a un pensador o investigador consagrado, sobre las particularidades de sus investigaciones y los resultados que ésta le provee a la comunidad de estudiosos de su área de conocimiento y afines.

Formato de citaciones hemero-bibliográficas

Estas referencias se reducen únicamente a las citas de artículos, libros y capítulos de libros, especializados y arbitrados por un Comité Editor o avalados por un Comité Redactor de sellos editoriales (universitarios o empresariales) de reconocido prestigio en el campo temático de la investigación. Se deben evitar referencias de carácter general como: Enciclopedias, Diccionarios, Historias, Memorias, Actas, Compendios, etc.

Citaciones de artículos de revistas, según el siguiente modelo

VAN DIJK, TA (2005). "Ideología y análisis del discurso", *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Año:10, n°. 29, Abril-Junio, CESA, Universidad del Zulia, Maracaibo, pp. 9-36.

Citaciones de i) libros y ii) capítulos de libros, según el siguiente modelo

i) PÉREZ-ESTÉVEZ, A (1998). *La materia, de Avicena a la Escuela Franciscana*. EdILUZ, Maracaibo.

ii) BERNARD, B (2001). "El eterno retorno de una Filosofía Antihegemónica", en: *Estudios de Filosofía del Derecho y de Filosofía Social*. Vol. II. Libro Homenaje a José Manuel Delgado Ocando. Tribunal Supremo de Justicia. Colección Libros Homenajes, n°.4. Caracas. pp. 211-251.

NOTA: En caso de haber varios autores, se nombran todos en el orden de aparición. Cualquiera otro tipo de citaciones, el Comité Editorial se reserva el derecho de adaptarla a esta normativa general. No se publican investigaciones o colaboraciones con anexos, cuadros, gráficos, etc. Cualquier excesión será deliberada y aprobada por el Comité Editorial.

Evaluación de las colaboraciones

Todos los *Estudios, Artículos, Ensayos, Notas y Debates, Entrevistas*, que se reciban en la revista serán arbitrados por miembros del Comité de árbitros nacionales y/o internacionales de reconocida trayectoria profesional en sus respectivos campos de investigación. Su dictamen no será del conocimiento público. La publicación de los trabajos está sujeta a la aprobación de por lo menos dos árbitros. Según las normas de evaluación éstos deberán tomar en consideración los siguientes aspectos: originalidad, novedad, relevancia, calidad teórica-metodológica, estructura formal y de contenido del trabajo, competencias gramaticales, estilo y comprensión en la redacción, resultados, análisis, críticas, interpretaciones.

Presentación y derechos de los autores y coautores

Los *Estudios y Artículos* pueden ser un solo autor y no más de dos coautores. El autor principal debe suscribir una carta de presentación, y dirigirla al Comité Editorial solicitando la evaluación de su trabajo para una posible publicación. Se debe anexar un CV abreviado (igual para los co-autores), donde se señalen datos personales, institucionales y publicaciones más recientes. El Copy Right es propiedad de la Universidad del Zulia. Para cualquier reproducción, reimpresión, reedición, por cualquier medio mecánico o electrónico, de los artículos debe solicitarse el permiso respectivo. Los autores recibirán una copia en papel y otra electrónica de la revista, más diez separatas, enviadas a su dirección personal o institucional.



Utopía y Praxis Latinoamericana

Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social

Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

Guidelines for Publication

Utopía y Praxis Latinoamericana (Latin American Utopia and Praxis): Is a periodic, tri-monthly, arbitrated journal which is indexed on a national and international level, and edited by the University of Zulia (Maracaibo, Venezuela) in the Center for Sociological and Anthropological Studies (CESA) ascribed to the Faculty of Economic and Social Sciences, and financed by The Scientific and Humanistic Studies Council (CONDES) at the same University. All contributions requested and/or received must be original unedited papers. No contributions will be accepted that are simultaneously being offered for publication in another journal. The thematic areas that define the profile of the journal are included in the following generic areas of Spanish American and Latin American thought: Latin American political philosophy, the history of ideas, the philosophy of history, epistemology, social science theories and methodology, social, political and philosophical anthropology, ethics and pragmatics, philosophy and inter-cultural dialogue, the philosophy of liberation, contemporary philosophy, gender studies, and post-modern theories. The sub-categories in each area will be defined by the Editorial Committee with the help of its respective national and international advisors in order to establish the pertinence of the papers presented for publication.

Presentation of original texts: The following aspects are considered to be especially important: The title must be concise and directly relevant to the theme studies. Sub-titles are not acceptable. The abstract must describe the central idea of the research and consider its relationship with the objectives and methodology that support it, and be no longer than 100 words. Four key words in alphabetical order must accompany the abstract. The abstract must be written in both Spanish and English. The abstract must be structured in the following manner: Introduction or presentation, general explanation with titles and subtitles, general conclusions and up-dated and specialized bibliography. All of the bibliographical references and notations must be included in footnotes, and numbered in sequence, according to the indications in the section that follows. The recommended lettering font is Ariel 12, double-spaced. In addition to Spanish, studies, articles, essays, notes, debates, interviews and bibliographical reviews can be presented in Portuguese, French, Italian and English. An electronic support copy (3.5 HD Microsoft Word-Windows LP) and two printed copies must be sent to the following address: (physical), Álvaro B. Márquez-Fernández (Director), *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*. Apartado postal: 10. 559. Maracaibo, Edo. Zulia, Venezuela. ii) (electronic), amarquezfernandez@gmail.com y/o utopraxis@yahoo.es

Journal sections

Normal features

Studies: exhaustive research of a monographic nature oriented towards one or several objectives treated in an inter- or trans-disciplinary manner, and developed from an epistemological paradigm. Emphasis is made on critical analysis and interpretation. The article must not exceed 40 pages.

Articles: precise research of a monographic nature, preferably the result of partial or final research where a reflexive and critical argument in relation to certain theoretical or practical, methodological or epistemological problems is raised and the area of study is explored. The length should not exceed 20 pages.

Essays: original and personal interpretations, which do not follow the rigid formalities of a monograph, and allow an experienced researcher to present theoretical up-dated postures and to transcend the normal forms of thought and paradigms that are developed in the respective discipline or thematic area. The paper should not exceed 15 pages.

Bibliographical Reviews: these are collaborative articles that update bibliography, gathering the principle results of national and international research in the form of an individual or collective publication. They emphasize critical analysis on diverse levels (theoretical, methodological, epistemological, political, social, etc.) where the impact of this research can be demonstrated. These papers should not exceed 5 pages.

Occasional features

Up-dated notes and debates: this is a relatively monographic paper, in which opinions and critical judgements are made in reference to problems and difficulties encountered in research processes and results. The length should not exceed 10 pages.

Interviews: these are the results of interrogative conversations with recognized theorists and researchers in relation to particular aspects of their research and the results of the same which provide the interested community with new information and knowledge in their fields.

Format for bibliographical quotations

These references refer only to quotations from articles, books and chapters of books that are specialized and arbitrated by an editorial committee or evaluated by an editorial text review committee (university or publishing house), of recognized prestige in the thematic area of the research topic. General references from encyclopedias, dictionaries, historical texts, remembrances, proceedings, compendiums, etc. should be avoided.

Quotations from journal articles should follow the model below:

VAN DIJK, TA (2005). "Ideología y análisis del discurso", *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Año:10, n°. 29, Abril-Junio, CESA, Universidad del Zulia, Maracaibo, pp. 9-36.

Quotations from i) books and ii) book chapters, should follow the model below:

i) PÉREZ-ESTÉVEZ, A (1998). *La materia, de Avicena a la Escuela Franciscana*. EdILUZ, Maracaibo.

ii) BERNARD, B (2001). "El eterno retorno de una Filosofía Antihegemonía", en: *Estudios de Filosofía del Derecho y de Filosofía Social*. Vol. II. Libro Homenaje a José Manuel Delgado Ocando. Tribunal Supremo de Justicia. Colección Libros Homenajes, n°.4. Caracas. pp. 211-251.

NOTE: In the case of various authors, name them all in order of appearance. If there is any other type of quotation, the Editorial Committee reserves the right to adapt it to this general norm. Research publications and collaborative research efforts including appendices, tables, graphs, etc. will not be published. Any exception to this ruling must be discussed and approved by the Editorial Committee.

Evaluation of Collaborative Efforts

All studies, articles, essays, notes, debates and interviews received by the journal will be arbitrated by members of national and international arbitration committees who are well known internationally for their professionalism and knowledge in their respective fields of learning. Their decisions will not be made public. Publication of articles requires the approval of at least two arbitrators. According to the evaluation norms, the following aspects will be taken into consideration: originality, novelty, relevance, theoretical and methodological quality, formal structure and content, grammatical competence, style and comprehension, results, analysis, criticism, and interpretations.

Presentation of and rights of authors and co-authors

Studies and Articles can be presented by one author or two co-authors. The principal author must sign the letter of presentation and direct it to the Editorial Committee, requesting the evaluation of the article for possible publication. A brief curriculum vitae should accompany the request (one for each author in the case of co-authors), and indicate personal and institutional information, as well as most recent publications. The copyright becomes the property of the University of Zulia. For reproduction, re-prints and re-editions of the article by any mechanical or electronic means, permission must be requested from the University of Zulia. The authors will receive a paper copy and an electronic copy of the journal, as well as 10 separate prints of the article sent to either their personal or institutional address.



Universidad del Zulia

Jorge PALENCIA
Rector

Judith AULAR DE DURÁN
Vice-Rectora Académica

María Guadalupe NÚÑEZ
Vice-Rectora Administrativa

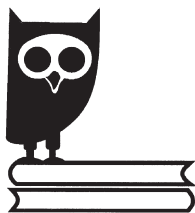
Marlene PRIMERA
Secretaria

Facultad de Ciencias Económicas y Sociales

Iván CAÑIZALES
Decano

Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CONDES)

Gilberto VIZCAÍNO
Coordinador Secretario



Suscripción

Nacional e Internacional

Tarifa de envío por correo ordinario

Cuatro (4) números al año

Venezuela: Edición en papel: Bs. 200.000

América Latina y el Caribe: Edición en papel US\$ 120

Estados Unidos y Europa: Edición en papel US\$ 140

Número suelto: Edición en papel Bs. 40.000

Las solicitudes de suscripción y canje deben enviarse a:

Utopía y Praxis Latinoamericana

Apartado Postal: 10.559. Maracaibo, Edo. Zulia

E-mail: utopraxis@cantv.net - utopraxis@yahoo.es - utopraxis@gmail.com



Utopía y Praxis Latinoamericana

Tarjeta de Suscripción Canje

Nombre y Apellido o Institución: _____

Telf.: _____ Telefax: _____

E-mail: _____

Dirección Postal: _____

Número(s) solicitado(s): _____ Año(s): _____

Cantidad de copias: _____ Fecha: _____

Firma y Sello: _____

Utopía y Praxis Latinoamericana, Año 15 N° 49
Se terminó de imprimir en junio de 2010
en los talleres gráficos de Ediciones Astro Data, S.A.
Maracaibo-Venezuela
Tiraje: 1.000 ejemplares